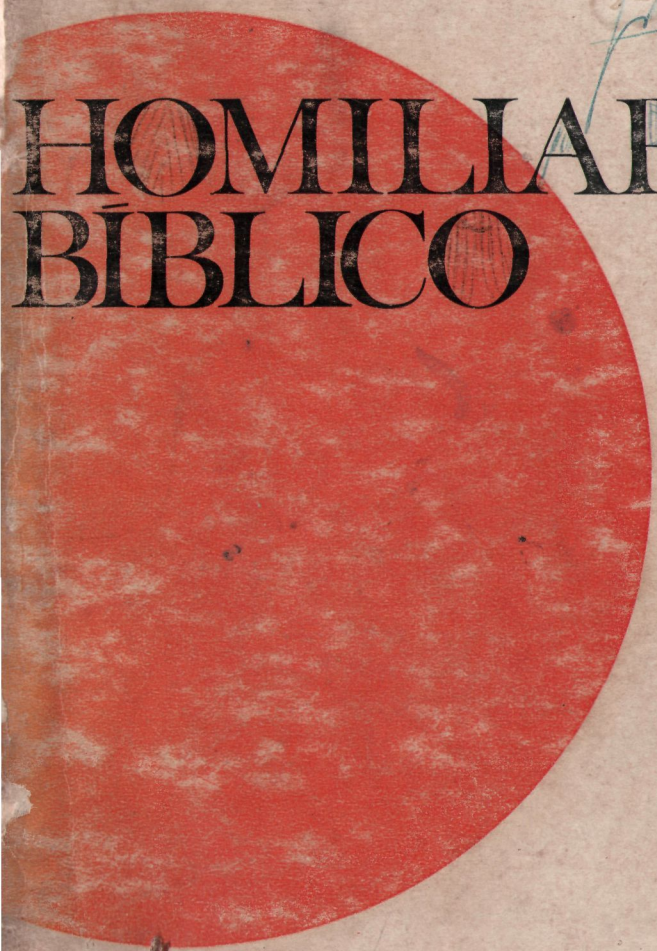


KARL RAHNER

Ardoza

HOMILIARIO BIBLICO



KARL RAHNER

HOMILIARIO BÍBLICO

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1967

Traducción de DANIEL RUIZ BUENO, de la obra de
KARL RAHNER, *Biblische Predigten*,
Verlag Herder KG, Friburgo de Brisgovia *1965

Prólogo

NIHIL OBSTAT: El censor: JOSÉ M.^a FONDEVILA, S. I.

IMPRIMASE: Barcelona, 21 de octubre de 1966

† GREGORIO, Arzobispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvdma.

ALEJANDRO PECH, pbro. Canciller Secretario

© Verlag Herder KG, Freiburg im Breisgau 1965

© Editorial Herder S.A., Provenza 388, Barcelona, (España) 1967

Karl Rahner ha solicitado de mí unas palabras introductorias. A lo largo de casi diez años ha venido predicando KARL RAHNER, domingo tras domingo, en la iglesia de la universidad de Innsbruck; y casi siempre sobre textos bíblicos. De vez en cuando aparecía alguien que se encargaba de taquigrafiar estas homilias. En verdad, no se trata de piezas pensadas con esta finalidad y destinadas a una publicación posterior. Pero ya que disponemos por escrito de muchas de ellas, no faltará quien tenga gusto en leerlas y meditarlas. A pesar de tantos cambios en el mundo y en la Iglesia, poseen el vigor necesario para hablar al hombre concreto, al margen de toda intención litúrgica u homilética. En ellas se pretende hacer llegar los viejos textos bíblicos ya estilizados — prescindiendo para ello de todo aparato científico —, al que aquí y en este momento sea capaz de escucharlos, al que tenga el valor de reconocer sus propias flaquezas, al que no retroceda ante exigencias llanas y concretas — porque estas homilias no se pierden en un inconsistente optimismo — y, en fin, al que, sabiéndose ante el misterio, quiera incorporar en sí mismo y entender como hermandad la realidad de la Iglesia. A la vista de todo esto, parece oportuno conservar impresas estas palabras. Las 45 homilias, seleccionadas

con el asentimiento de KARL RAHNER, no llegan a constituir un año litúrgico completo, ni cierran un ciclo temático. Y así, pareció aconsejable y adecuado ordenarlas de acuerdo con la sucesión de los libros sagrados, pero sin que pareciera lícito dejar de indicar el día a que se refieren según el calendario eclesiástico.

HERBERT VORGRIMLER

Pascua de 1965

A nosotros no se nos aparece ningún ángel

Mt 1, 18-21

Vamos a meditar sobre el texto evangélico que la Iglesia nos propone en la presente festividad. Son cuatro versículos del capítulo primero de san Mateo. Ya los conocemos, muchas veces los hemos leído y hemos meditado sobre ellos. Esta narración nos es conocida por la historia sagrada que leíamos en la escuela. Y, sin embargo, por muy familiar que nos sea, ofrece una gran dificultad no en su sentido teológico profundo, sino simplemente en lo que ahí se narra sobre acontecimientos externos de la vida de san José y de la santísima Virgen. En realidad, no vamos a poder eliminar la dificultad. El texto sigue oscuro para nosotros. Mas tal vez esta oscuridad, si la miramos más despacio, nos lleve a una idea que profundice el texto y sea, acaso, de provecho para nuestra vida.

Ordinariamente, interpretamos esta narración en el sentido de que José conocía algo del estado de María, pero no podía explicarse lo sucedido; María había callado lo que el ángel le había dicho y lo que, por virtud del Altísimo, se había realizado en ella. José no sabía nada de ello y creyó no hallar otra salida que abandonar secretamente a María, con quien estaba desposado. Pudo suceder de este modo, pero no puede decirse que así haya de interpretarse el texto, unívocamente. Pri-

meramente se dice que María fue hallada como quien había concebido por obra del Espíritu Santo. Ahora bien, esto significa que José sabía que María había concebido por obra del Espíritu Santo. ¿Por dónde lo supo? Por María precisamente. Por lo menos, así podemos concluirlo y, al mismo tiempo, preguntarnos: ¿Por qué no había de decir María a José lo que le había sucedido en la aparición celestial y lo que la gracia de Dios había hecho en ella? ¿Por qué no había de decir esto a su esposo, ella, que tranquila y fielmente seguía a Dios? ¿Podía contar, contó efectivamente, que José pudiera saberlo por otra parte? ¿Cómo podía pensar sin más que también a José se le presentaría un mensaje celestial, cuando, más sencillamente, se lo podía decir ella misma? Mas, si José sabía el celestial milagro que se había realizado en su esposa, ¿cómo pudo ocurrírsele repudiarla y repudiarla secretamente? Pero podríamos preguntar, a la inversa: ¿Cómo podía repudiarla secretamente, él, que es aquí llamado «varón justo», es decir, fiel a la ley, si no sabía que María había concebido un hijo por gracia del cielo? Realmente, lo que debería haber hecho, según precepto legal consignado en Deut 22, era proceder contra ella como adúltera. Si, pues, hemos de concluir que lo sabía, si hasta en el texto consta que lo sabía, ¿por qué entonces repudiarla?

¿Tal vez porque se sentía — y tenía que sentirse — en cierto modo excluido del misterio que se había desarrollado entre María y el cielo? Al ser ella reclamada, por decirlo así, por alguien más alto, por Dios mismo, creyó José — así podemos, por lo menos, pensar — que no podía ya alegar derecho alguno sobre ella, y pensó repudiarla secretamente.

Si entendemos así este texto — y ésta es, por lo

menos, una posibilidad de interpretación de un texto oscuro y ambiguo —, el mensaje celestial, el ángel entre sueños que habla a José, recibe un sentido totalmente nuevo. El cielo comunica a José no sólo que María ha concebido por virtud de Dios — el sueño celestial confirma también este hecho, que José sabía ya por María —, sino que el mensaje decisivo es: «Recibe a María en tu casa.» Sé, pues, le dice el ángel a José, padre de este niño, cumple los deberes de padre para con este niño que el cielo ha regalado a tu esposa. Custodia, cuida, defiende, quiere, protege a este niño. He ahí el encargo que José recibe del cielo mismo. Podemos, pues, decir que es padre nutricio y protector del niño, no sólo porque su esposa a él confiada concibió un hijo por gracia del cielo, sino porque Dios mismo quiso que hiciera las veces de padre con el Hijo de Dios, que venía a redimir al mundo. Por eso se le manda a José que ponga nombre al Niño, por eso se le saluda como a hijo de David, pues importaba que Jesús fuera conocido y reconocido como hijo de David, cosa que sólo sería clara, si su padre terreno era hijo de David, de la regia estirpe de David. Podemos, pues, concluir de este texto que el cielo confía a San José el salvador del mundo. Y así, por este mensaje celestial, entra José en la historia de la salvación, grande, pública y oficial. No se halla vinculado a María solamente con la relación privada de esposo (o desposado) primero y luego de marido, sino que recibe un cargo, una función en la historia de la salvación. Es el custodio y guardián del Hijo de Dios, nombrado expresamente para ello, es decir, esta relación con el niño no le viene del mero hecho de estar desposado con María.

También nosotros estamos a menudo llamados a ser custodios de lo santo, en nosotros mismos, en nuestra vida, en nuestro trabajo. Aparentemente, sólo acontecen cosas del quehacer cotidiano, que nada tienen que ver con la historia sagrada del reino de Dios y con la salvación eterna del mundo. Aparentemente, sólo ligamos los minúsculos vínculos y relaciones de la vida, de los conocidos, de la profesión; pero precisamente ahí estamos llamados a custodiar lo santo, lo grande, la gracia de Dios dentro de nosotros y en derredor de nosotros. ¿A quién no se le encomienda también la guarda de hijos de Dios: en la escuela, en la familia, en la vecindad? No se nos aparece un ángel del cielo, no nos dice, en un sueño celestial: Toma contigo al niño. Y, sin embargo, por acontecimientos al parecer puramente terrenos, también a nosotros se nos encomienda lo celestial y divino, la gracia de Dios en nuestro corazón y en los corazones de quienes nos rodean. El Hijo de Dios que se hizo hombre prosigue por dondequiera su vida, y a todos se nos pregunta si, en la custodia de ese Hijo de Dios, que nos sale al encuentro en los otros, somos o hemos sido tan fieles como José de quien se dice: Fue fiel, tomó consigo al niño y a su madre, lo protegió durante toda su vida para que pudiera ser realmente la salvación del mundo.

Fiesta de san José.

Mt 4, 1-11

El evangelio nos cuenta lo que le sucedió a Jesús a causa de su ayuno en el desierto: fue tentado por el diablo. Las tentaciones aparecen en la vida del Señor al comienzo de su actividad mesiánica. Antes de ponerse en marcha para anunciar el reino de Dios que había venido en su persona, antes de comenzar a predicar, Jesús ora; antes de aparecer en público, se retira al desierto; antes de mezclarse con la muchedumbre, se va a la soledad; antes de buscar a los hombres, busca la faz de su Padre del cielo. Y ayuna.

Jesús es verdadero hombre y todo lo que por su unión con el Verbo eterno de Dios está fundado en su naturaleza humana — puesto que Él es hombre auténticamente histórico, puesto que vive y pasa por experiencias —, tiene también que esclarecerse y concretarse por lo que hace y padece. Aunque está siempre en lo que es de su Padre; aunque su alma, en el fondo, siempre orante, está constantemente unida con su Dios eterno, hay, sin embargo, momentos en la vida de Jesús en que esta escondida unión con Dios se realiza en lo que se llama oración expresa, querida y buscada. Por eso se va Jesús al desierto, por eso ayuna, por eso deja en segundo término todo lo que, de ordinario, constituye la vida del hombre hasta la afirmación de su pri-

mitiva existencia, a fin de hacer y decir no sólo en lo profundo de su oración, sino también en toda la extensión de su existencia humana, lo que es la primera y última tarea del hombre: hallar a Dios, buscar a Dios, pertenecer a Dios por encima de todo lo que, de ordinario, constituye la vida humana. Y por eso ayuna. Por eso confiesa, por esta acción palpable y clara de renuncia a toda comodidad, al comer y al beber, por la soledad y abandono del desierto, por todo, en fin, lo que es como una fuga, una retirada del mundo y del espacio de la existencia terrena; por todo esto, decimos, confiesa Jesús que lo último y decisivo es que estemos con Dios y encontremos a Dios; todo lo demás, por grande y bello que sea, es secundario y subordinado; todo tiene que someterse a este movimiento postrero del espíritu y del corazón, y todo tiene el hombre que estar pronto a sacrificar.

En este desierto de su soledad orante es tentado Jesús. Si consideramos despacio estas tres tentaciones de Jesús, vemos que en las tres toma pie el diablo del aparente contraste entre lo que Jesús sabe de sí y lo que inmediatamente experimenta. Jesús sabe que es el Hijo de Dios simplemente. En esto se apoya el diablo — piénsese de éste lo que se quiera —. Si tú — dice — eres el Hijo de Dios, no puedes estar hambriento, no puedes ser despreciado, no puedes ser débil. Y, de hecho, si alguien se siente como el hijo bendecido de Dios; si alguien se siente no sólo abrazado por la gracia amorosa de Dios, sino de tal forma asido en toda su realidad humana, de tal forma aprehendido en el fondo de su ser, que todo cuanto en él hay, cuanto vive, sabe y siente es la realidad del Verbo eterno de Dios mismo, ¿puede ése en tal caso sentir hambre y sed, puede

hallarse dicha persona en tan espantosa soledad y abandono que nadie se preocupa ya de ella, que se encuentra en tan entera miseria que nadie se fija en ella, en que el mundo es totalmente distinto y no se cuenta con ella para nada? ¿Puede ser entonces un ser débil, un pobre hombre, que no tiene siquiera un pedazo de pan, que en nada manda y a quien nadie sirve? ¿Pueden estar entonces las glorias todas del mundo, todo su poder y su grandeza tan lejos, que sea uno, en este desierto, el solitario, el mísero, hambriento y débil? Así, el diablo invoca toda esta discrepancia entre lo que Jesús sabe íntimamente acerca de su verdadera posición, acerca de su realidad última contra lo que experimenta en su hambre, desprecio e impotencia y le dice: Echa mano de tu realidad última, protesta en su nombre y di: ¡Tiene que haber pan, debo recibir honores, a mí tienen que pertenecerme las magnificencias y el poder del mundo!

¿Y qué hace Jesús? Jesús se traslada, si así cabe decirlo, de esta su conciencia divina al lado del hombre pobre, abandonado y desvalido. No dice a esta tentación que Él es efectivamente el Hijo de Dios, pero que quiere experimentar la soledad, hambre y debilidad. Jesús dice a esta tentación lo que cualquier hombre puede decir, que, aunque tiene hambre, quiere vivir de la palabra de Dios, que no quiere tentar a Dios y que a Dios solo debe servirse. Jesús dice que debe justamente hacerse lo que todos los hombres tenemos que hacer: ajustarnos a la realidad que sufrimos, así se trate de la pobreza, de la soledad y la debilidad. Así, cuando el poder infernal apela a su conciencia de Hijo de Dios, Jesús se adentra en lo que es nuestro: la pobreza, la soledad y el servicio interrogante de Dios.

Jesús comienza su misión mesiánica atravesando, no sólo en lo profundo de su ser, sino también en el hecho de su corazón, el abismo infinito entre Dios y la criatura, y situándose donde estamos nosotros, los pobres y débiles, los solitarios y abandonados, y precisamente Él es justamente aquel a quien dijo el diablo: Si eres el Hijo de Dios. Como que nosotros somos hombres y no el diablo, debemos decir: Si eres el Hijo de Dios, tienes que ser el hijo del hombre como nosotros, pues lo que nosotros tenemos que llevar y sufrir sólo puede ser redimido si tú vienes con nosotros y no quieres otra cosa que participar de nuestro destino.

Cuando por la fe, la esperanza y la caridad pasamos más allá de lo que sólo es mundo, nos sentimos hijos de Dios y aceptamos ante todo lo que sobre nosotros dispone la providencia: la pobreza tal vez, la soledad y la impotencia de hacer al mundo distinto de lo que es para nosotros, entonces precisamente vamos en seguimiento de Jesús, entonces nos sentimos envueltos por el amor y la gracia de Dios, y a nosotros también nos dice Dios, con todo su poder, que no nos deja solos y abandonados: Tú eres mi hijo, con amor eterno te he amado.

Primer domingo de cuaresma.

Mt 8, 1-13

El capítulo 8 de san Mateo sigue inmediatamente al sermón de la montaña, y, juntamente con el capítulo 9, pertenece a una sección en que el evangelista, como si quisiera sellar el sermón de la montaña, cuenta varios milagros del Señor: la curación del leproso y la del criado del centurión de Cafarnaúm. A este segundo milagro vamos a dedicar nuestra meditación. Si, a par del mero milagro, como tal, queremos también entender el texto sobre el centurión de Cafarnaúm, tenemos que ponernos con el pensamiento en la misma situación.

Cafarnaúm era una ciudad fronteriza entre los estados de Filipo y de Herodes Antipas, que se habían repartido entre sí el reino de su padre Herodes. Como ciudad fronteriza tenía una aduana, en que encontramos a Mateo, y una guarnición. Sabemos por el evangelio y también por la literatura contemporánea que las tropas mercenarias de Herodes Antipas se componían principalmente de gentiles. Y así, como más claramente vemos por Lc 9, en que se cuenta (en sus diez primeros versículos) el mismo hecho, este centurión era también gentil, un extraño al pueblo de Dios, uno que pertenecía, como si dijéramos, a la potencia ocupante; uno que, cultural, política y religiosamente estaba separado de aquel pueblo. No pertenecía — hablando en el

lenguaje de este evangelio — a los hijos del reino; a los que, según las ideas del judaísmo contemporáneo, tenían derecho a las promesas de Dios; a los que estaban bajo la ley del Dios vivo. Era de los que estaban fuera. Así tenían que pensar los judíos de entonces de este centurión, y como — según ya hemos dicho — no era solamene gentil, sino representante también de la potencia adversa, ello tenía que acrecentar la antipatía. Esto, por una parte.

Mas por otra sabemos (por Lc 7) que este centurión se comportaba muy amistosamente con el pueblo judío. Los judíos dicen de él: Ama nuestro pueblo. Es más: le pueden contar al Señor algo totalmente distinto y sorprendente, algo que realmente se sale del marco de un modesto centurión, que era quien mandaba la unidad militar mínima de aquel tiempo: la centuria. Le dicen, pues, de él a Jesús: Nos ha edificado la sinagoga, la sinagoga de Cafarnaúm, aquella en que Jesús, según Ioh 6, pronunció su maravilloso discurso prometiendo el pan de vida. Así pues, este centurión comprendía indudablemente a este pueblo, su religión, sus promesas, su expectación de un reino de Dios, que se iniciaría con el Mesías. Pero, por mucho que simpatizara con él, sabía que no pertenecía al pueblo de Dios, y, en su grande, sencilla y objetiva modestia, respetó esta diferencia. Si no era por necesidad, un judío no iba a casa de un gentil. Eso lo sabía, y no se lo tomaba a mal a los judíos el centurión. Y por ello le dice al Señor mismo: No soy digno de que entres bajo mi techo. Esto no es tanto, ni solamente, la expresión de una modestia ante la propia insignificancia personal, como si dijéramos privada, frente al Señor precisamente, al taumaturgo cuya grandeza y santidad salta a los

ojos. Es, más bien, el gesto de la modestia de un hombre que toma en consideración las ideas religiosas de otro; de un hombre que, con la mayor naturalidad, casi diríamos con solemne modestia, cuenta con la mentalidad de otro, la respeta y no la hiere, aun en el caso en que, aparentemente, resulta hiriente para él mismo. Así, con actitud de reverencia y respeto, pero, a par, de distancia respecto al pueblo judío, mira este centurión a Jesús y cree en Él. Cree en la dignidad de su persona, en su pretensión y poder de hacer milagros como signos de su misión. A la vez, es el hombre que guarda la auténtica y sencilla fidelidad a sus subordinados, y así — como nos cuenta san Lucas con más precisión, abreviando menos que san Mateo — envía al Señor a los presidentes de la sinagoga a que le pidan un milagro: la curación de su criado.

Ahora viene lo sorprendente de la narración del evangelista, la admiración de Jesús ante esta fe. Casi pudiera decirse que a la actitud del centurión corresponde ahora otra semejante, llena de grandeza y dignidad divina, de parte de Jesús. También Él es hijo de su pueblo. También Él respeta los límites que se imponen a su vida terrena, pues sabe que, de momento, sólo ha sido enviado a su pueblo, a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Juan dice también que la salud viene de los judíos. Y, sin embargo: «En verdad, no he hallado fe pareja en Israel.» Esta experiencia suya, que con la mayor naturalidad del mundo reconoce como auténtica y verdadera, de que fuera de este pueblo de Dios, fuera de la alianza, fuera de lo que Dios mismo había hecho en historia de siglos y milenios, había más fe, más fidelidad, más mirada a lo verdadero y grande, esta experiencia particular Jesús la dilata incluso di-

ciendo que, de este a oeste, de sur a norte —como se añade también en Lucas— vendrán quienes se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el eterno banquete del reino de Dios; mientras los hijos del reino, los que creían tener derecho a ese reino por su ascendencia de Abraham, serán echados fuera, allí donde será el llanto y el crujir de dientes. Evidentemente, al evangelista san Mateo le interesa precisamente esta moraleja de este milagro del Señor, que se hizo en favor de uno que no pertenecía a los llamados, pues pone esta palabra de Jesús en esta narración; en Lc 13 se lee en contexto completamente distinto y seguramente allí fue pronunciada.

¿No es también todo esto importante para nosotros? Puede suceder que no estimemos aún bastante la gracia de pertenecer a la Iglesia de Cristo; pero puede, a par, dominar en nosotros el sentimiento de que somos los llamados, los que están dentro, los hijos del reino. Y aquí nos dice Jesús con su ejemplo: ¡Sed también vosotros hombres que reconocen la verdad, lo bueno, lo auténtico, lo grande, lo leal y valiente dondequiera que esté! Debéis ver la luz allí donde brilla. ¡No seáis partidistas! Sin perjuicio de la verdad de la Iglesia, la luz puede brillar en cualquier parte. Sabemos por la fe que la gracia de Dios no se limita a la Iglesia visible de Cristo; la gracia de Dios va y sopla por todas las calles del mundo, y dondequiera puede hallar corazones en los que la fe y esa misma gracia operan la salud sobrenatural. Así, nosotros, los católicos, no debemos pensar que, porque seamos hijos de la verdadera Iglesia, ya no puede haber gracia y caridad divina fuera de nuestros corazones. Es más, hemos de estar siempre prontos a oír —como este evangelio nos enseña— que

los hijos del reino pueden pertenecer a los réprobos, mientras que de todos los puntos cardinales pueden venir otros que, aparentemente, no pertenecían a los llamados. Sintámonos doblemente humillados por la gracia de la verdadera Iglesia. Primero, porque tenemos que decirnos que no somos lo que debíamos ser si viviera en nosotros esta gracia y se hiciera plena verdad. Segundo, porque no por ello hemos recibido la prenda de la elección. Seamos, pues, según el modelo del Señor, abiertos y espontáneos para reconocer todo lo bueno, todo lo noble y fuerte, lo glorioso y vivo dondequiera se encuentre, hasta la gracia que puede ser realidad aun fuera de la Iglesia visible. Humillémonos por la gracia que hemos recibido, a fin de que esta humildad nos prepare a que lo que hemos recibido dé fruto para la eternidad.

Tercer domingo (sobrante) después de epifanía.

*El denario somos nosotros... y Dios**Mt 20, 1,16*

Me parece que, por muy conocido que nos sea, el evangelio de los trabajadores de la viña se nos presenta, una y otra vez, a cada lectura, como extraño e incomprensible. Que todos reciban el mismo salario, es cosa que no puede trasladarse sin más a la eternidad. Que Dios no pague a cada uno según sus obras, como se dice en la Escritura, no puede tampoco sacarse de esta narración, pues esa palabra puede también leerse en la Escritura. Entonces, podríamos preguntarnos, ¿qué significa propiamente esta narración?

Tenemos aquí una parábola del Señor a la que debe claramente aplicarse lo que vale para todas las parábolas, a saber, que hay que atenerse al sentido general o moraleja de toda la narración, y guardarse de trasladar todo pormenor de ella a la realidad religiosa sobrenatural, a la relación del hombre con Dios. No debemos preguntar, en esta parábola: ¿Quiénes son los llamados al romper el día, quiénes los de las horas tercia, sexta, nona y undécima? Pormenores como el de que se paga primero a los últimos elegidos, no deben trasladarse o aplicarse a nada.

Tampoco habrá en el juicio eterno de Dios nadie que murmure. Todos estos particulares se dicen, tal como Jesús los narra, para ilustrar una idea fundamen-

tal, la única, a la postre, que interesa. Pero ¿cuál es esta idea fundamental?

Primeramente debemos tener en cuenta, para la inteligencia de la parábola, que en aquellos tiempos, por regla general, el salario de un hombre contratado para trabajar un día era de un denario. Si, pues, el amo o padre de familia ofrece un denario a los que querían trabajar en su viña, van y trabajan, y él se lo paga por la tarde, se trata aquí de un jornal normalísimo, natural y justo. Estos hombres no pueden, por ende, maravillarse de ello. Al comenzar el día no habían esperado más. Y por ahí se comprende que, cuando el amo manda pagar un denario a los últimos venidos, no se trata propiamente de una paga que hubieran merecido. Realmente, tampoco se les prometió ese denario; el amo les dijo solamente que les daría lo que fuera justo. Y con toda seguridad que no esperaban tanto. Y es así que el mismo padre de familias pregunta expresamente, a los que murmuraban, si no podía él ser bueno. Sí-guese que lo que da a estos tardíos no es expresión de la justicia, que impera entre amo y siervo, sino de la libre bondad —y ahora llegamos precisamente a la moraleja de toda la narración— expresión de aquella bondad, de aquella no calculable misericordia, de aquella misericordia que no puede calcularse ni encasillarse en las categorías de salario y justicia, de aquella bondad y gracia que impera en definitiva entre Dios y el hombre. No se trata, en esta parábola, de la cuestión de si, en el juicio de Dios, recibirá o no el hombre —todo hombre— lo que corresponde a sus obras sobrenaturales hechas. Con esta parábola quiere decirnos Jesús algo totalmente distinto, algo más universal: Jesús quiere decirnos —y la enseñanza era de decisiva importancia

frente a la concepción del salario del judaísmo del tiempo— que entre nosotros y Dios rige algo a la postre totalmente distinto, algo que no puede computarse, ni reducirse al común denominador de la justicia; rigen la gracia y libre disposición de Dios eterno. He ahí una verdad que, de pronto, humilla al hombre, pues le dice que no puede por sí mismo enfrentarse realmente con el Dios eterno con un título de justicia, que hubiera adquirido por sus propias fuerzas. El hombre no puede pedirle cuentas a Dios. Pero esta verdad de que todo está comprendido dentro de la libre misericordia y de la incalculable disposición de Dios, es también una verdad que nos consuela y levanta, una verdad que nos libera de una opresión. Porque, si quisiéramos pedir cuentas a Dios, Él nos las pediría también y pleitearía con nosotros. Y en tal caso llevamos forzosamente todas las de perder. No, es mejor que todo dependa de la libre misericordia de Dios. Si es así, podemos siempre, lo mismo si hemos comenzado a servir a Dios pronto que tarde, podemos incluso cuando sentimos que se nos exige demasiado, estar animados y decirle a Dios: Tú eres el Dios de todo consuelo y misericordia, tú eres el Dios de gracia, que paga con un denario aun a quienes no podían ganárselo con todo su trabajo; el que nos paga, aunque realmente seamos siervos sin provecho y pobres pecadores.

Ahora bien, cuestión totalmente otra es dónde se inicia esa misericordia de Dios en nuestra vida, dónde se nos muestra Dios como el que libremente dispone de nosotros y no tolera que entremos en pleitos con Él. Esta cuestión no la podemos responder por la parábola misma. No podemos trasladar, sin justificación, pormenores de la parábola a la realidad de Dios. Sólo pode-

mos decir que, a la postre, todo lo que podemos y debemos merecer como salario está comprendido en la libre disposición de Dios, que nos da como quiere, y configura según su beneplácito nuestro comienzo y nuestro término. Pero de ahí se sigue algo que tiene —creo yo— perenne importancia para nosotros.

Lo que Dios dispone, aquello sobre lo que no podemos entrar en cuentas ni pleitos con Él, somos en último término nosotros mismos. Tal como somos: con nuestra vida, con nuestro temperamento, con nuestro destino, con nuestra circunstancia, con nuestras taras hereditarias, con nuestros parientes, con nuestra estirpe, con todo lo que concreta y claramente somos, sin que lo podamos cambiar. Y, si entramos a menudo en el coro y corro de los que murmuran, de los que apuntan con el dedo a otros, en que Dios lo ha hecho de otro modo, somos en el fondo de los que no quieren aceptarse a sí mismos de manos de Dios. Y ahora podría decir que la parábola nos dice que somos nosotros los que recibimos el denario y los que, a la vez, somos el denario. Y es así que nos recibimos a nosotros mismos con nuestro destino, con nuestra libertad desde luego, con lo que hacemos con esta libertad; pero, a la postre, lo que recibimos somos nosotros mismos. Y hemos de recibirlo no sólo sin murmurar, no sólo sin protestar interiormente, sino con verdadero gusto, pues ello es lo que Dios nos da, al mismo tiempo que nos dice: «¿Es que no puedo yo ser bueno?» De ahí que la gran hazaña de nuestra vida sea aceptarnos como un regalo incomprendido, sólo lentamente descubierto, de la eterna bondad de Dios. Porque saber que todo lo que somos y tenemos, aun lo amargo e incomprendido, es don de la bondad de Dios; sobre la que no murmuramos, sino que la aceptamos,

sabiendo que si lo hacemos —y aquí vamos, una vez más, más allá de la parábola— Dios mismo se nos da juntamente con su don, y que así se nos da todo lo que podemos recibir: he ahí la sabiduría, y la gran hazaña de nuestra vida cristiana. Jóvenes o viejos, en realidad somos siempre trabajadores de las últimas horas. Y Dios está siempre dispuesto a darnoslo todo con la sola condición de que lo queramos recibir: a nosotros y a sí mismo y, con ello, lo infinito.

Domingo de septuagésima.

El cristiano y lo inevitable

Mt 24, 15-53

Ha pasado un año de la Iglesia y también un año de nuestro propio tiempo. Debemos, por ende, dar gracias a Dios, en esta hora, no sólo por tantas gracias concedidas, sino también porque nos ha conservado en el reino de su Hijo. Nos ha conservado la luz de la fe y no nos ha retirado su caridad, y así este año está integrado en la gloria eterna de Dios. Lo que aparentemente ha pasado, vuelve a nosotros por misericordia de Dios en el futuro.

No es azar que la Iglesia nos haga leer hoy el fragmento evangélico Mt 24, 15-35. Es un trozo de los discursos del Señor sobre el futuro y el fin del mundo. De misteriosa manera se entrelazan los dichos acerca del fin del mundo y el fin de Jerusalén. Que ese entrelazamiento haya de atribuirse al evangelista o al Señor es cosa que a la postre carece de importancia. Sin embargo, aun así vemos —muy claramente— que debemos distinguir ambos acontecimientos.

En los vv. 15-28 se habla de la destrucción de Jerusalén, del término y ruina del Antiguo Testamento como magnitud de la historia de la salvación.

En los vv. 29-31 se habla del retorno del Señor. Primero se dijo del fin de la economía de salvación del antiguo Testamento, ahora se dice del fin de la histo-

ria de la salvación en general. De ahí que no sea de maravillar que se vean ambos fines en una visión única. No que no pueda haber un tiempo inmenso en medio; pero, en su profundo sentido de la teología de la salvación, ambos acontecimientos están estrechamente unidos. Luego, en los vv. 32-35, se tratan las cuestiones del *cuándo* de los acontecimientos señalados, y en relación con el fin de Jerusalén se dice: «Esta generación no pasará antes de que todo esto se cumpla.» La cuestión o pregunta, empero, sobre el *cuándo* del fin absoluto de la historia de la salvación se contesta diciendo que nadie lo sabe, sino el Padre.

Ya por estas dos respuestas vemos que el Señor repara completamente estos acontecimientos respecto del tiempo. Ordinariamente, al considerar lo que dice el Señor sobre las postrimerías y el fin del mundo, se piensa que ahí mostró el Señor el don de profecía. Pero yo pienso que podemos mirar también bajo otra luz estas palabras (vv. 15-28). En ellas se predicen tiempos históricos catastróficos; pero no se predicen para mostrar que el Señor sabe todo eso de antemano y que así, en cierto modo, lo sepamos también nosotros; no, el Señor mismo da reglas de conducta que hemos de guardar en esos tiempos. Ello puede encerrar útiles enseñanzas para nosotros. Lo que el Señor dice ahí es algo que se cae de su peso y, sin embargo, los hombres no lo hacen. Debían conocer los signos de los tiempos, no deberían apartar su mirada de la situación histórica, sino sacar de ella consecuencias radicales: El que está en el campo no vuelva siquiera, el que está fuera de casa no entre a coger su manto. Naturalmente, no todo esto armoniza con nuestra situación. Pero ¿no significará para nosotros que luchemos contra el instinto terreno y

no nos dejemos robar la sana mirada? Porque ¿cuál es nuestra situación? ¿No está todo oscuro en nuestro tiempo, no vivimos ambiente de catástrofe, no se habla por doquiera de guerra y destrucción? Y, sin embargo, todo eso lo pasamos por alto y una vez más queremos instalarnos en una vida de comodidad burguesa. No queremos ser hombres que conocen los tiempos en que viven, no queremos sacar las consecuencias cristianas. ¿Oímos la exhortación que se nos hace a confiar en Dios en este tiempo en que nos ha tocado vivir, a vivir nuestra vida basándonos en la última razón de nuestra existencia, basándonos en Dios, con la esperanza en Él, con todo el amor puesto en Él? Si tuviéramos una visión clara de esta situación, no tendríamos las catástrofes, sino que haríamos, o dejaríamos de hacer, lo que el día nos manda, lo que manda el deber diario y la circunstancia presente, a despecho y pesar de la amenaza del futuro.

La cuestión sólo puede entenderla el que, por la fe y la confianza, sabe que el futuro es Dios y, en definitiva, sólo Dios. Lo segundo que Jesús nos encarece en este texto es la oración: Orad, dice, para que vuestra huida no caiga en sábado. Tampoco aquí es aplicable para nosotros el contenido de lo que se nos dice. Pero el Señor prevé un futuro espantoso, en que acabará, bajo la ira de Dios, un trozo de la historia del amor de Dios. Jesús prevé catástrofes inevitables, las prevé serenamente, y dice que, aun en ellas, la oración sigue teniendo sentido. ¡Qué infinitamente poderosa considera el Señor la oración, y qué realísticamente mira su posibilidad! Dice: La cosa llega, y no dice: La podréis evitar. Y, sin embargo añade: Orad, porque sólo la oración tiene verdadero sentido. No podemos estimar el futuro según

sus posibilidades, no sabemos lo que esta oración consi- gue en cuanto a realidades terrenales, ni lo que se le niega según voluntad de Dios. Tenemos que confiar en Dios y rogar por el futuro aun en el orden terreno. Por más que en una situación terrena haya algo, o mucho de inevitable, de suerte que el Señor pueda decirnos: Esta situación es inevitable, oigamos la exhortación de Cristo en el evangelio: La oración sigue teniendo sentido para la historia y hasta está mandada.

Y aún nos dice el Señor una tercera cosa que se sigue de ahí: por razón de los escogidos se abreviarán aquellos días. ¡Por razón de los escogidos! De no ser por ellos, no quedaría nadie con vida en el ámbito de la situación histórica a que alude el Señor. También a nosotros nos dice que hay escogidos, y también aquí hay que decir que los escogidos no convierten la tierra en un paraíso, ni son representantes de utópicos sueños del futuro. Sin embargo, ellos son, aun en la historia presente, la bendición de Dios, y sólo más tarde, en el juicio final, podremos estimar lo que estos benditos del Padre celestial han significado para esta historia presente y la posibilidad de sobrellevarla. A menudo diremos también nosotros que por razón de los escogidos se han abreviado esos días. Así, con sabio realismo, nos dice el Señor que en ningún caso, por muy catastróficas que sean las situaciones, tenemos derecho, ni aun respecto de esta tierra, a creer solamente en las tinieblas. Si llegan, han de hallarnos como creyentes y amantes que saben cómo todos los ocasos son auroras para Dios. De este modo el poder de Dios y de su Verbo nos sostienen para ser, con libertad y prontitud, los escogidos de nuestro tiempo. En el siglo II se dijo lo siguiente: «Por los cristianos subsiste el mundo». Los primeros

cristianos tenían aún tan soberbia conciencia. Así debemos nosotros entender nuestra misión.

Si con fidelidad de creyentes somos hijos de Dios y, por ende, hijos de su eterna elección, podemos esperar siempre, como orantes, que se abreviarán los días de las tinieblas. Y siempre, ora vivamos, ora muramos, hemos de brillar como las estrellas del cielo. Ese es nuestro deber, el deber, ante el Dios del cielo y ante nuestra historia terrena, de obrar tal como el Señor nos dice: sobria y resueltamente, orando, como escogidos, por amor a los cuales se da la bendición y la promesa.

Último domingo después de pentecostés.

El Verbo eterno del padre como comensal

Mc 8, 1-9

Es bueno que, de cuando en cuando, al oír el evangelio dominical, recordemos que este evangelio se lee precisamente en la santa misa. La liturgia de la palabra y, por ende, la predicación o interpretación del evangelio, tiene en la santa misa el sentido de ser parte de este acontecimiento entero y de servir de preparación para celebrar la cena de Jesús, el santo sacrificio de la Iglesia.

En el evangelio de hoy podemos muy fácilmente hacer justicia a este hecho. Ciertamente que, según muchos exegetas, acaso con razón a primera vista, este evangelio de la multiplicación de los panes no es alusión, en la mente del evangelista, a la comida eucarística. Sin embargo, si pensamos que por lo menos Juan ve expresamente la multiplicación de los panes como símbolo de la cena; si observamos además que hasta los sinópticos pintan a Jesús de la misma manera como obra en la última cena —toma el pan, da gracias, lo bendice, lo parte y distribuye—, nos es lícito realmente ver en este evangelio de la multiplicación de los panes una indicación de lo que en esta santa hora estamos de nuevo celebrando, una alusión a la comida en que el Señor, por mano de los apóstoles, fortalece a los suyos en el desierto de la vida, a fin de que no desfallezcan en el camino hacia la eternidad.

Aun sin forjar extrañas alegorías ni sacar comparaciones artificiales, este evangelio proclama precisamente aquella actitud de Jesús ante los hombres, que alcanzará luego su punto culminante y su realidad y verdad última en la institución del Señor, en la eucaristía. Consideremos un poco más despacio este evangelio. Jesús enseña en el desierto; pero la palabra que quiere decir y dice es, a la postre, una revelación de sí mismo, la revelación de que Él es el reino de la misericordia de Dios que ha llegado. De ahí que esta palabra de Jesús tienda inmediatamente a que lo que revela —Él mismo como gracia de Dios hecha carne— entre realmente en la existencia del hombre, no sólo teóricamente, sino con toda verdad, con su espíritu, su gracia y su palpabilidad histórica, que son los sacramentos por excelencia. Y si estos hombres están aquí en el desierto, si son pobres, si Jesús mismo dice de ellos: «Algunos han venido de lejos», todo ello sigue en el fondo para hacer palpable y esclarecer, lo que puede decirse de todos nosotros: Nosotros somos los pobres, los que no podemos procurarnos el pan de nuestra existencia. Estamos de camino y hemos venido de lejos. De nosotros dice Jesús: «Me da lástima esta turba.» Tenemos que esperar a menudo largo tiempo junto al Señor, durante largos días tenemos que aguantar el hambre, hasta que Él se compadece de nosotros y nos fortalece.

Nosotros, como los hombres del evangelio de hoy, hemos de escuchar la palabra de Dios, escucharla una y otra vez, hasta que, por el milagro de la gracia de Dios, entre realmente en nosotros como fuerza de nuestra vida y luz de nuestro corazón. Si Jesús había reunido ya entonces en derredor suyo a los apóstoles y los había hecho mediadores de su gracia para el pueblo, ello

Sexto domingo después de pentecostés

quiere decir que un día los llamará para convertirlos en fundamento de su Iglesia, administradores de su gracia y heraldos de su palabra. En el evangelio de hoy los emplea para distribuir el pan terreno al pueblo; más adelante los hará distribuidores, entre sus hermanos y hermanas, del pan celestial de la vida eterna. Por eso, si aquí, en esta actividad de los apóstoles, vemos anticipada su futura acción, si los vemos celebrar anticipadamente, junto con el pueblo santo de Dios, durante la peregrinación del tiempo, el banquete de la vida eterna, conviene que no nos apartemos mucho del evangelio y de su tenor literal inmediato. Porque lo que acaece en el evangelio debe acaecer, según la intención del Señor, también hoy, en esta hora y en este lugar.

El Señor es el centro de lo que sucede en el evangelio, y aquí: Toma el pan, lo bendice, da gracias a Dios por este don de la tierra. Jesús lo hace sin duda a la manera del padre de familia del Antiguo Testamento; pero cuando el Verbo del Padre en nuestra carne ora al Padre como comensal nuestro, le da gracias por los dones de la tierra, bendice su nombre por toda su gracia y amor, este hecho, realizado por el hijo del hombre que es Hijo de Dios, adquiere dimensiones infinitas: El sumo y eterno sacerdote, en nombre de todos sus hermanos y hermanas, entona el himno del mundo y de la historia para siempre y eternamente, al ofrecerse a sí mismo, por la muerte, al Padre eterno.

Si los evangelistas estilizaron esta escena según el relato de la cena, también nosotros podemos leer en él lo que acontece hoy de nuevo en nuestra vida: El Señor está en medio de nosotros como el gran dador de gracias, por nosotros, por nuestra vida, por nuestro destino; como el gran oferente, que nos asume también a

nosotros y nuestra existencia en la gran liturgia que abarca tiempo y eternidad, a fin de que a Dios se le ofrezca todo en todo. Si nos acercamos con fe a la mesa del Señor, de nosotros cabe decir también lo que se dice en el presente evangelio: «Comieron hasta quedar saciados»; de suerte que ya sólo podemos tener hambre del eterno banquete de Dios mismo; saciados para no desfallecer en el camino, aunque hubiéramos venido de lejos y nos falte aún largo trecho hasta la eternidad. Él se nos da a sí mismo, hasta con su destino de muerte, hasta con su cruz; pero Él venció por su muerte, y con su cruz nos ha redimido. Este pan, que es Él mismo y que Él nos da, es la comida de la vida eterna, que da fuerzas para la eternidad. Y en él acontece lo que leemos en el evangelio: Surge una comunidad de fe en el Señor que se nos revela, una comunidad de peregrinos, una comunidad en torno a los apóstoles, una comunidad de la comida única, que nos congrega a todos, una comunidad de peregrinación única hacia Dios.

Leamos, pues, el evangelio de Mc 8 y roguemos al Señor haga en esta hora entre nosotros aquello de que es sólo anticipo, pálida sombra y promesa lo que hoy leemos en el evangelio.

Sexto domingo después de pentecostés.

Ha nacido un hombre

Lc 1, 57-68

¿Qué se nos cuenta en el evangelio de hoy? ¡Nace un hombre! ¡Una madre es feliz! Y los hombres en torno: padres, parientes y conocidos advierten lo que acontece realmente en cada hombre y su nacimiento; lo advierten porque este nacimiento va ligado con ciertas circunstancias que obliga a que la gente mire más particularmente a lo que acaece siempre que nace un hombre. Se dice, por de pronto, que estos conocidos y parientes se habían alegrado porque Dios había obrado misericordia con esta madre y, naturalmente, también con este niño. Que Dios llame a un hombre a la existencia es misericordia, es gracia, amor, bondad, inefable misericordia. ¿Pero es evidente esta verdad? ¿Nos sentimos a nosotros mismos, sentimos nuestra vida y destino, nuestro llamamiento al tiempo y a la eternidad como misericordia? ¿Alabamos y bendecimos a Dios porque ha usado con nosotros de misericordia? Y, sin embargo, así es. Él nos ha llamado a la existencia y se trata de una existencia eterna. Nos ha llamado a su gracia, y esta gracia es Él mismo y su misma vida eterna. Este ser, que podríamos no tener; esta eternidad, tras la que está la vacía nada, y esta vida con Dios y ante Dios, que se da al espíritu en la gracia y en la gloria, todo eso es misericordia, pues

es la bienaventuranza misma de Dios; y todo lo demás en nuestra vida, que nos torna problemática la existencia, es lo transitorio, lo provisional, la prueba y tentación. Lo que se nos da cuando un hombre nace, es la misericordia de Dios. ¿Podemos mirar así esta vida, que es un misterio, y aceptarla día a día, como don reiterado de las manos de Dios? Recojamos toda la fuerza y ánimo de nuestro corazón y digamos gozosamente: ¡Sí, es misericordia!

En segundo lugar nos llama la atención el hecho de que toda la vecindad sintiera miedo ante este acontecimiento. Pero este miedo no fue pánico, no fue temor servil del que el cristiano está liberado, pues vive en el amor y, como dice Juan, el amor echa fuera al temor. El miedo de que aquí se trata es la reverencia ante el misterio de la existencia humana. También aquellos vecinos que vieron la expectación del niño y fueron testigos de los extraños sucesos, se dieron cuenta de que sobre aquella vida se cernía un misterio. El que obra misericordia es el Dios infinito, con sus incomprensibles disposiciones. Él llama a este hombre a la existencia, y, sin embargo, no puede saberse, al principio, lo que este llamamiento encierra. Así tras esos minúsculos sucesos, barruntan el misterio de Dios mismo, que empieza ya a cernirse sobre esta vida incipiente, de forma enigmática e inescrutable y sienten miedo. Y, sin embargo, este miedo es aquella reverencia, sin la que toda vida humana se tornaría diario quehacer a ras de tierra y vacío. Estamos en la perpetua tentación de huir, por miedo, de este temor y de sentirnos más amados, tranquilos e inocuos, si ese temor de Dios no nos acomete jamás en nuestra vida. Sin embargo, cuando todos los azares de nuestra vida y los mil trances

de ella nos enseñan a temer, se trata del temor de Dios, al que se promete la bienaventuranza y del que dice que Dios ama y es fiel a los que le temen.

Lo tercero y último que nos llama la atención en este evangelio es que el padre da gracias y bendice a Dios: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo.» El padre exalta en general la historia de la salvación divina, y en este himno del *Benedictus*, pone la vida del niño dentro de la visión general de lo que Dios ha hecho por su pueblo y para la salud de todos los pueblos. Y da gracias de que este niño, al que habla expresamente en el *Benedictus*, es el precursor del Señor, que preparará sus caminos y dispondrá para su Dios un pueblo perfecto.

Esto puede también aplicarse, a su modo, a cada uno de nosotros. Podemos entonar un himno sobre nuestra vida, un cántico de acción de gracias, pues también nosotros pertenecemos a este pueblo escogido, que Dios ha llamado para seguir al Redentor y prepararle el camino del futuro, que le pertenece siempre. Así justamente debe realizarse cada domingo la sagrada eucaristía, la sagrada acción de gracias del cristiano, sobre nuestra vida entera.

Aquí está Dios que, sin preguntárnoslo, nos ha llamado a la existencia, porque con ello nos mostraba su misericordia. Desde entonces, el misterio de Dios, terrible a par de bienaventurado, se cierne sobre aquel a quien Él, este Dios, ha llamado y así se ha hecho a Sí mismo misterio de nuestra vida. Pero siempre, siempre, en todos los momentos de nuestra vida, podemos decir: Bendito sea Dios, que nos ha llamado a la comunión con su Hijo, que nos ha llamado y redimido y traído a su luz inefable, y nos ha hecho seguidores del que, como

Dios mismo, anduvo por los caminos de nuestra vida, para que lo sigamos y vayamos adelante y le preparemos los caminos, hasta que la misericordia de Dios se revele como sentido último del misterio de nuestra vida; hasta que podamos entonar el eterno cántico de acción de gracias, que ya no cesará jamás.

Fiesta de san Juan Bautista.

*El amor ve al mundo como una gran parábola**Lc 5, 1-11*

Este relato lo encontramos sólo en Lucas; Mateo y Marcos dicen, muy brevemente, que Jesús invitó a Pedro y sus compañeros a seguirle. Él los haría pescadores de hombres. Y como efectivamente le siguieron. Lucas cuenta además un suceso que precedió a este llamamiento.

Paréceme que lo mejor que podríamos hacer con este relato es leerlo y meditarlo en silencio. Es una narración maravillosa. Si la meditamos, nos llama la atención la cantidad de cosas que se juntan en estos once versículos. Ahí están el mar y la tierra, la gente y los individuos, el trabajo y la predicación del reino de Dios, el fracaso y la milagrosa bendición del nuevo trabajo, el Señor y los hombres, el oficio diario y el llamamiento a una misión divina, la inmediata familiaridad de los hombres con Jesús y el reconocimiento tembloroso de que Él es el Santo y nosotros los pecadores. Podríamos preguntarnos qué falta realmente en esta narración, en este minúsculo acontecimiento, qué falta de la realidad de la vida humana y de su experiencia. En él se habla del día y la noche, del fracaso y el éxito, de la cruel amargura y la bendición de Dios. Ahí estamos también nosotros y el Señor, y todas estas cosas se entrecruzan unas con otras con la mayor naturalidad. To-

do está abierto a todo, una cosa remite a la otra; nada hay, como si dijéramos, cerrado en sí mismo; todo pasa al todo y, sin embargo, en el todo se mantiene a su vez lo pequeño y diario, se confirma y colma de bendiciones. No se trata solamente de una impresión artificial. Algo semejante hubo de pasar en el corazón del Señor. Él ve la barca y quiere enseñar desde ella. En este hecho se descubre evidentemente una finalidad práctica; así podría hablar más fácilmente a los que se estrujaban en torno suyo. Y, sin embargo, hubo de pensar que subía a la navecilla de Pedro. ¿De lo contrario, como hubiera visto la vocación de Pedro bajo la imagen que aquí se desenvuelve en su realidad entre los pescadores del mar?

Jesús ve todos estos sucesos que aquí se cuentan como uno solo. Están abiertos para Él y para su corazón. El corazón uno que todo lo une en el amor, no sabe de separación. El pescar de estos pobres pescadores que durante una noche entera no han cogido nada, es para Él tan importante que lo corona con un milagro. Si aquí aprendieran, trabajando durante toda una noche a ser, a pesar de no coger nada, obedientes a la palabra de Jesús, no habrían aprendido poco para su vocación de pescadores de hombres.

Lo mismo que en este relato, deberíamos también en nuestra vida, buscar la unidad en el amor. La unidad en el amor que nada desprecia y a nada se cierra; la unidad en el amor que soporta lo pequeño y permanece abierto a lo grande; el amor que ve el mundo como una gran parábola, no solamente una parábola exterior, yuxtapuesta, sino como una parábola que se integra, ella misma, en lo grande que por ella se significa. Nuestro diario quehacer está lleno de sentido santo, es un

ejercicio en lo grande. Y lo santo se da en medio de este diario quehacer. Pero en esta unidad suelta y casi festiva del mundo, de la vida y de nuestra vocación sólo el hombre amante y paciente puede reconocer, ver e interpretar la imagen de su vida. Sólo el que en medio de la turba oye la palabra del Señor y, sin embargo, sabe que esta palabra la habla en la soledad postrera de su corazón; sólo el que recibe con agradecimiento lo terreno de manos de Dios, se reconoce como amado, a pesar de todo, por Cristo y dice: «Apártate de mí, que soy pecador». ¡Ése es el llamado a la más estrecha intimidad y al más santo seguimiento!

Yo creo que en este pequeño acontecimiento de la vida de Jesús podemos leer, en unos pocos versículos, todo lo que sucede en nuestro corazón, y reconocer que todo se junta en el corazón de Cristo para enseñarnos que estamos llamados, que seguimos y que, aún en el fracaso, somos bendecidos.

Cuarto domingo después de pentecostés.

¿Qué poder tiene la semilla de Dios?

Lc 8, 4-15

En el capítulo 8 de san Lucas se halla la «parábola del sembrador», como ordinariamente se titula esta narración. También se la podría llamar «parábola de la distinta suerte de la palabra de Dios». Esta narración hubo de serle singularmente cara a la primitiva Iglesia, pues se halla en los tres sinópticos: Lc 8, Mc 4 y Mt 8. El evangelio nos ha transmitido también la interpretación de esta parábola que dio el Señor mismo. Por tanto, resulta difícil que el predicador pueda añadir algo a estas palabras, que son muy claras. Entendemos inmediatamente esta parábola. Sin embargo, si tal vez intentamos penetrar un poco más hondamente en esta conocida parábola, podríamos preguntarnos por qué nos la cuenta Jesús, por qué nos dice eso. Para empezar podríamos preguntarnos por qué nos dice esa parábola vista desde Él mismo. Nos es lícito imaginarnos al Señor de forma realmente humana, pues es hombre verdadero. Así las palabras que dice le salen realmente del corazón, de su experiencia íntima. Si, pues, nos preguntamos desde este punto de vista por qué nos cuenta esta parábola, tendremos que responder que le interesa muy seriamente la suerte de su propia palabra. Él viene, habla, predica, comunica las palabras de Dios. Estas palabras son fuerza, luz y gracia, y le salen del corazón.

Se identifica totalmente lo que dice. Da a la vez toda la energía de su corazón, de su amor y de su gracia. Habla desde el único lugar del cual pueden venir las palabras últimas y definitivas, pues Él viene de arriba y no dice sabiduría humana, sino lo que causa la salvación y gracia de arriba, es luz para los corazones de los hombres, luz que los ha de iluminar en el camino hacia la luz eterna. Ahora bien, este Jesús que así habla ve que su palabra no alcanza a nadie, halla oídos sordos y corazones fríos, halla hombres que tienen siempre una respuesta de repulsa, de superioridad, de burla o de nula inteligencia. Y ahora, su propio corazón humano se pregunta, con toda la consternación, con todo el dolor de esta experiencia: ¿Cómo puede ser que esta palabra dé tan poco fruto? Y se repite, en cierto modo, a sí mismo la parábola que nos cuenta a nosotros: «Un sembrador salió a sembrar su semilla...» Mira, por decirlo así, la naturaleza, lo que su Padre creó, allí donde la realidad es, por de pronto, tal como Dios la creara. Y ve que allí la misma semilla que se esparce, corre suerte varia. El principio no corresponde al fin. Lo formado, lo dado por el Padre, aunque es creado por Dios —o acaso por serlo, ¿quién lo podrá decidir?— halla en la naturaleza destino diferente. Esto consuela a Jesús. Esto le infunde, por decirlo así, nuevo ánimo para seguir sembrando, para seguir caminando por los campos del mundo, echando a boleo su semilla, infatigable, paciente, constantemente, en todo tiempo, y sea el que fuere el destino de esta semilla. Sembrar, y todo lo demás dejarlo a la disposición y ordenación del Padre.

Si seguimos preguntando por qué dice Jesús esta parábola, por qué nos narra también a nosotros lo que es consuelo de su corazón, tenemos que responder con

lo que a nosotros mismos nos pasa. Nosotros estamos en peligro perpetuo de escandalizarnos, tentados de creer que no puede ser semilla de Dios, su palabra, ni su gracia, ni su fuerza, ni su institución y fundación, ni su Iglesia, ni sus sacramentos que sólo tienen ese éxito mínimo, mísero, siempre amenazado, negado y aniquilado por el mundo. ¿No nos preguntamos reiteradamente —a no ser que tengamos miedo de preguntarnoslo— dónde está el dedo de Dios en nuestra vida y en la historia de nuestro tiempo? ¿No tenemos la impresión de que la palabra de Dios tendría que ser más poderosa, de que el poder de Dios tendría que ser más eficaz en esta historia, su luz debería brillar clara en nuestro corazón y en el mundo y su consuelo y su fuerza llenar más nuestros pobres, secos, fríos, cansados y pálidos corazones? ¿Por tanto, no nos preguntamos también nosotros, como Jesús en su corazón, cuál es el destino de lo que se dice ser semilla de Dios en el mundo, vida de Dios y destino de Dios mismo?

¿No tiene que dirigirnos Jesús a nosotros esta parábola? Pero ahora podríamos preguntarnos si esta narración es respuesta a nuestra pregunta. En realidad, a esta pregunta sólo temblando puede responderse con toda verdad o, mejor dicho, sólo puede responderse con el silencio. Ciertamente que Jesús nos dice en la parábola que la culpa de que la semilla de Dios no dé fruto en corazones secos y duros, en el espíritu ciego, no está en la semilla misma, sino en el suelo, en los corazones pétreos que se pierden en las espinas de este mundo —sus riquezas y placeres—, como dice Jesús mismo. Pero estaríamos tentados de replicar, ahora en contra de la parábola del Señor: ¿Los corazones de piedra, el duro terreno y los cardos y espinas de este mundo y los

endurecidos caminos de esta historia ¿no es todo ello abarcado por Dios, querido o permitido, pero venido, a la postre, de Dios? Así pudiéramos sentirnos, efectivamente, tentados a echar una vez más sobre Dios la responsabilidad de la suerte de su palabra en el mundo.

Pero sobre todo ahora, si sentimos esta tentación, es cuando más falta nos hace oír una vez más la parábola que Jesús nos dirige —Él, que sabía cómo es Dios, porque de Dios había venido— porque Él había hecho la misma pregunta y había sufrido la misma réplica del corazón humano. Ahora nos dice: No, hombre, carga sobre ti la responsabilidad de la suerte de la semilla de Dios en tu corazón y confiesa que eres pecador, tienes un corazón duro y un espíritu que no busca la luz de Dios como debe ser buscada. Sólo cuando aceptes que tienes en la suerte de Dios y de su gracia una responsabilidad intransferible, irreductible, irremediable e inexcusable, sólo entonces estarás ante Dios como debes estar, sólo entonces hallas ante Dios gracia y justicia. Hemos de remover una y otra vez el suelo de nuestro pobre corazón y no dejar que se torne camino duro por dónde sólo pase el tráfico de este mundo.

Debemos conquistar en nuestro corazón una tierra buena para la semilla de Dios, y, si lo hacemos y no preguntamos por nada más, esta semilla de Dios dará en nuestro corazón fruto de treinta, sesenta y de ciento por uno. Si pensamos en nuestra responsabilidad y la aceptamos, advertiremos que Dios, en su gracia, nos da además, que seamos terreno que responde a la semilla. Todo es gracia, todo es realmente misericordia eterna de Dios, que da la semilla y el crecimiento.

Domingo de sexagésima.

El cristiano entre lo diabólico y la cultura

Lc 11, 14-18

En el presente evangelio expulsa Jesús un demonio y sana a un mudo. Jesús mira la curación de esta enfermedad, que procedía de influjo demoníaco, como signo de que había llegado el reino de Dios, un reino que no puede dividirse, un reino que se opone diametralmente a todo lo diabólico, a todo lo subterráneo. Cosas, pues, que tienen por escenario la tierra, cosas que, como la salud, pertenecen al bienestar terrenal, las ve Jesús, de una parte, como sujetas a influjos del diablo, y lo bueno y recto que se da en esta dimensión aparentemente terrenal lo considera, por otra parte, como signo de que ha llegado el reino de Dios, que es reino de eternidad. Esto tiene, evidentemente algún significado para nosotros.

Podemos decir que, este evangelio que no tiene intención de desarrollar principios politicoculturales, se deduce por de pronto que el hombre y el cristiano tienen una misión de cultura. «Cultura» se toma aquí en el sentido más lato, como la vida entera digna del hombre sobre la tierra, como todo aquello para lo que el hombre descubre en sí una potencia, un impulso, en su historial, en su situación concreta, ora parta de su propio espíritu o de las fuerzas de la naturaleza. Dondequiera configura el hombre su vida más rica y razona-

blemente dondequiera crea obras del espíritu, de ciencia, arte y poesía, dondequiera imprime sobre la existencia terrena su propio cuño y desarrolla su propia vida, allí hay cultura, y para crearla recibe el hombre mandato de Dios. Y lo recibe, como podemos deducir ya de la alusión enteramente casual del evangelio de hoy, no sólo porque Dios le ha dado fuerzas que debe desarrollar; sino también, evidentemente, porque es cristiano. El cristiano es ciertamente el hombre de la eternidad; el cristiano es el hombre de la verdad que viene de arriba; el cristiano es el hombre que oye la palabra del Dios vivo más allá de todo el mundo; y, sin embargo, el cristiano no es sólo el hombre que reza: «Venga tu reino y pase este mundo»; no es sólo el hombre que espera la eternidad y ve todo lo terreno como provisional y transitorio; es también, como cristiano, el hombre enviado a este mundo para cumplir el mandato terreno de su creador y Señor, del creador del cielo y la tierra. ¿Y para qué? Para que por lo bueno y saludable, por lo razonable y recto, por lo lúcido, lo glorioso y bello de esta tierra, por lo sano que se impone contra todos los poderes de las tinieblas, se manifieste también que el reino de Dios está llegando. Esta cultura terrena no es ciertamente el reino mismo de Dios; pero sí es como un signo, una promesa, una especie de signo sacramental de que Dios ama este mundo y no lo deja hundirse en el caos de lo diabólico; un signo de que, aun siendo un mundo pecador, lo ama en sus propias estructuras terrenas, creadas por Él, lo conserva y deja subsistir, lo sigue abrazando con el amor de su voluntad creadora y quiere, por ende, también que este mundo, esta historia, esta cultura, esta creación espiritual pertenezcan al hombre. Dios mismo, con su reino eterno, está aún

viniendo a las tinieblas para que sea la luz, pues sabemos por la fe que sólo de la gracia de Cristo, sólo del corazón taladrado del Redentor viene lo definitivamente sano y saludable, lo puro, lo auténtico y nato, la verdadera cultura, la humanidad radicalmente verdadera; y por ello justamente, dondequiera esa cultura corresponde realmente a la voluntad y mandato de Dios creador, allí hay algo más que ella misma, allí se manifiesta la gracia de Dios en la sana humanidad de esta tierra. De ahí también el cristiano, como tal, tiene siempre una misión de cultura.

Lo segundo que podemos deducir para nosotros de la casual alusión del evangelio de hoy es que este mundo terreno está escindido. Este mundo no es sólo la creación de Dios que tal vez no ha alcanzado aún enteramente su perfección terrena. Este mundo en que debe realizarse la cultura, la humanidad y la *humanitas*, y el mandato de Dios, es un mundo en que se da lo malo, lo diabólico y tenebroso. Por eso, con toda su creación cultural, con todas sus realizaciones y posibilidades terrenas, con cuanto hay de poesía, arte, ciencia y filosofía, el hombre, aturdido por el espíritu de las tinieblas, puede siempre errar, y está siempre tentado de crear una cultura en el fondo diabólica: De ahí que haya necesidad de exorcizar y desdemonizar tal cultura, tal crear terreno.

Esto no es tan evidente como nos imaginamos. Aquí corremos grave riesgo de engañarnos. Pensamos en cierto modo que lo diabólico, la oscura seducción del abismo sólo actúa donde pecamos contra los preceptos morales, contra lo que entra inmediatamente en los diez mandamientos. Cuando no se choca contra nada de eso, pensamos que todo va bien. Pero puede suceder que

nos dejemos arrastrar, que aceptemos como natural una cultura que, en el fondo, está demonizada por las potencias de lo vulgar, por el mero lujo, por una sexualidad salvaje, absurda, informe y profana, por los diablos de la avaricia, de la soberbia y del atrincheramiento en sí mismo, todo esto puede suceder. Podemos pensar que, porque algo se considera natural, porque todo el mundo lo hace, es ya por ello recto y ordenado. Podemos pensar que, porque esta demonización se da dondequiera, está también en orden; y, porque dondequiera se da, es también buena y conveniente para nosotros. Y podemos, a par, pensar que, cuando nos defendemos contra ella, nos defendemos en nombre de un llamado bien antiguo, cuando en realidad sólo queremos conservar lo malo, lo terreno, lo puramente mundanal de hoy. La cosa no es tan fácil para nosotros, cristianos. No podemos, en el cumplimiento de nuestro mandato de cultura, decir simplemente amén a todo lo que hoy es usual, y tampoco lo podemos justificar apelando a lo de ayer, pues también lo de ayer está en tela de juicio y debemos preguntarnos cómo ha de juzgarse dentro de la discreción o discernimiento de espíritus. Así la tarea del cristiano no es tan fácil en este mandato terreno, en esta misión dentro del mundo, dentro de la vida histórica. Tiene que discernir los espíritus. Tiene que tener valor para lo nuevo y lo viejo; decir «sí» o «no» según los casos; tiene que tener valor para crear él mismo una cultura cristiana, una cultura que sea realmente la de este tiempo, que es también siempre de Dios, y por consiguiente una cultura cristiana, desdemonizada y exorcizada. Sólo cuando recibe, de arriba, ánimo, luz y fuerza para ello, puede cumplir su misión. Entonces se verá que esta levadura cristiana se mezcla en la masa

de este mundo y allí correrá siempre también el riesgo de no realizarse nunca de forma enteramente pura, enteramente luminosa y clara. Siempre sucederá que somos criados que aguantan el calor y el peso del día, y nunca correspondemos del todo a nuestra misión, nunca llevamos del todo a cabo la tarea para que fuimos llamados. Y es así que esta cultura, para la que tenemos misión y mandato, que tenemos que llevar a cabo cristianamente, que hemos de purificar del poder de las tinieblas, sólo puede consumarse en el reino de Dios. Antes sólo podemos, si podemos algo, crear acá y allá, con el dedo de Dios, un signo de que, en este mundo de tinieblas, está viniendo el reino de Dios en la luz y la salud, en la sanidad y verdad. Otra cosa no la podremos hacer jamás. Pero eso es ya un gran mandato que tenemos como hombres y cristianos; un mandato contra lo tenebroso, a fin de que se crea que el reino de Dios va a venir.

Tercer domingo de cuaresma.

*No necesitamos buscar lejos**Lc 14,16-24; Joh 6, 53-56*

El relato de hoy nos habla del gran banquete que Dios mismo instituyó en su Iglesia para aquellos que llamó al banquete de la vida eterna. Por tanto, el presente texto nos permite dirigir por unos momentos la mirada al misterio de la eucaristía.

Paréceme que, de la inmensa plenitud de verdad y realidad de este gran sacramento, sólo una cosa podríamos meditar brevemente, y es que en él recibimos el cuerpo de Cristo. En el curso de su desenvolvimiento doctrinal, la Iglesia ha dirigido más y más su atención al hecho de que, en este sacramento, está presente, real y esencialmente, Jesucristo entero, con su divinidad y humanidad, con su carne y sangre, en cuerpo y alma, y que, por consiguiente, lo recibimos, como al Señor entero de nuestra vida, por comida para la eternidad. Sin embargo, por muy verdadero e importante que ello sea, por muy bien que hagamos en ponderar, celebrar, recibir, adorar, alabar y amar esta presencia, siempre es verdad que el Señor se nos da a sí mismo al darnos su cuerpo por comida y su sangre por bebida.

Tiene, pues, que tener alguna significación que el Señor no hable simplemente de la presencia de su persona, sino de su cuerpo y sangre en este sacramento. Si releemos en el capítulo 6 de san Juan el discurso de

la promesa que dirigió Jesús a sus discípulos en la sinagoga de Cafarnaúm después de la milagrosa multiplicación de los panes, veremos que en él se habla incluso de carne y sangre. Jesús no dice «cuerpo», como en las palabras de la institución de la última cena, sino «carne». Con ello, este discurso joánico remite indudablemente, en cuanto al fondo, a la palabra del prólogo del evangelio según la cual el Verbo de Dios se hizo «carne». Si nos preguntamos por qué Jesús nos da precisamente su cuerpo, debemos reflexionar sobre el sentido joánico de esta carne, a la que vino el hijo del hombre. Al hablar Juan de carne, entiende por de pronto simplemente lo que la Escritura entiende siempre por esa palabra. Y por esa palabra se entiende, en el campo de las lenguas semíticas, el hombre entero, no una parte de él, no sólo lo que nosotros — en sentido casi médico — llamaríamos hoy día nuestro cuerpo, en contraste con nuestra alma espiritual. La carne y el cuerpo significan la persona entera, pero la persona tangible, que está inserta en el espacio vital de esta tierra; la persona a la que se puede palpar, de la que se sabe lo que significa cuando se la coge y se dice: «Aquí está»; no se trata sólo de espíritu y concepto, de verdad e ideas abstractas, sino del hombre concreto. Por eso dice Juan: «El Verbo se hizo carne.» Quiere decir: Sí, aquí está, donde nosotros estamos; está en medio de nosotros; comparte nuestra vida, nuestro espacio y nuestro tiempo y nuestra existencia; aquí, aquí podemos y debemos buscar al Dios eterno. Y ahora nos dice Jesús: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo, mi carne.» Una vez más ofrece la tierra lo más precioso que tiene: el humilde y casto pan y el vino de la alegría.

Desde la última cena, corre ininterrumpida la ca-

dena de los que Jesús envía a su misión, con su palabra. Uno tras otro van uniéndose los miembros en esta serie del pan corporal y del vino terreno, en la cadena de palabras humanas y de testigos humanos. Bajo estos misteriosos, mínimos y sencillos procesos, recibimos no sólo la verdad de Dios, no sólo, ni en primer término, su eterna divinidad, sino la sangre y la carne del Hijo de Dios, la que Él tomó para no dejarla jamás, la misma que Él tomó, a fin de que este mundo sin Dios quedara henchido de resplandor de la divinidad. Así recibimos el cuerpo y la sangre del Señor; el verdadero cuerpo, real y terreno, que gustó la muerte; el cuerpo glorificado, como comienzo de la eterna glorificación del mundo, al que este cuerpo sigue aún perteneciendo, aunque, glorificado, haya sido levantado a la vida misma de Dios, y esté sentado a la diestra del Padre. No necesitamos buscar lejos; aquí lo tenemos, donde nosotros estamos; lo podemos señalar con el dedo, podemos mirarlo, podemos recibirlo corporalmente. Y si nos asalta a menudo, casi como aniquilante, el sentimiento de que estamos tan lejos del Señor y nuestro corazón está tan vacío de Dios; si pensamos que no lo hallamos con nuestros pensamientos ni con los sentimientos del corazón; si pensamos que nosotros estamos aquí y Dios, el verdadero Dios, la luz inaccesible e incomprensible, está infinitamente lejos, recibamos entonces, por lo menos, corporalmente al Señor. Eso sí, si no se reciben con fe y caridad, tampoco su carne y sangre valen ni aprovechan nada, antes se recibirían para juicio o condenación. Mas si nos acercamos como pobres y hambrientos, como mendigos y mutilados, como ciegos y cojos, como llamados de las calles y cercas de este mundo, desde las que miramos sólo exteriormente la gloria de Dios; si nos

acercamos, repito, con la conciencia de nuestra pobreza, de nuestra existencia de vagabundo, porque hemos sido llamados a este banquete corporal de la vida eterna, en que aún podemos comer el pan de esta tierra y beber el vino de esta región en que habitamos, pues sabemos que eso precisamente está lleno de toda la eternidad de Dios; si confiadamente nos acercamos y decimos: «Queremos por lo menos palpar el cuerpo del Señor», entonces tiene Dios que hacer todo lo demás y lo hará. Entonces infunde Él en nosotros su gracia y su fuerza, su luz y su vida, aun cuando sigamos pensando que somos hombres vacíos y tenebrosos, muertos y pobres, sin Dios. «Tomad y comed, éste es mi cuerpo.» Y el Señor dice: «El que come mi carne, tiene la vida eterna.» Él vino efectivamente a nosotros en nuestra carne, y nos da esa carne, porque no sabemos cómo podemos ir a Él. Porque Él está ahí, porque Él mismo vino a la carne de esta tierra, queremos nosotros recibir el pan de la vida, su carne, nuestra carne; y beber el cáliz de su sangre en que fue recogida y eternamente salvada nuestra sangre, la sangre de esta generación. Y porque nos parece que somos pobres y vacíos, por eso precisamente nos da Él lo que es nuestro, allí donde siempre estamos y que siempre entendemos, y lo llama prenda de su propia vida divina.

Yo creo que podemos confiar siempre en Él — sea cual fuere nuestra disposición de ánimo — y acercarnos a este banquete de la vida eterna, porque Él está donde nosotros estamos, y nosotros no tenemos que temer que esté lejos de nosotros, porque Él nos ha dado su cuerpo y su sangre, la vida eterna.

Segundo domingo después de pentecostés.

*Algo inquietante hay en el reino de Dios**Lc 14, 16-24*

El evangelio de hoy se halla en Lc 14, 16-24. Una parábola semejante encontramos en Mt 22, 1-14. Aquí, en Lucas, tenemos la parábola de un banquete que organiza un hombre — según expresión del evangelista — y al que convida a diversas personas. En el capítulo 22 de san Mateo se trata de un banquete de bodas que un rey celebra en honor de su hijo y al que invita a muchos comensales. Los exegetas se preguntan si se trata de una sola y misma parábola, o si Jesús pronunció estas dos parábolas semejantes. Sea de ello lo que fuere, la idea fundamental es la misma en ambas parábolas.

Al regio banquete de la eternidad, al reino de Dios son por de pronto llamados los hombres de quienes pudiera pensarse que son los primeros convidados, pues poseen las condiciones correspondientes a tal invitación y, por tanto, la aceptarán; y precisamente éstos la rechazan. Luego son invitados otros a este regio banquete de la eternidad, de los que cabría pensar que no tienen las condiciones para merecer tal invitación y que, por tanto, la rechazarán; y esos justamente la aceptan. Ellos son los huéspedes del padre de familia o del rey en este banquete que, traducido a la realidad, es la eternidad bienaventurada. Tal es, en ambos casos, la idea fundamental que, en labios de Jesús, se concretó aún

más apuntando que los primeros invitados, los que rechazaron la invitación, fueron los fariseos, el partido de los piadosos, de los ortodoxos, y los que aceptaron la invitación son los publicanos y pecadores, aquellos que, según las ideas de los piadosos del tiempo, estaban excluidos de la promesa mesiánica, de la alianza que Dios había concluido con su pueblo escogido.

Si ahora nos aplicamos esta parábola de Jesús, debemos confesar clara y honradamente que nos asusta. Porque si admitimos, ya que Jesús las distingue, estas dos grandes clases de hombres, y luego nos preguntamos a cuál de las dos pertenecemos realmente, deberíamos decir que pertenecemos a los primeramente llamados. Somos católicos, estamos bautizados, pertenecemos a una Iglesia santa y verdadera, somos, siquiera externamente, piadosos. No consta, naturalmente, sin más que haya de ir tan lejos respecto de nosotros como se pinta en el evangelio de hoy. Sin embargo, hay que decir sin ambages que cualquiera de nosotros puede ser uno de los primeros llamados que se excusan. Y de hecho, el reino de Dios no consiste sin más, inequívocamente, en lo que indudablemente somos: cristianos bautizados, gentes de iglesia, gentes que no quisieran por nada del mundo ponerse en grave conflicto con la Iglesia y sus mandamientos. Todo esto pertenece, desde luego, al reino de Dios, pero no puede simplemente identificarse con él. Por tanto, va dirigida también a nosotros, que aparentemente estamos ya dentro del reino, la invitación de entrar efectivamente, de tomar realmente parte en el verdadero banquete real del íntimo reino de Dios, y aquí cabe que nos excusemos. El reino de Dios y, por ende, la invitación a este real banquete de la vida eterna, no es cosa que se haga de una vez por todas.

Dios nos llama una y otra vez a acatar su voluntad y las disposiciones de su providencia, a aceptar la renuncia, la cruz, el cumplimiento gratuito del diario quehacer, el silencio, cuando hablaríamos amargados, todas esas cosas son una invitación al banquete regio y no tienen cara de serlo. Aquí falla, por así decir, la parábola. Para ajustarla a la realidad, hemos de añadir que esta invitación no se nos hace naturalmente por medio de un mensajero santo del Dios eterno o por alguien a quien se le ve en la cara que viene de Dios, y con gran pompa se llega a nosotros para anunciarnos con palabras expresas y terminantes que se trata del reino eterno de Dios. No, esto se hace sin pompa, en lo profundo de nuestra conciencia, en el diario quehacer, como de pasada. Y ahí podemos realmente decir: «Dame por excusado, pues tengo otras cosas que hacer.» Acaso no hayamos comprado un campo, ni tengamos que probar una yunta de bueyes, ni celebrar una boda; pero ante estas secretas, íntimas, ocultas y escondidas llamadas de Dios a entrar en su cruz y en su amor, hallaremos mil excusas que nos darán la impresión de ser ingentes: el negocio, el trabajo, el triunfo en la vida, qué sé yo lo que será; examine cada uno su corazón y encontrará hartas cosas con las que pretende excusarse ante Dios y no seguir su invitación. Dónde y cuándo sucede esto, no puede decírselo nadie a otro, a no ser que el otro le abra enteramente su conciencia, y el director vea realmente, a la luz de Dios, la verdadera voluntad de Dios.

Mas ¿no podríamos, incitados por el evangelio de hoy, preguntarnos cómo y cuándo nos negamos a Dios, y nos negamos con razón aparentemente válida? Si pensamos en el texto del evangelio, vemos que los motivos son legítimos. ¿O es que no puede uno dejar de asistir

a un banquete cualquiera, cuando se ha comprado una finca, hay que probar unas yuntas de bueyes y no digamos si va uno a casarse? Jesús ha dado tal forma a la parábola, que casi se podría objetar que es absurda. ¿Puede este padre de familia enfadarse de que los primeros convidados no acudan, cuando tienen cosas tan importantes que hacer, como las que tienen? Con otras palabras, trasladado a nosotros: tenemos que decirnos que estaremos siempre en peligro de hallar excusas que nos parecen muy buenas y concluyentes. ¿Quién no ha dicho alguna vez: «No puedo aceptar eso»? En realidad, podía y no quería, y con tal frase ha dicho exactamente lo que se apunta en el evangelio: «Dame por excusado.» Ha podido pensar que tal excusa debía aceptarse, y era en realidad la propia negativa a penetrar más hondo en el llamamiento del reino de Dios, que pudiera, por ejemplo, consistir en sufrir una injusticia en silencio. Así hay mil excusas que hemos dicho todos nosotros, pobres pecadores, cobardes y comodones, de pensamientos a ras de tierra. El reino de Dios se nos va de entre las manos en esta forma, en esta oportunidad, y halla tal vez acogida entre los que nosotros tachamos de malos, impíos (o no piadosos) y pecadores. Algo inquietante hay en el reino de Dios. Sólo podemos pedir a Dios que nos llame de manera que nos abra también los oídos para oírlo; que nos llame con la dulce omnipotencia de su gracia para que acudamos. Sólo podemos pedirle nos dé la fuerza de un corazón valiente y desinteresado, para que no le demos excusas que, vistas a la luz inexorable de la eternidad, no son tales ante Dios.

La oración de la misa de hoy dice: «Danos, Señor, tener perpetuo amor y temor de tu santo nombre, pues

nunca dejas de gobernar a los que fundas en la solidez de tu amor.» Si Él nos da el casto y santo temor de rechazar su invitación, y el amor que es más fuerte que todo nuestro egoísmo, Él nos guiará de manera que, ahora y en el futuro, hallemos el camino recto y lleguemos al banquete eterno de la vida bienaventurada.

Segundo domingo después de pentecostés.

Sacar provecho de toda coyuntura

Lc 16, 1-9

¡El evangelio de hoy...! Muchas veces lo hemos leído y siempre nos ha causado admiración esta parábola del Señor. Es realmente extraño que Jesús tome pareja parábola de la vida corriente, para comparar con ella lo más grande, su propio mensaje, para pintar el reino de los cielos que Él vino a traer. Se trata, digámoslo francamente, de un granuja que engaña a su amo y, cuando, por sus fulleras, pierde el cargo, le juega aún otra jugada maestra para caer una vez más de pie. Este hecho lo toma Jesús como parábola, esta poco edificante historia la convierte en comparación e imagen de cómo hemos nosotros de obrar en el reino de los cielos. Y esto lo hace Jesús, el santo, el delicado, el único que realmente ha podido decir: «¿Quién me convencerá de pecado?» Él, el único que realmente conocía el mal, como nosotros no podemos conocerlo, se enfrenta — así podemos decirlo — con esta realidad mezquina, odiosa y vulgar, tan tranquila, soberana y serenamente que en ella encuentra una comparación con el reino de los cielos.

Decid vosotros mismos: ¿No hay momentos en que nos sentimos heridos por las tinieblas, por la vulgaridad, el mezquino egoísmo, el ansia de venganza y prurito de chismorreos, por todas estas cosas que constituyen la

vida diaria? ¿No nos sentimos a menudo afectados por lo ordinarios que son los hombres, de lo poco que nos entienden, de que ni siquiera los buenos, los que luchan, se esfuerzan y oran para tener un corazón bueno, tampoco nos entienden y pasan de largo, acaso fríamente y con dureza, ante nuestras necesidades? ¡A menudo el mundo nos parece tan amargo, tan pequeño, tan sin entrañas y sucio! Aunque, si lo miramos más despacio, advertimos que, muy a menudo, nos da pena el pobre mundo, nos da lástima, y no lo sentimos así, si no lo tenemos cerca de nosotros. Pero, sea como fuere, ¿no podríamos acaso imitar un poco a Jesús en este aspecto? ¿No podríamos rogarle nos dé una disposición de espíritu, que en este caso es la misma que la suya? Él ha dicho que su Padre celestial deja crecer trigo y cizaña en el mismo campo del mundo. Él era paciente, realista y sereno y por eso nos soporta. ¿No debemos también nosotros imitarlo un poco y soportar con paciencia nuestro contorno, nuestro prójimo, nuestra Iglesia, a fin de que Dios tenga también paciencia con nosotros? Porque tenemos necesidad de esta paciencia.

Una segunda lección, creo yo, podemos aprender de la parábola de hoy. ¿En qué consiste propiamente la prudencia del mayordomo, que el amo alaba y Jesús nos pone por modelo? Esta prudencia podríamos reducirla a que el mayordomo sabía sacar provecho de toda situación. Cuando estaba en la mayordomía, lo sacó injustamente; ahora que se le separa de ella, de esta situación, que es exactamente lo contrario de su vida anterior, se las arregla para sacarlo también. Mientras fue mayordomo, rebajar las deudas hubiera sido tal vez desventajoso para él mismo. Ahora aprovecha la ocasión que entonces no podía aprovechar. Es el prudente

(o pillo) que de toda ocasión sabe sacar ventaja, y es ésta su prudencia (o pillería). Prudencia terrena y vulgar, y, sin embargo, en ella quiere el Señor que aprendamos la prudencia celestial que nosotros hemos de tener. ¿Qué quiere decir eso? Nuestra vida está sujeta a muchos cambios y alteraciones. Las atmósferas más variadas del alma pasan por la tierra de nuestra vida: ora estamos alegres, ora tristes; tan pronto animosos, como cansados; a veces nos place lo que nos rodea, otras nos ofende y hiere; a veces nos acompaña el éxito, otras nos abate el amargo fracaso; a veces nos sentimos agradecidos por lo que recibimos, otras nos hiere amargamente lo que se nos niega. Alternativas como las que vemos en el mayordomo del evangelio. ¿Somos tan prudentes como él? Es decir, ¿tenemos fe bastante, valentía de corazón, humildad de espíritu, abertura a las disposiciones de Dios para ver en todos los azares, aun los más contrapuestos de nuestra vida, una posibilidad de dar fruto para la eternidad, para atestiguar nuestro amor a Dios, para ser pacientes y valientes, humildes y abnegados, o nos obstinamos en servir a Dios como nosotros queremos, en hallar a Dios sólo en esta situación determinada que hemos escogido? Y ahora nos envía la otra, y entonces nos falta aquella prudencia grandiosa, pronta, abnegada y abierta para ver en la nueva situación un llamamiento y una tarea de Dios, para decir que sí, aceptar, proseguir y estar contentos y alegres con lo que Dios dispone sobre nosotros.

No somos tan prudentes como el mayordomo del evangelio. Y deberíamos serlo. Cuando se conserva el corazón abierto y apercebido para Dios, no hay circunstancia de la vida que no podamos aceptar como bendición y gracia. Ciertamente que para ello es menester un

corazón pronto, humilde, atento y obediente. Pero ¿no podríamos pedírselo insistentemente a Dios? ¿No podríamos orar, en vez de quejarnos, llamar a Dios en vez de acusar a otros? No hay quien no tenga en alguna parte de su cuerpo alguna herida de éstas aún no cerrada. Y seríamos santos, verdaderos santos en el sentido propio de la palabra, si donde quiera y en todo nos entendiéramos con Dios, nos conformáramos con su voluntad. Pero como que no sucede así, nos atañe a todos la parábola de la prudencia celestial del cristiano. Basta que miremos un poco despacio en nuestra vida, y hallaremos que se dan en ella situaciones, circunstancias y pasos que sólo vemos rectamente y rectamente dominamos, cuando somos prudentes, celestialmente prudentes, prudentes por la gracia de Dios, de forma que reconocemos que también por ellas nos dirige Dios una palabra de su eterno amor, a la que debiéramos decir que sí valiente y rendidamente.

Octavo domingo después de pentecostés.

Lc 18, 31-43

El evangelio de hoy es, a la vez, severo y consolador. Se divide en dos partes que, directamente, no tienen que ver una con otra. En la primera parte está la tercera predicción de la pasión del Señor; en la segunda se cuenta el milagro que obró, junto a Jericó, en el ciego.

La tercera predicción de la pasión se halla también en Lc 18, Mt 20 y Mc 10. Pero, si miramos el evangelio de Lucas y lo comparamos con las predicciones de la pasión en Mateo y Marcos, nos llama la atención un rasgo distinto en los relatos casi literalmente iguales en lo demás. Lucas cuenta y pondera la no inteligencia de los discípulos. Y me parece que podríamos meditar brevemente este punto.

Aquellos de quienes se dice expresamente que no entendieron las palabras de Cristo que a nosotros nos parecen tan claras, son los doce — como se dice expresamente —, sus apóstoles, los fundamentos de su Iglesia, Pedro y los otros once, que Él escogió y llamó, los que habían visto sus milagros, los que Él había reunido en torno suyo para que fueran tronco del nuevo pueblo de Dios. No entienden lo que les dice. No les cabe en la cabeza que Jesús tenga que sufrir. No comprenden absolutamente nada de que haya de resucitar al tercer día. En triple frase dice el evangelista que no entienden.

Si tradujéramos con plena literalidad, diríamos que no captan nada de lo que se les dice, y la palabra que Jesús les dirige es para ellos cosa recóndita. No entienden, no caen en la cuenta de nada, no quieren admitir nada de lo que se les dice. En la primera frase se dice, pues, que no captan lo que se les dice, no pueden vincularlo con lo demás que saben, no pueden introducir la luz, que en lo demás ilumina su vida, en estas tinieblas.

Pero, en segundo lugar, es real y objetivamente oscuro para ellos lo que se les dice; el evangelista los excusa en cierto modo al decir que la palabra era realmente recóndita, y, por ser lo que era, no podían entenderla los discípulos. Pero, por muy legítima que sea esta excusa, añade, en tercer lugar, que no hacen esfuerzo alguno para penetrar en este misterio que tienen delante, ningún esfuerzo por comprenderlo.

Por tres veces dice esto de los apóstoles. Sin embargo, debemos añadir que los apóstoles se quedan con Jesús. Justamente cuando advierten que no entienden nada, se asen firmemente a Él y permanecen fieles. Le dan, como quien dice, un anticipo de confianza, de tiempo, de posibilidad de crecimiento en sus propios corazones; y hay que añadir que Dios tiene paciencia con ellos. Con todas las tinieblas de su corazón, con toda su incomprensión y hasta con la inercia de no querer comprender, siguen envueltos por la misericordia de Dios, de su fidelidad, de su providencia y de su amor. Y así sigue en pie el misterio y la incomprensión entre ellos y el Señor; pero no los separa. Ninguno abandona al otro. Permanecen junto a Él, porque aman a Dios y le son fieles, y porque el hombre se percata de que, a despecho del misterio incomprendido, sólo donde está este misterio, está Dios y su gracia fiel.

¿No cabe decir lo mismo de nuestra vida? Si medimos y comparamos lo que es claro y lúcido en nuestra vida, y le contraponemos lo oscuro e incomprendido, lo no entendido y recóndito, misterioso e indecible, nos parecerá como una lucecita envuelta por una noche infinita. Pero ¿puede ser de otro modo mientras caminamos en enigma y sombras, peregrinos hacia la luz eterna, a la luz inaccesible que es Dios solo? ¿No seríamos necios si pensáramos que todo tiene que entenderse, o sólo quisiéramos admitir lo que hemos entendido? Lo incomprendible debe asirnos, pues sólo así estamos abiertos al Dios infinito, y sólo de este modo, tenemos la esperanza y la promesa de hallarlo todo.

Seamos pacientes y fieles, esperemos y aceptemos de mano de Dios lo incomprendido, creamos aun allí donde la palabra de Dios nos dice verdades por su evangelio y por el curso de nuestra vida; es decir, cuando nos dice por lo incomprendido lo que nos quiere decir. La misma palabra griega de este capítulo 18 de san Lucas se dice de María, en el capítulo 2: Tampoco María (ni José) comprendieron lo que se les decía; y, sin embargo, de María se escribe que lo conservaba todo en su corazón. Guardemos fielmente en nuestro corazón lo que no entendemos. De ahí irrumpirá un día la luz infinita de la bienaventuranza.

Domingo de quincuagésima.

*Una voz en el desierto**Job 1, 19-28*

Después del prólogo, que es introducción y síntesis de su evangelio, Juan presenta al comienzo la figura del Bautista. El otro Juan es, evidentemente, también para el evangelista, una figura adventicia (de adviento), el tipo del hombre que está entre el pasado y la venida del Señor. De ahí que no sea tampoco de maravillar que, en dos evangelios de adviento, evoque la Iglesia la figura de Juan para decirnos lo que es el adviento, pues el Señor ha venido; pero, en verdad, está aún viniendo. Aquí está ya; pero aún sigue siendo, en medio de nosotros, el Dios escondido; y nosotros, por ende, no tenemos aún aquí abajo morada permanente, somos peregrinos entre el tiempo y la eternidad, somos hombres que también en navidad celebramos el adviento. Hemos de pensar que estamos siempre comenzando y peregrinando, caminando siempre a lo largo del tiempo, por entre tristeza y necesidad, con corazón creyente, hacia la eterna luz, que aún aguardamos. Esto significa para nosotros que la eternidad no ha llegado aún; pero no significa que no hayamos de estimar la luz que está ya encendida; no significa que hayamos de apartarnos de esta tierra, pero sí que no debemos cerrar los ojos a la otra luz. Debiéramos mirar tal precursor.

Está en el desierto, evidentemente, porque siente este

paisaje acomodado a su existencia: en la soledad, en la sequedad, en un paisaje que lleva consigo la ilimitación, en que nadie puede estar como en su casa. No podemos dejar de hacer la experiencia de que también nosotros vivimos en el desierto, desierto de la gran ciudad, desierto de la soledad, desierto en que no sabemos dónde está el centro, desierto en que no nos sentimos en nuestra casa. También nosotros, si hubiéramos de configurar el espacio externo de nuestra existencia conforme lo que hay en nosotros, vivimos en el desierto.

El evangelio dice también de Juan que fue interrogado por los fariseos sobre quién era, y hasta se insinúa que no tenía más que aprovechar la oportunidad para triunfar. ¿Y por qué no, cuando el Señor dirá más tarde de él que era el más grande de entre los nacidos de mujer? Pero Juan dice: «No, no lo soy.» ¿No se da también en nuestra existencia una experiencia semejante, no hay en ella momentos en que tenemos que resistir y decir: «No, yo no soy eso»? Yo no soy el fuerte, yo no soy el afortunado, ante el que se abre una vida feliz. Siempre se trata de si el hombre resiste a esta experiencia y dice no, pues el verdadero sentido de la vida está en reconocer la propia condición pecadora y la propia pequeñez, a fin de hacer lugar para que en ella entre sentido. Alguna vez deberíamos salir de nuestra propia afirmación y sublime orgullo y decir: No, no somos eso. Yo soy sólo — dice el precursor — la voz del que grita en el desierto.

¡Cosa notable! Este pasaje está tomado de Isaías, y es allí la voz que viene del desierto, donde el viento se lo traga todo, donde nada tiene figura firme, donde el grito se pierde. Así visto, el grito sólo encuentra precisamente al otro, al llamado. Así significa siempre algo

que no es él mismo. Voz del que grita en el desierto queremos ser también nosotros, voz de los que llaman a Dios; hombres que gritan siempre aun cuando este grito parezca tragado siempre por el silencio y la soledad sin límites, y aun cuando no parece llegar una respuesta: ¡Voz del que grita! Y oiremos la respuesta, que no es sólo palabra que se pierde a lo lejos, ni sólo consuelo en la fe; es la palabra eterna de Dios mismo, que, como luz eterna, eterna verdad, eterna y única realidad penetra en este vacío, en este desierto de mi corazón, que tan a menudo, desesperanzado y sin fe, aguarda en el vacío de esta vida.

Pero no debemos detenernos ahí. Leemos también en dicho evangelio: En medio de vosotros está el que ha de venir, el desconocido y esperado, a quien nosotros conocemos muy bien. Y pues lo invisible es algo sin lo que no podemos pasar, que traba a la postre el principio y el fin, de ahí la verdad de que está ya en medio de nosotros; Él está ya en ese desierto, en ese «no» a nosotros mismos, en ese susurrante gritar. Sin embargo, en esta navidad es siempre adviento. Es un evangelio difícil, y sólo consuelo podemos sentir si Dios nos da gracia para ello. Pero ¿no queremos aguantar también nosotros un poco en el desierto de nuestra vida? ¡Aun cuando repetidamente tengamos que decir que no! Aunque tengamos que negarnos a nosotros mismos, cuando una y otra vez miramos el desconsuelo y soledad de nuestro mundo. ¿No queremos decir también, para fuerza y centro de nuestra vida: Tú estás ahí? ¡Tú eres el Señor de mi fe, tú eres mi fuerza y beatitud, tú eres la navidad en el adviento vivo de mi existencia!

Tercer domingo de adviento.

La multiplicación de panes que realiza la técnica

Job 6,1-15

¿Qué acaece en el evangelio según el relato que leemos hoy? Aquí vemos a gentes que están impulsadas por el hambre de Dios. Siguen a Jesús hasta el desierto. Siguen a Jesús hasta allí porque se percatan del desierto de su propia existencia, porque han experimentado en el fondo de su corazón que necesitan de Dios y de su palabra. Buscan a un profeta, tienen hambre de la palabra de Dios, desean algo más que lo que les puede ofrecer el diario quehacer de su vida. Por eso se ponen en camino y marchan hasta el desierto y dejan los lugares en que tienen sus casas y el pan de cada día. Y, ¡cosa extraña!, cuando sienten hambre de la palabra de Dios, los acomete hambre terrena. Cuando buscan a Dios, advierten que son hombres que necesitan del pan terreno y tienen que defender su existencia terrena. Donde sienten hambre de Dios, perciben el hambre de la vida terrena. Y, ¡cosa más rara aún!, aquel a quien siguen para que les rompa el pan de la eternidad, aquel en quien sólo habían buscado el pan de la vida eterna, se preocupa de su existencia terrena, tiene miedo de que puedan perecer en este desierto. Más raro es aún este acontecimiento. La gente acampa, come, se sacia, y, en el versículo 26 del mismo capítulo, dice Jesús lo que ahora acontece. «En verdad, en verdad os digo — afir-

ma —, me buscáis no porque habéis visto un signo, sino porque comisteis y os hartasteis del pan.» Al final del evangelio de hoy (6, 15) se dice: «Después que hubieron comido, gritaron: “Éste es el profeta que va a venir”, y quisieron nombrarle rey.» Por tener hambre del pan de la eternidad, Dios les da, también, el pan del tiempo, y, porque se lo da, comienzan a no buscar ya el pan eterno, sino otra vez el pan terreno. Quieren hacer a su Dios rey de la vida terrena. Apenas se hartaron, desean aún más el pan de esta vida, y lo que era condición para poder buscar a Dios con ocio y libertad interna del espíritu, se torna para ellos tentación de codiciar ávidamente el bienestar terreno, la alegría terrena de existir, y de negociar con el don de Dios.

Y luego se nos narra como Jesús se retiró solo a un monte. Porque así era aquella gente, que negociaba con el don de Dios; porque la hartura de su hambre les había dado más hambre de las cosas de la tierra, les desaparece el Dios que les había dado hasta el pan terreno. Lo que en esta parábola se cuenta es sólo parábola o similitud de lo que constantemente acontece en la vida de la humanidad y en la de cada hombre, y de lo que caracteriza esta era de la técnica en que vivimos. Dios nos da la técnica para que tengamos y multipliquemos el pan terreno y baste así para la inmensa muchedumbre del desierto de la tierra. Nos hace este milagro de la multiplicación de los panes por obra de la técnica, para que tengamos tiempo de codiciar el pan de Dios y saciar el hambre de la eternidad. Y, como la gente del desierto, corremos el riesgo de querer aún más y coronar a Dios por rey de nuestra técnica. Pero entonces desaparece, está solo en el monte de su eternidad y no se deja nombrar rey. Otra vez nos encon-

tramos solos y abandonados en un desierto más desolado, no obstante el pan multiplicado, que arrastramos en cinco canastos.

No digamos que este peligro de la técnica, de la civilización, de la elevación del nivel de vida, de la comodidad, de la ampliación del espacio terreno de nuestra existencia no sea nada que pueda también tentarnos a nosotros personalmente. Acaso no seamos nosotros los grandes gozadores de este tiempo, tal vez no hayamos comido aún mucho de este pan, que el milagro de la técnica nos trae, a la postre, de mano de Dios. Sin embargo, también nosotros estamos tentados personalmente y, tal vez sin culpa palpable, caemos también en la tentación.

Reflexionemos: ¿Hay muchas personas que no entren en una de las dos clases: los que tienen un coche y los que quisieran tenerlo? ¿No somos codiciosos, no estamos íntimamente descontentos, aun cuando debiéramos contentarnos con lo que tenemos y codiciar más a Dios? ¿Hemos dejado ya realmente, por amor a Dios, algo que podríamos tener, o condenamos sólo nuestro tiempo y una era técnica, cuando no tenemos lo que, en el fondo del corazón, codiciamos tener? ¿Somos cristianos de hoy que no vivimos en la cumbre o, si se quiere, en el abismo mismo de este tiempo, porque no lo conseguimos, o desarrollamos realmente con íntima claridad de espíritu y valor de corazón, en medio de una época de la técnica, aceptada y afirmada como destino de nuestro tiempo, desarrollamos, digo, un estilo de vida realmente cristiano, que mantenga realmente la verdadera jerarquía de los valores, no sólo en la teoría, sino también en el diario quehacer de nuestra vida? ¿O tendrá que decirnos Cristo: Me seguís no porque hayáis

visto un signo de la bondad divina en nuestro tiempo, sino porque coméis pan hasta hartaros y aún queréis más?

Si examinamos y miramos bien nuestra vida, tal como es, la vida en una edad de la técnica que, a la postre, es querida de Dios en su conjunto, aunque no acaso en sus pormenores, como multiplicación del pan, en ese caso hemos de decir que tenemos aún mucho que aprender del evangelio de hoy para nuestra era de la técnica y para nuestra vida personalísima. De lo contrario, podríamos contribuir, de forma muy misteriosa a la culpa de esta era, aunque esta culpa o pecado no figure en el examen para antes de la confesión de nuestros devocionarios. Todos contribuimos al espíritu de nuestro tiempo. Y a todos se nos invita a vivir de forma que sea un tiempo en que Dios, amén de la confianza en la claridad de nuestro espíritu y el amor de nuestro corazón a Él mismo, nos pueda dar también el pan de esta vida terrena, a fin de que, en el desierto por el que caminamos recibamos el pan de la vida eterna para la eternidad.

Cuarto domingo de cuaresma.

Joh 8, 46-59

El evangelio de hoy es un fragmento de las disputas que tuvo Jesús en el templo durante su estancia en Jerusalén durante la fiesta de los tabernáculos. Tal vez podemos meditarlo bajo el lema: ¿Qué dice Jesús de sí mismo? ¿Qué conciencia manifiesta aquí Jesús?

Lo primero que Jesús dice es que viene de Dios, que es desde la eternidad. «En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham fuera, soy yo.» Jesús habla con palabras humanas; piensa, pues, también lo que dice con pensamientos humanos; con su alma humana, con su espiritualidad creada, se da cuenta de que no fue siempre el hombre que fue concebido por obra de Dios en el seno de la Virgen santísima. Y, sin embargo, sabe que el que se presenta y habla y obra con esta realidad creada de su naturaleza humana está desde toda la eternidad junto al Padre. Él se percató de ello, si cabe así decirlo, en lo íntimo de sí mismo: yo que hablo, que estoy aquí, que aquí aparezco, estoy desde la eternidad junto al Padre. Aquí habla un yo, es decir, una persona que es Dios mismo; de suerte que, en este día de que habla, están incluidos todos los días de la historia de la finitud, y, en el fondo, debe alegrarse todo cuando para ellos brilla este día de Cristo, el día de la eternidad que no conoce nadie.

Jesús dice, en segundo lugar, que es veraz o verdadero. «Si no hablara — dice — como hablo, sería como cualquiera de vosotros, un embustero.» Con esto no quiere decir solamente que los hombres dicen a menudo falsedades. Cuando Jesús llama embusteras a las pobres criaturas que son los hombres, quiere decir algo más. Quiere apuntar a lo frágil, a lo oscuro y escindido y opaco que hay en nosotros, y se da cuenta a la vez de que Él es de otro metal que los demás hombres: Él es el unitario, el que sabe lo que es y lo que quiere. Jesús sabe que no es el tenebroso; no es como nosotros que pasamos una y otra vez por lentas, trabajosas, extrañas y sacudidoras experiencias, que nos desautorizamos, por decirlo así, a nosotros mismos, nos desenmascaramos, y sólo así mostramos lo que hay en nosotros, qué de oscuros abismos, qué de parajes fragmentarios hay en nuestro carácter. Él no es así. Este Hijo del hombre que ha venido de Dios, detrás de cuya realidad humana se extiende, digámoslo así, sin costura, toda la infinitud de Dios, percibe que Él es distinto que el resto de los hombres. Él es veraz.

Y, en tercer lugar, como dice Él mismo, Jesús no busca su gloria, sirve obediente al Padre y hace su voluntad. Él es la revelación simplemente de Dios en este mundo, Él es la existencia y la presencia de Dios sobre la tierra, Él es lo que el Dios eterno nos descubre de sí mismo; y, sin embargo, no busca su gloria, sino la voluntad de aquel que le envía; la voluntad de aquel de quien Él sale como hijo, como Verbo desde la eternidad. Busca, empero, nuestra salud eterna, busca nuestra salvación y nos trae la misericordia de Dios. Y así, el que es antes que Abraham fuera, es, por decirlo así, el desinterés en persona, la entrega, el servicio, el ren-

dimiento, el derroche de sí, la pura compasión. Es el que nunca piensa en sí mismo, el que es siempre capaz de mirarse solo en otro totalmente distinto, en el Padre y en el en-nosotros. Por tanto, es él realmente el centro, que sólo puede serlo, porque sale y marcha a otro; el mediador con toda su plenitud y realidad humana. Es la palabra que el Padre nos dice también a nosotros; la salud que sólo está donde quiere estar, cuando ha llegado a nosotros sólo como palabra del Padre que a sí misma se revela.

Por eso se siente también Jesús — en cuarto lugar — como el impecable: «¿Quién de vosotros podrá convencerme de pecado?», pregunta. Y lo pregunta con infinita humildad de su corazón humano, no echa un triunfo de su baraja, no baladronea; no puede menos de sentirse lo que es, no puede menos de experimentar la calidad de su humanidad y cómo fue engendrado con generación eterna por el Padre como limpia expresión del mismo Padre eterno y santo. Por eso puede preguntar: «¿Quién me convencerá de pecado?» Él sabe que es entero servicio, entera entrega, entera obediencia, entero amor, entero derroche de Dios para con el mundo, y sabe que todo eso es totalmente contrario a lo que nosotros tenemos que llamar pecado. Encerrarse en sí mismo, quererse afirmar a sí mismo, no querer servir, querer conservarse a sí mismo, no querer oír, no querer que Dios hable a la propia existencia: todo eso es pecado, y todo eso es lo totalmente contrario a lo que Jesús sabe que es Él, a lo que Él experimenta y afirma en este texto. Y ahora tendremos que decir que nosotros somos también lo contrario de todo eso. O, por mejor decir, podemos y debemos ser otra cosa. Somos hijos en el Hijo, los hijos queridos de Dios, por ser

Él quien hoy nos habla así. Por eso podemos y debemos decir también nosotros: En nosotros piensa Dios desde la eternidad, estamos realmente inclusos en el día eterno del Hijo, pensados en Él, amados en Él, previstos en Él, guardados en Él, por la fidelidad del Dios eterno. También nosotros venimos de Dios y de su amor. También nosotros hemos de buscar no nuestra gloria, sino el servicio de Dios. También nosotros oímos diariamente la palabra: Tus pecados te son perdonados, estás santificado, estás justificado, eres amado, en ti ha entrado como centro de tu vida y de tu amor el Espíritu Santo de Dios; tú también, conmovido por la gracia indulgente de Dios en el Hijo, puedes decir como hijo de Dios a las tinieblas de este mundo: He sido arrancado, en expresión de Pablo, a las tinieblas de este mundo y trasladado al reino del Hijo de su amor. Por eso también nosotros tenemos por la gracia de Dios una conciencia propia que, por la gracia misma de Dios, se rebela una y otra vez, con razón, contra el modo como nos experimentamos a nosotros mismos, como obstinados, pecadores y embusteros. Lo somos a luz última, sólo en cuanto creemos y nos refugiamos en este Hijo que hoy nos habla, como en nuestra salud y redención, como en nuestra gracia y justificación.

Mas entonces, si lo hacemos, podremos decir de nosotros cosa distinta de la que una y otra vez quiere decir de nosotros nuestra experiencia humana y terrena. Si somos hijos del Padre, hijos en el Hijo, aquella gloria de que hoy nos habla el Hijo como suya es también parte nuestra, ahora y por la eternidad.

Domingo de pasión.

No hay en el mundo un vacío

Job 16, 5-14

El evangelio de hoy está tomado del sermón de la cena o discurso de despedida del Señor. Estos discursos son palabras de despedida y consuelo, palabras de Jesús, que con dificultad pueden dividirse en secciones, pues, de acuerdo con el estilo de los discursos joánicos de Jesús y con la situación y momento en que están insertos, en un sentido muy profundo y muy auténtico, dice siempre lo mismo, es decir, el todo o conjunto. Tal vez podamos decir que en el capítulo 14 se habla del consuelo de la separación y de la promesa del Espíritu Santo. Los capítulos 15 y 16 acaso los podamos cifrar en la palabra de Jesús: Permaneced en mí y yo en vosotros. El capítulo 17 lo podemos llamar la oración sacerdotal de Jesús. De los capítulos 15 y 16 tal vez podemos sacar dos partes y rotular la primera (el capítulo 15): Comunidad y destino de los discípulos; y la segunda (el cap. 16): Consuelo de los discípulos por el Espíritu Santo y del pronto volverse a ver. A esta parte pertenece el texto de hoy. Estos primeros 15 versículos del capítulo 16 se podrían titular con estas palabras: El Espíritu Santo y el mundo. Jesús dice, en efecto, en los primeros versículos algo sobre la relación del Espíritu Santo con el mundo y luego, en los versículos inmediatos algo sobre la relación del Espíritu Santo con

sus discípulos. Tratemus de recorrer, con toda sencillez, estos versículos, un poco a vueltas unos con otros, a ver si proyectamos en nuestra vida un poco de luz, de consuelo y de seriedad.

Jesús habla de despedida, de que se va, y dice que sus discípulos no entienden de este misterioso proceso en que Jesús, por su muerte, parece dejar el mundo y volver a su Padre, sino el mero alejamiento del Señor, el mero vacío, el no estar ya aquí como hasta entonces había estado. ¡La mera lejanía y separación! Por eso se pone triste el corazón de los discípulos. ¿No pasamos también nosotros constantemente por la experiencia de la despedida, de que nos deja alguien o algo que nos es caro, de que nos dejamos nosotros a nosotros mismos? Nuestro corazón se pone triste y está en peligro de caer en la tristeza de este mundo sin esperanza, la tristeza muerta que mata. «Porque os he dicho esto, está vuestro corazón triste», dice el Señor. No reprocha tanto esto, cuanto el hecho de que no le pregunten a dónde va; que no inquieren la verdadera naturaleza de esta marcha. Se trata, efectivamente, dice Jesús, de una marcha, que es la vuelta al Padre y la existencia en el Espíritu Santo mismo. No se trata de que pudiéramos imaginarnos que Jesús se va, pero dice en seguida para consuelo de sus apóstoles: No tengáis cuidado, yo os envió el Espíritu Santo. Lo hace, naturalmente; pero sólo podemos entender este paso, si barruntamos — por lo menos por la fe — según las palabras que aquí dice el Señor, que este irse es, en el fondo, la venida del Espíritu Santo. Podemos decir que ni en el mundo ni en el corazón se da el vacío. Y donde se hace verdadero lugar por la separación, por el morir, por la renuncia, por el aparente vacío; donde este vacío que no puede

ser permanente, no se llena por el mundo, el tráfago o la palabrería, ò por esta tristeza mundana que mata, allí está Dios. Cuando está así en el corazón, lo llamamos Espíritu Santo, porque se nos ha abierto desde la plenitud de la divinidad y nos ha sido enviado como Espíritu del Hijo. Y viene, si tenemos fe en Él, en el Espíritu Santo, cuando Jesús nos quita su presencia aparentemente tangible, que nosotros, neciamente, tenemos por la sola presencia válida y tangible; cuando nos quita el consuelo de lo decible y palpable, de lo visible y posible. Por eso dice: «Os conviene que me vaya. Si me voy, os enviaré el Espíritu.» Pero este Espíritu no puede venir a corazones que no quieren abrirse a este vacío sin nombre de naturaleza aparente, que se llena del espíritu de Dios; corazones incrédulos, «mundo» en el sentido en que se toma aquí la palabra. En lo que luego acontece, se ve de nuevo el imperio del espíritu, como si dijéramos, en contrapartida, en copia negativa. Cuando venga, dice Jesús, convencerá al mundo de que hay pecado, justicia y juicio. ¿Cómo hace eso el Espíritu? En esta tristeza pecadora nota en el fondo el hombre, por más que proteste de ello, que no está en la verdad ni en la justicia, sino en el pecado. Nota su pecado, porque no cree en Jesús, que es dado por el Espíritu. En este vacío desesperado advierte que alguien se ha ido, y que esto es evidentemente la verdadera justicia, cuando, amando al mundo, se tiene el valor de trascenderlo; cuando se tiene el valor de abrirse a lo inefable; cuando se cree poseer, aunque, aparentemente se pierda; cuando se cree vencer, aunque aparentemente, es uno derrotado en esta marcha de Cristo. Así, en este vacío, que es mortal, porque no se llena por el espíritu de Dios, el mundo queda convicto de

que la única justicia consiste en decir sí al hecho de que el Hijo marcha al Padre y ya no se le ve más, y que sólo se está en lo recto cuando se admite esto. En estas tinieblas que no quieren ser iluminadas por aquella luz sin nombre, es juzgado el príncipe de este mundo, pues este juicio consiste en que el hombre que no se desprende en fe confiada, se juzga ya a sí mismo en este vacío mortal y en estas tinieblas desesperadas. Pero, entre vosotros, discípulos míos, la cosa es distinta; en esta experiencia, aparentemente tan oscura, viene siempre de nuevo el Espíritu. Lo que Jesús quería decir, pero no podía decirlo propiamente en la presencia tangible, el misterio precisamente de su muerte, que es la vida de nuestra muerte, que es la vida eterna, nos lo dice, cuando, aparentemente no dice nada más. Por eso dice: «Muchas cosas tendría aún que deciros, pero ahora no las podéis entender.» Mas cuando venga el Espíritu de verdad, es decir, yo mismo, os introduciré — ¿en qué? — no sólo en esta o la otra verdad parcial, sino en toda la verdad. Porque este Espíritu no dice una cosa cualquiera, sino a mí, que he entrado con vuestro destino en la infinitud de mi Padre. Habla de lo que oye, de lo que es, la eterna sabiduría de Dios mismo, que nace en el silencio y en la experiencia de nuestra propia y crucificante finitud. No hablará por su cuenta, dice Jesús, sino que hablará de lo que oye y os anunciará lo futuro, precisamente a Dios mismo. Él me glorificará, pues de lo mío me tomará a mí mismo y os lo anunciará.

Siempre nos estamos acercando a la ascensión de Jesús y siempre nos parece ser una separación; siempre se cumple este destino de Jesús en nuestra propia vida. Sólo es menester que nos veamos bien, a nosotros,

que peregrinamos hacia la separación. Y siempre viene así si queremos y aceptamos lo que experimentamos, como destino del Señor y de su discípulo, siempre viene el Espíritu de Dios con su vida, con su justicia y con toda la verdad, y nos introduce en la luz y vida eterna de Dios.

Cuarto domingo después de pascua.

*El espíritu de la verdad acusa al mundo**Joh 16, 5-14*

El evangelio de hoy está tomado del capítulo 16 de san Juan, es decir, del sermón de la cena o discurso de despedida de Jesús. Los vv. 5-16 de este capítulo forman una sección o párrafo que bien podríamos rotular: El Paráclito, espíritu de verdad, como acusador del mundo y consolador de los discípulos; porque este párrafo se divide en dos partes. Vamos a meditar la primera de estas dos partes, pues ya en su mero tenor textual es bastante difícil de entender.

Jesús comienza afirmando — es la introducción de este párrafo — que sus discípulos están tristes, porque les ha dicho que se va. Pero esta tristeza, dice, se debe a que no le preguntan a dónde va. Si comprendieran que, venido para redimir al mundo, vuelve ahora al Padre, que su marcha — su muerte —, su desaparición es acogida por parte del Padre, es la entrada en su gloria, es la victoria de su obra redentora, no se hubiera llenado su corazón — les dice — de esta tristeza terrena, salvaje y como desesperada, sino que comprenderían que así tenía que ser y, con su marcha y retorno al Padre, estaría tanto más cerca de ellos por su Espíritu. Y seguidamente dice Jesús en qué consiste esta acción del Espíritu que lo acerca más a sus discípulos: Es un juicio sobre el mundo y una introducción de los discí-

pulos mismos en toda verdad, como la que ahora no entienden.

Esta convicción del mundo por obra del Paráclito, el consolador y abogado de Dios, el Espíritu de la verdad, se la imagina Juan a la manera de un proceso ante el tribunal de Dios. Este juicio no se da sólo al fin de los días, sino ahora, cuando el Espíritu de Dios, liberado, por decirlo así, por la muerte de Jesús, obra en el mundo por la predicación, sostenida por él, de los discípulos de Jesús.

Jesús dice que, aunque el mundo no esté persuadido de ello, el Espíritu lo convencerá por lo menos en cuanto le hace ver cómo es en triple aspecto: en el pecado, en la injusticia y en el juicio. Así consta, y Jesús explica qué significa ese triple aspecto. Es una convicción del mundo respecto del pecado, porque — dice el Señor — no ha creído en mí. Lo último, pues, del pecado es siempre la incredulidad, el no creer en aquel que pasó por la flaqueza de la cruz, y así precisamente entró y volvió al Padre, y así precisamente es dispensador del Espíritu que sale de su corazón, taladrado por el pecado del mundo. Debiéramos examinar alguna vez nuestro pecado en el sentido de si tampoco nosotros creemos que Jesús ha vuelto al Padre: pecado del mundo — viene a decir Jesús —, porque no cree que voy al Padre por la ignominia y humillación de la cruz. Siempre que pecamos, huimos de la cruz del Señor, no creemos que va al Padre. Y cuando esto no comprendemos, somos pecadores. El Espíritu, empero, debe enseñarnos, debe convencernos también a nosotros que no queremos comprender el escándalo de la cruz — en nuestra propia vida, en la Iglesia y en el mundo — debe enseñarnos, digo, que el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, de la

verdad, de la fuerza y del amor, viene por la cruz, y que cualquier otro pensamiento es pecado, es no creer en el que fue crucificado y por la resurrección volvió al Padre.

El Espíritu —dice Jesús— convence al mundo de justicia. Lo convence de que, en este proceso de la historia universal en que pleitean ante el Padre el mundo y Jesús, Jesús tiene razón. La justicia de que aquí se habla es tener razón o derecho, es la victoria de Jesús mismo en este proceso y juicio de la historia universal. El Espíritu convence al mundo de justicia, porque yo voy al Padre, por que soy realmente recibido por el Padre en la muerte; porque realmente —quiere decir Jesús— cuando con esta espantosa muerte pongo mi alma en manos del Padre, llego a Él, precisamente cuando parece que perezco, cuando todo parece haber sido sólo fracaso y desastre. Por la locura de la cruz, va Él al Padre, y es por Él recibido, aunque nosotros no lo vemos, y allí tiene su razón; este es su derecho y su justicia y de ello convence el Espíritu al mundo.

Y, en tercer lugar, el Espíritu convence al mundo de juicio porque el príncipe de este mundo, dice Jesús, ya está juzgado. En esta vuelta al Padre se cumple justamente la redención, los poderes de las tinieblas quedan en el fondo sin poder, se da ya la sentencia contra el mundo y lo que éste domina. Acaso este discurso de Jesús nos parezca abstracto y lejano. Sin embargo, si interrogamos nuestra vida misma, nuestra tristeza, nuestro corazón, nuestro escepticismo y todo lo que tal vez llena nuestro corazón, paréceme que podríamos leer una vez más esos pocos versículos que, con la gracia de Dios, podrían tocar nuestro corazón. Entonces nos diría Jesús: estás triste porque yo, que soy la cercanía

de tu Dios, me retiro aparentemente a las tinieblas de la muerte; estás triste, porque piensas que me he ido; pero yo he vuelto al Padre, y sólo así puede estar contigo el Espíritu que también a tí te convencerá de que no creer en esta realidad de mi marcha al Padre es el fondo último de tu pecado, y mi marcha, mi tener razón aun en tu vida es el juicio de las potencias del pecado, que te quiere tener cautivo. ¡Cree! Llama al Espíritu, a la gracia, y contigo está el Señor que perdona y libera, absuelve y santifica y, en medio de las tinieblas del mundo erige en tu corazón su reino eterno.

Cuarto domingo después de pascua.

*Dios en ti desea a Dios para ti**Joh 16, 23-30*

Vamos a desgajar un pensamiento del evangelio de hoy que está expresado particularmente en los primeros versículos, el pensamiento de la oración de petición en nombre de Jesús.

Jesús dice que pidamos en su nombre; nos dice que esta oración es oída por el Padre y hasta se adelanta a ella, pues sabe que, hecha en su nombre, procede del amor y la fe. Jesús añade que, si somos oídos por razón de esta oración hecha en su nombre, nuestro gozo será cumplido. ¡Pedir en nombre de Jesús! Si por la palabra pedir no entendemos, demasiado aprisa e impensadamente, una oración expresa a Dios con palabras e ideas expresas; si reflexionamos sobre nosotros mismos, tal como somos en la vida, en nuestra circunstancia, en nuestras horas calladas, veremos que realmente sólo somos deseo, aspiración, esperanza de lo nuevo y otro, hambre y sed de los bienes de la existencia; somos realmente un grito único por un cumplimiento y perfección que aún no poseemos. Estas aspiraciones que casi se identifican con nosotros mismos, que vivimos y somos, se dispersan extrañamente por las más varias direcciones, de acá para allá, se contradicen entre sí, tienden a lo más alto y sublime y apetecen por igual lo más concreto de esta tierra. Alternan estas codicias nuestras,

este gritar, este apetecer y querer y desear y ansiar y rogar y pedir. Ora es esto, ora lo otro; somos poco menos que un caos inmenso de tales deseos y apetencias.

Y no podemos evitarlo, por más que queramos ser hombres ordenados, claros, de rígida forma y estructura; no podemos menos de tener una gran cantidad de semejantes deseos. Ahora bien, por sí mismos, no se concentran en una figura única, en una unidad interna, en una clara imagen, en que pudiéramos mirarnos a nosotros mismos y todo nuestro entero y puro cumplimiento. Necesitamos de uno que reduzca a orden, a paz, a claridad y transparencia interna este apetecer, que forma nuestro propio ser. Así, establecida en nuestro interior una referencia universal, podemos estar íntimamente tranquilos, ser íntimamente ordenados y ser realmente un pedir y desear, al que se le ha prometido será oído, porque a la postre sólo podemos ser oídos si nuestra petición, dentro de su multiplicidad, es una y señera. Por eso tenemos que pedir en nombre de Jesús; lo cual, en último término, no quiere decir que en nuestras palabras sólo nos refiramos simplemente a Él y codiciemos luego cuanto nos inspire precisamente nuestro corazón dividido, o nuestro deseo instintivo o nuestra búsqueda desalentada de esto o lo otro. No, pedir en nombre de Jesús quiere decir entrar en Él, vivir de su vida, estar unidos con Él por la fe y la caridad. Si Él está en nosotros por la fe, por la caridad, por la gracia y por su espíritu; si de ese centro de nuestra existencia, que es Él mismo, se levanta luego nuestra petición y todo lo que somos en peticiones y deseos se reúne y concentra todo en Él y en su Espíritu, entonces nos oye el Padre; entonces nuestro pedir es sencillo, recto y concentrado, serio y sencillo; entonces cabe decir

de nosotros lo que dice Pablo sobre que no sabemos qué pedir, pero el Espíritu de Jesús intercede por nosotros y dice la sola palabra: *Abba*, Padre. Él desea a aquel de quien han salido el Espíritu y Jesús mismo, desea a Dios, pide a Dios, pide para nosotros a Dios. Todo está encerrado en esta petición; no en el sentido de que no podamos pedir a Dios todo lo demás que de algún modo alivia nuestra vida y la hace más clara y luminosa; no que no podamos pedir el pan de cada día, y clamar al Padre eterno en nuestras necesidades y dolores diarios; todo esto es necesario, pero todo debe quedar englobado en la grande y señera petición del Espíritu de Cristo, en nombre de Jesús. Entonces advertiremos que Dios nos oye de una manera u otra. Esta añadidura: «de una manera u otra», no la sentiremos ya como una fácil salida de gentes piadosas cuando no somos oídos. No, seremos siempre oídos; pero justamente porque pedimos en nombre de Jesús. Y esta petición es en definitiva que el Señor crezca en nuestra vida, que Dios llene nuestra existencia, que venza, que junte lo disperso en nuestra vida, y reúna las mil peticiones de que estamos compuestos.

Él nos oye, porque se nos da a sí mismo. Debemos, claro está, aceptar esta dádiva y no agarrarnos a otras muchas cosas. Si nos asimos a Él, Dios nos da —como nos dijo Jesús— todo lo demás que necesitamos, por añadidura. Él nos da que esta necesidad insatisfecha se torne riqueza y plenitud. No nos queda otra alternativa sino pedir al Padre en nombre de Jesús su espíritu bueno, como dice Jesús en san Lucas, o ser ese confuso remolino de apetencias que corren revueltas, dividen nuestro corazón, desgarran nuestra vida y van derechamente a la muerte. Mas el que pide en nombre de Jesús

es oído por Dios, que se le da a sí mismo y su bendición, y entonces —aun entre lágrimas, aun con dolor, aun en medio de la necesidad, aun en la apariencia de no haber sido oído— nuestro corazón está tranquilo en Dios, y esto es, aun ahora que peregrinamos lejos del Señor, el gozo cumplido. Jesús nos puede muy bien decir: Hasta ahora no has orado en mi nombre; lo has intentado, lo has pensado, has tenido conatos; pero yo que lo reúno todo, que lo unifico todo en tu vida debo ser de modo enteramente distinto la fuerza y contenido, la bendición y gracia de tu oración. Pide ahora en mi nombre y reza la oración que yo recé en la cruz, cuando dije: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», porque sabía que volvía al Padre y que por esta vuelta quería enviar su Espíritu; ese Espíritu que, como Dios en ti, pide a Dios para ti, a fin de que tu oración sea escuchada y tu gozo cumplido.

Quinto domingo después de pascua.

*Abi está la verdad**Job 18, 33-37*

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey, la fiesta de la soberanía que le compete como a Dios-hombre, sobre todo lo creado, señaladamente sobre el hombre y su historia y, señaladamente, sobre su corazón.

Si leemos una vez más el evangelio de hoy, tomado del relato de la pasión, nos llamará la atención la extraña relación que hay entre lo que narra y la festividad que celebramos. Cristo está ante un procónsul del imperio romano, ante un poderoso de este mundo, acusado por la autoridad religiosa y política de su pueblo, y condenado a muerte. Ahí está azotado y coronado de espinas, y será presentado al pueblo y Pilato dirá con gesto a par de lástima y asco: ¡Aquí tenéis al hombre! Aquel de quien el evangelio de hoy afirma que sus servidores no lucharon para que no fuera entregado a una autoridad profana, nos es presentado como nuestro rey. Y cuando Él mismo nos explica esta realeza de que habla el evangelio, nos dice: «Sí, yo soy rey y he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo el que está de parte de la verdad oye mi voz.» Se comprende de suyo que su realeza abarca más de lo que dice el evangelio de hoy; pero Jesús es precisamente rey porque ha venido para dar testimonio de la verdad. ¿De qué verdad se trata aquí? Sólo entenderemos

esta frase si nos formamos idea clara de lo que significa verdad en Juan. Esta verdad joánica no puede ponerse en plural, no es igual a la verdad como suma de proposiciones. Esta verdad se entiende como oposición al mundo: Para eso he nacido y venido al mundo. ¿Qué es para Juan el mandato? No podemos imaginar que sea el mundo que nos cobija y sostiene, que nos place y en que nos sentimos a gusto. No, el mundo en Juan es algo distinto, emplea el término en otra acepción; mundo quiere decir aquí tinieblas, oscuridad, lo que se cierra frente a Dios y no quiere recibir luz. Mundo quiere decir lo que se está muriendo y pasando; significa pecado, miseria y juicio (o condenación). Por oposición a ese mundo hemos de explicar la verdad joánica: Es lo uno, lo enteramente cerrado, lo fiel y seguro, lo que viene de Dios, lo que Él tiene que desvelar, lo que tiene además una historia de este venir a este mundo tenebroso, lo que sólo se da cuando Dios lo revela. Verdad es en san Juan uno de estos conceptos como vida y luz, uno de estos conceptos que expresan el conjunto y abarcan todo lo que es nuestra salud eterna, lo que está ahí, cuando Él nos introduce en esta realidad. Por eso dice Juan, en el capítulo 17, que el diablo no está en la verdad. No tenemos nosotros la verdad, sino que estamos en ella. Por eso se dice aquí (vv. 37) que el que está en la verdad oye la voz de Cristo.

De esta verdad, de esta acción divina y realidad revelada se habla aquí. Y Jesús dice: Por atestiguar yo esta verdad, soy rey de este mundo. Mas para entender esta palabra hemos de considerar que Jesús está persuadido de que Él es, personalmente, esa verdad venida a este mundo. Porque está Él ahí, porque ahí está el Hijo de su pureza, porque apareció su impecabilidad, porque

su amor se manifiesta hasta la muerte de cruz, por todo eso está ahí y se atestigua la verdad de Dios. Él es rey al ser esta verdad, al traerla y atestiguarla, al sufrir esta verdad divina en el mundo el destino que vemos aquí en el evangelio. Ahí está, abriéndose a sí misma, la verdad de la fidelidad, de la misericordia de Dios salvador en la persona de Jesús: acusado, azotado, coronado de espinas, taladrado muy pronto por la lanza de este mundo. Ésta es la verdad, la realidad de Dios, que se expone a este destino, que victoriosamente se atestigua al entregarse a la ignominia que este mundo mendaz le depara. Decimos que somos universitarios y que nuestra ocupación es la verdad, y sobre nuestra universidad escribimos: «La verdad os hará libres.» Si no entendemos esta verdad, este reino de Cristo, tal vez seamos sabios, científicos, pero no estamos en la verdad que es luz y salud, vida y eternidad. Es menester que comprendamos esta verdad de la cruz, del testimonio hasta la muerte, para haber realmente entendido algo de la verdad y no sólo de sabias frases. Tenemos que atestiguar esa verdad por nuestros sacrificios y valor. Hemos de ser testigos de Cristo y súbditos de su reino y tener el valor de pasar por la ignominia. Y es así que no todo lo que parece ser magnífico y hermoso, no todo lo que el mundo aplaude es por el mero hecho la verdad. No, la luz vino a las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Estas tinieblas están también en nosotros. Este no querer saber nada de eso es también un pedazo de corazón, y así también Jesucristo, varón de dolores, está delante de nosotros y nos dice: «Todo el que está de parte de la verdad, oye mi voz.» Ojalá que, en vez de pronunciar sentencias sobre la Iglesia y su poder, en lugar de pensar sobre ella con ideas de partido político,

dilatáramos más y más nuestro corazón y dijéramos: Disipa las tinieblas de mi alma y pon en mí tu verdad de la humildad y fidelidad, del esperar contra toda esperanza, de la bienaventurada confianza en tu poder que se muestra justamente victorioso cuando eres levantado sobre la cruz y lo atraes todo a ti, aun este pobre corazón mío.

Fiesta de Cristo Rey.

*La creación está concebida para que se ajuste a nosotros**Rom 8, 18-23*

Entre las cartas apostólicas del Nuevo Testamento, la carta a los Romanos es la más larga y de más rico fondo, y el capítulo 8 de esta carta, de que se toma el presente texto, forma la culminación de la misma. En los ocho primeros capítulos asienta Pablo que la justificación y santificación del hombre no procede de sus propias fuerzas ni del cumplimiento, por sus propias fuerzas, de la ley de Dios, sino de la gracia de Dios. Esta gracia tiene que prevenir al hombre, no le es debida, se le concede por pura merced y bondad de Dios; ella, que es Espíritu Santo de Dios, que se aprehende por la fe en esta graciosa e inmerecida acción de Dios, hace al hombre santo y justo, lo arranca de las potencias tenebrosas de este mundo, que quedan vencidas, y así puede el hombre mirar confiadamente al porvenir. Y de esto se habla aquí, después que Pablo ha pintado anteriormente en esta carta la culpabilidad de toda la humanidad y su necesidad de redención; después que ha asentado que esta justicia, que no viene del hombre, sino de Dios, debe asirse por la fe y transformar al hombre. Ahora bien, esta justicia se describe en el cap. 8.

Esta justicia se muestra desde un doble punto de vista. Pablo dice lo que ahora es el hombre por el espíritu de filiación que se ha derramado en su corazón,

y dice también adónde va el hombre que así está justificado. En cuanto es ya ahora hijo de Dios, es ya ahora nueva criatura. En cuanto está aún al comienzo, en cuanto sólo camina hacia el cumplimiento y consumación de lo que ya es, está sujeto aún al viejo eón, está en transición. Así se cruzan en su existencia lo pasado y lo por venir. Se halla como sobre un puente: allende esta existencia pecadora, sujeta a la muerte y a la ley, nos hace señas la libertad de Dios. Por eso está expuesto aún al sufrimiento de este mundo, por eso suspira aún con este tiempo y este mundo, con esta creación sujeta a la corrupción; pero sabe que esto es lo provisional y transitorio, lo que es abolido, y por eso dice Pablo: «Pienso que los sufrimientos de este mundo son de parangonar con la gloria venidera que ha de revelarse en nosotros.» Es una gloria que poseemos ya en germen, en el Espíritu de Dios; una gloria que no necesita más que revelarse, que ha de irrumpir, como si dijéramos, del centro de nuestra existencia y henchir todos los ámbitos, las dimensiones externas de nuestra realidad terrena, transformarlas y someterlas a esta superior ley de Dios, a esta gloria de Dios. Por eso, lo que sufrimos en este mundo, no puede parangonearse con la venidera gloria que ha de revelarse en nosotros.

Pablo aparta ahora su mirada del cristiano particular. Los sufrimientos que experimenta son, en efecto, sólo participación en la constitución de la existencia, en el destino del mundo en general. Y es así que sufrimos porque somos hombres terrenos y carnales, porque estamos sujetos a este tipo, a este eón, a este período del mundo. La enfermedad y la muerte no son sólo potencias que nos agarran y nos estrangulan; no, estos poderes cósmicos y sombríos que en último término pro-

ceden del pecado, están actuando —así lo ve Pablo— por doquiera en el mundo. En la naturaleza entera ve Pablo cómo operan estas tinieblas, que nos atacan luego también a los hombres particulares. De ahí que el apóstol prosiga: «Porque la creación, toda la creación aguarda con ansia la revelación de los hijos de Dios.» Los hombres de hoy vemos las cosas de manera totalmente distinta. Hoy nos sentimos arrojados a un mundo que nos es ajeno, que es ajeno al hombre y a su destino. Pero Pablo mira al mundo desde Dios, y por eso lo ve desde el creador, amo del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles, de todos los tiempos y épocas. Por mirarlo así desde su origen único, reconoce Pablo que el mundo está realmente trazado según un plan único, unitario y racional, y este plan es, en el fondo, el hombre o, por mejor decir, el Dios-hombre y los que a Él pertenecen. Mientras nosotros tenemos la impresión de vivir, como una cachipolla o efímera, en un mundo que no sabe nada de nosotros, Pablo ve a Dios creador y su primera idea, y esta es su Hijo, el hombre que había de hacerse criatura, y los hombres que le pertenecen. Por eso todo el mundo está de antemano construido y dispuesto con miras a este hombre. Ciertamente, con miras también a este hombre, del que Dios sabía que, por su libertad vendría a ser pecador y necesitado de redención. Y por eso toda esta creación fue ya también trazada por Dios de forma que se ajustara a este pobre hombre. Por eso dice Pablo que la creación está sujeta a la corrupción, aunque en ella esté depositada la esperanza de ser redimida de la servidumbre de la corrupción para estar al servicio de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Podríamos decir que la historia natural y la historia

de la humanidad, la historia del mal y de la salud fueron de antemano concertadas por el Dios y Señor uno, que no echa de su servicio ni aun al hombre pecador, y que hasta del «no» de la criatura libre saca el «sí» mayor de su misericordia. Por eso pudo Dios someter este mundo terreno a la vanidad, a la servidumbre y a la corrupción, pero también toda vanidad y corrupción, toda mortalidad, finitud y muerte están comprendidas por el poder mayor de Dios, que en esta corruptibilidad ha puesto la esperanza de la libertad y gloria bienhadada, que, por la gracia de Dios, está aparejada para los que habían un día de ser sus hijos, hermanos del Dios hecho carne y coherederos con el Hijo mayor.

Así, con los ojos y oídos abiertos por la revelación de Dios, puede Pablo, por decirlo así, mirar y oír toda esta creación, puede reconocer su vanidad; pero al mismo tiempo, su deseo de una gloria definitiva, que ha de compartir efectivamente con los hijos de Dios, redimidos y glorificados. Y así dice: «Sabemos que toda la creación gime y sufre hasta hoy dolores de parto.» ¿Sólo ella? ¡No! También nosotros, aunque somos ya hijos de Dios. También en nosotros se da ese gemir y desear, porque todavía no hemos alcanzado la consumación. «Mas no sólo ella, sino también nosotros que tenemos las primicias del Espíritu; gemimos dentro de nosotros mismos, aguardando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.» Así el sentimiento existencial humano, el sentimiento de la naturaleza y la revelación se funden en Pablo: La promesa última, la luz postrera, la plena confianza están ya en nuestro corazón y en la creación en general; pero todo está aún comenzando y en transición, nada está acabado. Todo padece aún, por decirlo así, dolores de parto por la creación nueva.

¿Sentimos así también nosotros nuestra existencia o se disocia este sentimiento existencial unitario del apóstol que une la bienaventuranza del futuro y el dolor actual en un acto fundamental de la criatura redimida? En tal disociación gozamos unas veces de la creación como si fuera lo último y definitivo, y sufrimos otras veces en ella y por ella, como si no llevara en su seno esperanza alguna.

Corremos muy fácilmente ese riesgo de disociación. O echamos ávidamente mano de la copa del placer de la existencia, como si eso fuera lo último, o maldecimos la copa del dolor, la necesidad y la muerte, como si todo ello no fuera, a la postre, medicina saludable para quienes han de sanar para la vida eterna.

Aprendamos de Pablo, en este capítulo 8 de la carta a los Romanos, cuál es realmente nuestra situación. Somos los redimidos que podemos pasar por un mundo terreno y podemos verlo tal como es: Como un mundo que ha de participar de la gloria de los hijos de Dios, y goza ya por ello de plena promesa. Pero hemos de ir más adelante y tener el valor de la fe, mirar hacia la lontananza y desear la gloria de los hijos de Dios, que todavía ha de revelarse en nosotros. Así debiéramos —como dice Pablo en otra ocasión— alegrarnos, aunque lloremos; no llorar como los que no tienen esperanza. Hemos de ser los serenos o apercebidos, porque en nosotros, hijos de esta tierra, está el mundo mismo apercebido, como concentrado, para lo que es: el mundo bueno, que todavía tiene que salvarse en Dios, en la vida eterna de Dios.

Cuarto domingo después de pentecostés.

*El lugar en que reconocemos la oportunidad
de nuestra vida*

Rom 12, 6-16

Los once primeros capítulos de la carta a los Romanos forman su parte doctrinal. A partir del capítulo 12 dirige Pablo, según su costumbre, exhortaciones sobre los deberes morales de los cristianos. Al capítulo doce pertenece nuestro texto. No necesita de largo comentario. Es un texto inteligente y bello que describe la vida del cristiano tal como debe ser según san Pablo. Vamos a añadir solamente dos modestas observaciones.

En los vv. 6-8, dice Pablo, con aplicaciones concretas, que debemos tener ánimo y confianza en nuestra propia misión y vocación. En el v. 4 de este capítulo había dicho: «Porque, al modo como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos tienen la misma función, así todos formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno somos miembro de otro.» Y ahora comienza nuestro texto: «Tenemos dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada.» Luego dice Pablo: «El que tiene don de profecía o de hablar inspiradamente, úselo a proporción de su interior espíritu de fe; el que desempeña un ministerio eclesiástico, dedíquese a él con fervor; el que ha recibido don de enseñar, que enseñe; el que practica la misericordia, hágalo con buena gracia.» Así pues, la afirmación de Pablo de que cada uno tiene su propio don, es cosa que se cae

de su peso. Cada uno tiene su peculiarísimo genio y experiencia en la sociedad y —con palabra paulina— en la Iglesia de Dios. Pero ¿estamos siempre de buena gana en ese puesto? ¿Abrazamos de buen talante nuestra vocación y misión? Por esta vocación, por este carácter peculiar y propio, por esta misión no hemos necesariamente de entender ministerios y oficios espirituales, como los que aquí cita san Pablo. Aun el que vive la vida aparentemente más mundanal y terrena, aun el que tiene una vocación totalmente profana, es un llamado de Dios, está en su vocación. Y así estos tres primeros versos nos dicen: Cumple tu vocación, abrázala, no busques otra cosa, no sueñes en lo que no tienes ni puedes tener. Haz aquello a que estás llamado por la realidad de tu vida, y hasta tal vez forzado por la violencia de las circunstancias. Pablo les dice eso a los esclavos en la carta primera a los Corintios. Haz eso, dice. Si tienes que exhortar, exhorta; si tienes que hablar, habla. Pablo nos lo dice a nosotros, que tratamos de huir de nosotros mismos y de nuestra vida real. Lo que tenemos que hacer es un llamamiento de Dios. Es el lugar en que reconocemos la oportunidad de nuestra vida y de nuestra cristiandad.

Lo que Pablo nos dice en los vv. 9-16 —la segunda observación es también un llamamiento al ánimo y confianza de que lo ordinario, el cotidiano quehacer es una realidad cristiana. Cuando dice aquí: «Alegraos con los que están alegres, llorad con los que lloran, tened un solo sentir, sed caritativos para aliviar las necesidades de los demás, sed pacientes en la tribulación, alegraos en la esperanza, servid al Señor», todo esto son pinceladas de nuestra vida corriente, tal como ella es, tal como hay que aceptarla con sus alegrías y lágrimas,

con la tribulación y la necesidad de los otros, con la hospitalidad que concedemos, con aquellas situaciones en que tendríamos ganas de escaparnos, en que tenemos que practicar lo pequeño y sencillo, y estamos tentados a salirnos de nuestras casillas. ¿No es a veces nuestro amor pura ficción? ¿Nos adelantamos unos a otros en las muestras de deferencia? ¿No somos a menudo flojos y tibios de espíritu? ¿Servimos en todo al Señor? ¿No estamos a menudo contentos de que se nos deje en paz, de que podamos cerrar detrás de nosotros la puerta, para que los otros se las arreglen como puedan? ¿Hemos rogado alguna vez por nuestros enemigos, reales o supuestos? ¿Estamos alegres con los alegres o deseamos que los otros se alegren en nuestras alegrías? ¿Lloramos con los que lloran o volvemos la espalda al dolor de los demás, pues nos parece que ya tenemos bastante con nuestras propias amarguras?

Pablo nos dice en estos sencillos versículos: Amad lo cotidiano y ordinario. Aceptad la vida con todos sus altibajos, con sus hombres, con su reír y llorar, como parte de la providencia de Dios que ha querido toda esta multiplicidad. Amad sin ficción, y seréis cristianos. Si aceptamos nuestro don y vocación, nuestro diario quehacer, como carisma de Dios, lo difícil se nos hará más fácil y nuestra vida será una bendición.

Segundo domingo después de epifanía.

Dios nos soporta con alegría

Rom 12, 16-21

Los versículos 16-21 del capítulo 12 de la carta a los Romanos forman párrafo aparte, que podríamos titular sencillamente: Amor al prójimo o amor al enemigo. Si damos una ojeada general a este breve párrafo, acaso nos produzca de pronto la impresión de tratarse de cosas que se caen de su peso. ¡Dios mío! ¿Por qué no exhortar a los hombres a tener paz en cuanto de uno dependa, a estar en paz incluso con el mal vecino? ¿Por qué no exhortar a los hombres a la tranquilidad y calma, a hacer alguna vez la vista gorda y el oído sordo, a ceder, pues ya se sabe que cede el más inteligente, aunque nadie parece querer serlo? Al leer estos versículos nos parecen ser la cosa más normal del mundo. No volver a nadie mal por mal, mirar siempre al bien, tener paz, dejar a Dios la venganza, y hasta hacer bien a un enemigo; aun esta exhortación que parece sobrepasar las máximas del razonable obrar cotidiano, parece insertarla Pablo en la sobria racionalidad de un obrar práctico: «De ese modo acumulas carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo.» Es decir, lo avergüenzas y, por lo menos en muchos casos —así piensa, evidentemente, Pablo— le obligas a comprender que lo amas y, por tanto, a que deponga la enemistad contra ti. Pablo dice: «Hay que vencer el mal con el bien».

Y, sin embargo, ¿lo hemos hecho así a menudo? ¿Podemos decir tan fácilmente que hemos vencido el mal con el bien? El mal —sea el que fuere— tiene en el mundo un poder funesto. Y a este carácter funesto pertenece que, al dar sobre el otro, tal vez por de pronto inocente, lo incita a su vez al mal. Parece realmente que el mal sólo se contrarresta con el mal, y que hace uno el tonto, cuando, como se dice, se lo traga y afronta todo. Cierto, Pablo no es, si vale expresarse así, un pacifista radical, para quien sería máxima fundamental, realizable siempre en la vida práctica, la de no oponer resistencia.

El apóstol no piensa así. En el capítulo 13, inmediatamente después de estos versículos, nos pinta una autoridad que lleva espada, que puede usar de la fuerza, que tiene deber de castigar, a la que nosotros debemos someternos por deber de conciencia y que puede obligarnos al respeto. Así pues, al decir aquí Pablo que vencamos el mal con el bien, no piensa simplemente en una no violencia absoluta y por principio, que haya de aplicarse en todos los casos de la vida práctica. Sin embargo, Pablo cree que el cristiano se caracteriza precisamente por que vence el mal con el bien, no replica a palabra dura con palabra dura, a palabra sin amor con otra desabrida, acepta callando la ofensa; el cristiano no se queja siquiera con otro de que soporta pacientemente al prójimo, por más que el prójimo no se da cuenta de que es una carga, que él, callando así, por su bondad mayor, más pura, más abnegada y callada, puede reducir el mal a su nada, que él extingue el mal y lo lleva al bien. Ésta es, en efecto, una propiedad de Dios. Dios calla y espera, es paciente y perdona, saca bien del mal, por su bondad, por su

longanimidad, por la anchura de su corazón da oportunidad al hombre de que lleve, por decirlo así, el mal *ad absurdum* y comprenda que así no está bien, se convierta y entre por otro camino. Dios no se nos opone como duro obstáculo insuperable cuando vamos por camino extraviado. Él es la máxima bondad, la justicia más santa, que sabe sacar bien del mal, y no simplemente aplastando al mal. Aunque Pablo habla también del día del castigo, nos dice precisamente en estos versículos que imitemos a Dios en esta bondad que destruye, en cuanto de ella depende, el mal del mundo. Esto es difícil. Por nuestra parte, creo que todos debiéramos confesar que todavía no lo hemos hecho.

¡Hay tantas ocasiones en la vida diaria de ser pacientes con los otros, de ser amables, aun cuando ellos no lo sean, de no pagarles con la misma moneda, de ser atentos y serviciales aun con quienes sabemos no han de pagárnoslo ni agradecerárnoslo! Y tal vez nuestros más próximos y nuestros mejores amigos son la carga más pesada y sólo los habremos soportado, si los soportamos en silencio. Entonces podemos esperar que también Dios nos soporte. ¡Ay! Si a menudo somos para nosotros mismos carga insoportable, ¿no seremos para Dios — hablando a lo humano, y ¿cómo hablar de Dios, sino a lo humano? — una carga espantosa? Y Él la soporta paciente y alegremente, casi como una madre amorosa que sabe cómo tiene que habérselas con su niño, aun con el tozudo, tonto y antojadizo. Podemos contar con esta paciencia de Dios para con nosotros, contar alegremente y hasta pudiéramos decir que con un poco de santa desvergüenza, pues Dios es verdaderamente longánime y paciente. Pero, en ese caso, ¿no

pueden contar también nuestros prójimos y nuestros lejanos con la misma disposición de espíritu en nosotros? De los otros la deseamos como la cosa más natural, y cuando el otro la tiene con nosotros, como que calla, no nos percatamos siquiera de ello y pensamos que es nuestro derecho. Comencemos también nosotros a exigirnos dura e inexorablemente esta disposición de espíritu y acaso entonces notemos mejor que otros muchos corazones buenos la han tenido ya con nosotros, y la han tenido sin darle la menor importancia. Entonces seremos más agradecidos, y la carga que otros ponen sobre nosotros se nos hará ligera y soportable, y hasta se nos antojará ser la carga de Jesucristo, una carga de la gracia, que nos educa, nos mantiene en equilibrio, nos hace más duros y humildes y nos enseña a amar más a Dios. Esta exhortación de la epístola de hoy, si de veras la atendemos, si de veras la cumplimos en el diario vivir, sencilla y naturalmente, nos lleva muy cerca del corazón de Dios.

Tercer domingo después de epifanía.

*Lo que no podemos dejar de dar**Rom 13, 8-10*

El texto que vamos a meditar hoy dice así: «No debáis nada a nadie, fuera de amaros unos a otros. Porque el que ama al otro, ha cumplido la ley. Y es así que: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento se cifra en esta palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace ningún daño al prójimo; luego la plenitud de la ley es el amor.»

Si leemos el texto un poco por encima, no ofrece dificultad particular. Así puede antojársenos. Pero, apenas nos preguntamos un poco más despacio qué quiere decir que el amor es el cumplimiento, plenitud o consumación de la ley, ya no resulta tan fácil entender rectamente estas palabras. Y aun después de haber reflexionado un poco sobre ello, no podremos decir que hemos entendido rectamente el sentido oculto y profundo de estos tres versículos. Acaso los entendamos mejor si nos preguntamos qué les precede inmediatamente. Es notorio que la carta a los Romanos, desde el capítulo 12 hasta 15, 14, trata de deberes morales del cristiano. En los siete primeros versículos de este capítulo 13, ha hablado Pablo de los deberes del cristiano respecto de la autoridad civil, y en el último versículo ha dilatado su visión a nuestros deberes para con los hombres en

general. Así dice en v. 7: «Pagad a todos lo que se les debe, a quien tributo tributo, al que impuesto impuesto...»; y lo amplía inmediatamente: «a quien respeto respeto, a quien honor honor». Prescripción amplísima, un principio que los antiguos latinos formulaban diciendo: ¡A cada uno lo suyo! No debáis nada a nadie. Lo que uno tenga derecho, dádselo. Si la autoridad del estado reclama, con derecho, un tributo, muy bien. La autoridad del estado tiene que cobrar esos tributos. Si a otro le debéis respeto respetadlo. Mas ahora podríamos pensar que, si a cada uno le hemos dado lo que se le debe, hemos acabado con él, nada más le debemos, se le ha dado lo que podía reclamar y podemos pensar íntimamente: Márchate a donde quieras. Hemos saldado nuestras cuentas. Tienes lo que podías pedir, y, probablemente, tú también me has dado lo que yo podía pedirte. ¡Todo está arreglado! No, dice Pablo, ahora comienza la cosa. Cuando hemos tratado al otro debidamente, hemos saldado con él nuestras cuentas, nada le hemos quitado, lo hemos respetado y acaso le hayamos prestado este o el otro servicio, a que tenía derecho; ahora, dice Pablo, comienza la verdadera deuda que le debemos. Pero ¿qué más le debemos, ya que le hemos dado todo aquello a que tenía derecho? Evidentemente, esta deuda es de especie totalmente otra. Pablo dice: «No debáis nada a nadie.» Traduzcámoslo un poco diferentemente: Pagad todas vuestras deudas, con prestaciones externas o internas de naturaleza palpable; pero aún quedáis deudores. ¿Deudores de qué? Del amor de unos con otros, responde Pablo.

Probablemente, si nos examinamos a nosotros mismos y nos vemos tal como realmente somos en la vida, pensaremos que ya hemos cumplido con ese amor. He-

mos pagado nuestros tributos, hemos sido respetuosos y atentos, hemos practicado algunas obras de misericordia, hemos pagado nuestros diezmos y primicias, etc. ¿Qué debemos todavía? Pablo nos contesta: No debías nada a nadie, pero siempre os queda una deuda: la *agape*, la caridad, el verdadero amor del prójimo. ¿Cómo se paga esa deuda? En nuestros supuestos, no tenemos ya nada que pudiéramos dar; porque todo lo que hemos dado lo hemos dado ya, el otro lo ha ingresado en caja, desde las cuentas y tributos hasta la atención y el respeto y la misma reverencia. ¿Qué puede, pues, pedirnos, si, según Pablo, le debemos aún todo el amor al prójimo? ¡A nosotros mismos!

Sólo de este modo podemos comprender lo que nos dice Pablo: después de pagarlo todo y no quedarnos deuda alguna, todavía somos deudores del amor a nuestro prójimo. Y así es. Porque esta *agape* de que habla Pablo, con una palabra que los griegos no empleaban en la esfera de lo profano en ocasiones aparentemente semejantes, este amor tiene su origen, su modelo y realidad primera en Dios de quien dice san Juan que es la *agape*, y san Pablo, que ha derramado su *agape* en nuestros corazones. ¿Y qué es este amor divino? Es la entrega de Dios a nosotros. Dios no nos da sólo sus dones, sino también a sí mismo.

Si tal amor tenemos para con nuestro prójimo, tampoco entonces cesa la deuda, sino que crece siempre a medida que pagamos; no acabamos nunca, no podemos decir: Vete en paz, ya tienes lo que puedes pedirme. Si tenemos que darnos a los otros, ¿lo hemos hecho ya? ¡No, evidentemente! ¿Por qué no? He aquí por qué: visto de tejas abajo, este acto de verdadero amor a los hombres sólo podemos realizarlo en el tiempo y el es-

pacio, sólo por lo terreno y tangible, queda siempre fragmentario. Si miramos dentro de nuestro corazón, veremos lo difícil que se nos hace, cómo no acabamos nunca de salir de nosotros mismos, cómo volvemos siempre al propio reducto y no logramos dar de verdad el corazón. Y si a veces nos parece que lo hacemos, es que queremos que el otro se nos dé a sí mismo, y no se trata de darnos al otro tal como es. Y luego, visto de tejas arriba, creemos; en efecto, tenemos que meter, por así decir, infinitudes dentro de nosotros mismos, pues tenemos que estar abiertos a Dios. Y es así que Dios, por habérsenos dado en su *agape*, se ha hecho pertenencia nuestra.

Por eso tiene nuestra vida, nuestra realidad, posibilidades infinitas, que sólo paso a paso lenta y fragmentariamente, vamos conquistando. Si de este modo nos hacemos cada vez más ricos, podríamos decir: más agraciados, de más profundo conocimiento, más desinteresados, más fieles; si recibimos a Dios que se nos da a nosotros, entonces lentamente recibimos lo que podríamos dar en amor, al dar más y más al otro (nosotros, los que estamos creciendo, los aún caminantes, los aún inacabados). Pero siempre seguimos, en algún sentido, encarcelados dentro de nosotros mismos, que sólo vemos así de lejos al otro para darle a entender que hay realmente en nosotros una voluntad íntima de amar. Y cuando por la cercanía, por palabras, regalos y fidelidad hemos procurado dar a entender que queremos amarnos unos a otros, todo ello no pasa, desgraciadamente, de un inicio. Sin embargo, ahora comprendemos tal vez mejor lo que dice Pablo: Este amor es, con creces, la perfección de la ley. Las leyes, mientras son meras leyes, son sólo justicia conmutativa, delimitan lo

tuyo y lo mío y señalan al individuo lo que debe dar al otro en prestaciones medibles, exigibles y demostrables. Mas cuando comienza el amor, cuando el hombre se da al otro con toda su divina infinitud, o, por lo menos, intenta darse, todo lo normativo y legal desaparece. El hombre que ama no ofrece ya una prestación, no es ya el cumplidor de una norma objetiva, igualmente válida para todos; ahora se perfecciona o consume precisamente en su ser señero, y se perfecciona en cuanto Dios se le dio a él de modo también totalmente señero. Y como aquí se pone en cuestión la persona, lo único e insustituible, la persona se da a sí misma y a sí misma se perfecciona al entregarse por el amor al otro; por eso queda aquí lo meramente legal superado y sobrea-bundante cumplido. Por eso es el amor la perfección de la mera ley y el vínculo de la perfección, como dice también Pablo, lo que ya no perece ni pasa. Por eso puede decir realmente Pablo que ese tal no sólo ha cumplido la ley, sino sobrecumplido y superado, y está donde el hombre tiene que llegar. Porque cuando uno ama de verdad al prójimo en Dios —esta libertad de regalarse uno al prójimo sólo se la tiene en Dios— no tiene ya por qué preocuparse de nada más. La ley, como norma que exige y sobreexige, queda propiamente a sus espaldas. Él ha entrado en la dichosa libertad del amor de Dios a nosotros, de nosotros a Dios y de nosotros al agraciado de Dios, al prójimo. Sólo cuando hemos llegado tan lejos, no por nuestra fuerza, sino por la gracia de Dios, estamos en Dios.

Cuarto domingo (repuesto) después de epifanía.

¿Que sería si un día acabáramos?

Rom 13, 8-10

El texto de hoy está también tomado de la carta de san Pablo a los Romanos. Son sólo tres versículos del capítulo 13. Pablo había hablado inmediatamente antes de los deberes del cristiano con la autoridad. Y en este contexto dijo —en síntesis— que los cristianos han de dar a cada cual lo suyo: «Pagad a todos lo que se les debe: al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honor, honor.»

Seguidamente ofrece algunas exhortaciones generales al amor al prójimo. Muchas veces hemos hablado ya de este amor al prójimo. Pero el apóstol y la Iglesia nos repiten una vez más esos dos versículos y es bien que los escuchemos. Siempre nos serán provechosas. Y si nos parecen repetición aburrida, podemos pensar en la hermosa tradición según la cual el apóstol Juan predicaba siempre lo mismo, es decir, que sus hijitos se amaran unos a otros. De preguntarse sus discípulos por qué predicaba siempre lo mismo, les respondió: Porque es mandato del Señor y con él basta.

Si queremos reflexionar sobre la teología que encierran estos versículos podemos considerarlos también en orden inverso. En el v. 10 dice Pablo que el amor es la plenitud de la ley. Esto significa, por de pronto, muy sencillamente que quien ama al prójimo, quien hace lo

que el amor le manda, observa y cumple las prescripciones de la ley. Y de ese modo el amor es el cumplimiento de la ley. Si miramos desde el punto de vista del amor, podríamos pensar que es simplemente una fórmula general, una síntesis general de los mandamientos y prescripciones para con Dios, y naturalmente, para con nuestro prójimo sobre todo. Se podría pensar que con este mandamiento sólo se manda que se dé a cada uno lo que se le debe, como dice Pablo. Si le debemos solicitud, andar solícitos; si debemos dinero, pagárselo; si tributo, lo mismo. Y, una vez cumplidos estos deberes particulares, una vez que nada debemos ya al prójimo, podríamos pensar que hemos cumplido los otros mandamientos, de suerte que nos hemos librado de ellos.

Indudablemente, con este v. 10 nos quiere decir Pablo que, por lo menos, tenemos que cumplir estos hechos, estas prestaciones del amor, y que podemos añadir que es cosa siempre dudosa apelar a nuestro corazón y sentimientos para escabullirnos de los actos de amor. Debemos con toda seguridad comenzar por cumplir de tal forma con el amor que hagamos de él cumplimiento de los restantes mandamientos.

Sin embargo, en el v. 9 Pablo nos dice otra cosa sobre este amor. Dice que es la recapitulación de la ley. Pablo emplea aquí una palabra que en griego significa lo que significaría en español «encabezar» (lo contrario de «descabezar», en el sentido de poner una cabeza o coronamiento de algo).

Esa palabra griega sólo se emplea otra vez en el Nuevo Testamento, en el v. 10 de la carta a los efesios. Allí dice Pablo que el Señor, Cristo, es la recapitulación (de la raíz *caput*) del universo, pues le plugo a Dios re-

capitarlo todo, ponerlo justamente bajo una cabeza, en el Verbo del Padre hecho carne. Cristo es la recapitulación o síntesis de la historia divina de la salud, de la misericordia de Dios, síntesis de la Iglesia y de la oración en general. En Él subsiste todo, en Él tienden a juntarse todas estas cosas, en Él se unen, reciben su sentido último, su orientación última, su salud y su término; en Él, por ser Él precisamente, a par, Dios y criatura. Y por lo mismo dice Pablo que el amor es la cabeza, la recapitulación de la ley. Luego en él reciben todas las varias prescripciones, normas, estatutos y exigencias su sentido último, su síntesis y culminación. Y es así que Cristo es más que la simple suma de todas las restantes cosas, Cristo es la cabeza que descuellosa sobre todo. Es aquella recapitulación que es más que la suma de todas las cosas que se recapitulan. Y, de modo semejante, también el amor es más que la suma de los mandamientos, más que la suma de prestaciones o servicios que debemos al prójimo. Es lo universal, porque es el amor de Dios que Él nos da, y nosotros le devolvemos por la fuerza de su Espíritu. Y, por eso, este amor es realmente el misterio de Dios mismo, que es amor. Por atraer el amor a su propio ser a Dios mismo como término y origen, es más que la mera racionalidad de un orden moral universal, más que la mera síntesis de las prestaciones palpables y calculables que le debemos a nuestro prójimo, más que la síntesis — podemos añadir — que las prescripciones de servicio de la mecánica de este mundo y de la vida humana.

El amor es lo inaccesible, lo subyugante, lo que llega a lo más íntimo del misterio de Dios mismo. Es lo que no puede ya explicarse por otra cosa. Es lo que,

por mucho que exija estos hechos de fidelidad y bondad palpable para con los otros, no puede ya en su núcleo último, vaciarse en otro molde. Cuando conjuramos a Dios, cuando conjuramos el amor, o el misterio de la existencia humana, o la eternidad, decimos siempre una sola y misma cosa, en que se sintetiza todo como en una cabeza. Y de este modo es el amor — como dice el v. 10 — la recapitulación de la ley.

Y ahora entendemos también el v. 8 a renglón seguido de los versículos anteriores de que ya he hablado: que no debemos deuda a nadie; demos — como había dicho — a quien se le debe tributo, tributo, a quien honor, honor, y así sucesivamente pagar todas nuestras deudas. ¿No le debemos ya entonces nada a nadie? Si consideramos nuestra vida, notaremos muy frecuentemente que nuestra disposición de ánimo es la que se describe en la frase del evangelio: «Amigo, ¿qué te debo? Toma lo que es tuyo y márchate.» Así decimos a menudo no sólo a nuestro prójimo, sino a Dios mismo: Toma lo que te pertenece, ahí lo tienes — si es que no añadimos — ¡y déjame en paz! Así pensamos frecuentemente respecto de Dios y del prójimo, de la vida y de nuestro deber y de todo lo demás. Tenemos, efectivamente, que dar mucho, tenemos que pagar una y otra vez nuestras deudas. Así dice también Pablo: Dad a este lo que se le debe, y al otro lo que se le debe también. En suma, ¡no debáis nada a nadie! Pero en el momento en que el apóstol ha dicho eso, piensa un poco, se para y prosigue: «excepto el amaros unos a otros». Porque — así piensa él, y por eso dice lo otro de la recapitulación del universo bajo Cristo y bajo el amor — este amor tiene que quedar siempre en deuda. No que no hayamos de mostrarlo o pagarlo, sino porque

es la tarea eterna, lo que no tiene medida ni fronteras, lo que sólo se paga cuando amamos a Dios y al prójimo con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas y para siempre. El amor es la deuda que siempre debemos. La deuda que, a la postre, no podemos pagar nunca. Pero, en el fondo, esto no es amargo, sino nuestra felicidad; pues ¿qué sería si un día acabáramos, qué sería si lo hubiéramos hecho todo? Seríamos los exhaustos, los acabados, los que realmente han terminado. Seríamos los muertos. Nos habríamos desleído. Pero si hay un amor que no acaba nunca, si Dios nos lo exige y, porque nos lo exige, nos lo da para que nosotros lo podamos dar; si Dios, por su exigencia, nos promete darnos este amor sin medida a Él y a nuestro prójimo; si la palabra de Dios es más verdadera que nuestra experiencia con nuestro pobre corazón muriente; si es, consiguientemente, verdad que sobre nuestra vida está ese amor sin medida, que nunca se agota, que todo lo recapitula dentro del misterio infinito de Dios, entonces podemos creer, esperar y amar. Entonces es verdad lo que dice Pablo que el amor no cesa nunca; entonces podemos quedarle deudores a Dios de ese amor, y Él nos da una eternidad sin término para seguir amando siempre.

Cuarto domingo de epifanía.

Somos los más desconocidos para nosotros mismos

1 Cor 4, 1-5

Pablo escribe en el capítulo 4 de la carta primera a los Corintios: «A nosotros ha de mirársenos como servidores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Ahora bien, de un dispensador se requiere que sea hallado fiel. Si bien, a mí poco se me importa ser juzgado por vosotros o por otro tribunal humano, pues ni a mí mismo me juzgo. Ciertamente que en nada me remuerde la conciencia, mas no por eso me tengo por justificado. El Señor es quien me juzga. Por eso no juzgué antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz lo que está escondido en las tinieblas y pondrá de manifiesto los pensamientos de los corazones, y entonces recibirá cada uno su alabanza de Dios.»

Aproximadamente por el año 55 escribió Pablo, desde Éfeso, la primera carta a los Corintios, iglesia que había fundado en su segundo viaje misional. Esta carta aborda asuntos y prescripciones prácticas de la iglesia de Corinto. En la primera parte describe Pablo abusos que se habían infiltrado en la comunidad de una gran ciudad pagana y disoluta. En la segunda parte trata más de cuestiones teológicas que se le habían propuesto por la misma comunidad. El primer abuso de que trata Pablo en los primeros cuatro capítulos de la carta era cierto partidismo que dividía a la comunidad: unos se-

guían a Pablo, otros a otro predicador venido más tarde, otros creían deberse atener a Cefas (Pedro) y otros proclamaban que sólo pertenecían a Cristo. Contra tal partidismo protesta Pablo y, en este contexto, dice: «Todos nosotros no somos, en el fondo, sino servidores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.» Sólo tenemos un mandato del único Señor, y hemos de ejecutar y cumplir fielmente ese mandato; y, si así obramos, no tenemos por qué avergonzarnos ante nadie, no tenemos por qué mirar a juicio alguno: Nos mantenemos firmes o caemos para el Señor. En tal caso, nada se nos da ser juzgados y discernidos por nosotros, como si, uno fuera más que otro. Se comprende, naturalmente, que este texto no se adapta con demasiada claridad al tiempo de adviento. La razón porque se escogió está evidentemente en la frase de que viene el Señor y, a su venida, sacará a la luz lo que está escondido entre las tinieblas y pondrá al descubierto los pensamientos o intenciones de los corazones, tal como lo había anunciado ya el viejo Simeón cuando la presentación de Jesús niño en el templo. Pablo piensa aquí, naturalmente, en el segundo advenimiento de Cristo. Mas, como la liturgia de adviento ve en uno solo el primero y segundo advenimiento de Cristo a ese mundo, de ahí que la Iglesia pueda leer esta frase en tiempo de adviento.

Por eso, este texto escogido nos dice también algo muy importante. Pablo afirma que no le importa ser juzgado por un tribunal humano. Para su señor está firme o cae. Por Él debe ser juzgado. En este contexto, como un encarecimiento, añade Pablo que ni a sí mismo se juzga. Esta frase ha de leerse con cierta cautela, según la intención del mismo san Pablo. En este mismo capítulo 4 de la primera carta a los Corintios, en que des-

cribe esta extraña frase, recalca que es apóstol, en quien los corintios tienen algo que aprender, y narra muy puntualmente cómo ha venido a ser espectáculo para el mundo, y hasta para los ángeles y los hombres. Pablo sabe, pues, quién es y recalca que nada le remuerde la conciencia. Afirma haber cumplido bien su oficio de apóstol. Es decir, que se juzga a sí mismo, se hace su propio juez. Lo cual, en cierto sentido, es cosa que se sobreentiende. El hombre es un ser espiritual libre; tiene que responder de su vida y no puede menos, por ende, de mirar de cuando en cuando a su pasado y pedirle cuentas de si realmente ha sido un servidor fiel. Lo mismo nosotros, y tranquilamente podemos decir que este tiempo de navidad puede ser de sereno e íntimo recogimiento y examen. Y, sin embargo, Pablo dice que no se juzga a sí mismo. ¿Qué quiere decir con esto?

Lo que con esto dice puede ser también muy importante para nosotros. Pablo sabe que lo postrero, lo definitivo, lo que realmente lo ilumina y juzga todo, no viene de nosotros, sino de Dios. Dios juzga; Dios conoce nuestro corazón y no nosotros; Él penetra lo escondido, como dice Pablo, y lo sacará un día a la luz. Esto nos es imposible a nosotros, por más que no nos remuerda la conciencia y por más que una y otra vez nos examinemos, como dice Pablo, en otro lugar de esta misma carta, que se examine el hombre antes de acercarse al sacramento de la eucaristía. Pero este examen, por muy importante que sea, sólo adelanta un trozo más. En cierto sentido somos los más desconocidos para nosotros mismos. En cierto sentido, es imposible para nosotros ser, a la vez, criterio y juez, acusado y examinado en una persona. Y como eso nos es, en último término, imposible, nuestro examen es provisional, y, por serlo, pode-

mos confiada y tranquilamente dejar este juicio a Dios. Los hombres somos a veces harto escrupulosos. Queremos tal vez ordenarlo todo con demasiada exactitud. Sentimos tal vez demasiado la necesidad de que nuestros libros de cuentas registren hasta el último céntimo. Hay hombres que hacen demasiado poco, gentes superficiales que están con harta facilidad satisfechas de sí mismas, y, con unas cuantas excusas, piensan que deben defenderse delante de Dios. En realidad sólo podemos refugiarnos en Dios; en realidad sólo podemos — míseros, desvalidos y frágiles — rogar continuamente a Dios que enderece lo torcido y allane lo montuoso y esclarezca lo oscuro. Si así vemos lo que Pablo dice, el texto encaja bien en el tiempo de navidad. Debemos oír realmente el mensaje del evangelio que nos dice que Dios es bueno, que viene a nosotros en su gracia humanada y que, si Él viene, por Él y no por nosotros saldrá lo tenebroso a la luz y lo oculto al día de Dios. Este día, que nos juzga en este tiempo si de verdad celebramos la navidad, es el día de la gracia, del amor y de la fidelidad de Dios para con nosotros. Dios está a nuestro lado, aunque frecuentemente, nosotros no hemos estado al suyo. Dios nos ama, por más que nosotros, a veces, lo olvidemos en nuestro diario quehacer; y a pesar de que, por lo menos aparentemente, estemos más cerca de muchas otras cosas que de Él, Dios de nuestro corazón y herencia nuestra para siempre. Él es el fiel, el bondadoso, el cercano, el misericordioso, el lúcido. Él ha venido y quiere en todo tiempo venir más a nosotros. Seamos optimistas respecto de Dios y su gracia; pues no tenemos derecho a pensar mezquinamente de Dios y de su gracia. No nos juzguemos a nosotros mismos; pero, si nos dejamos juzgar por Él con paciencia con

Él y con nosotros, en fidelidad a Él, en la aceptación de la vida que Él mismo asumió al hacerse hombre, con confianza en Él, entonces el juicio en su día será gracia y paz de parte de Dios redentor nuestro.

Cuarto domingo de adviento.

No sabemos nunca donde somos heridos por el rayo

1 Cor 9, 24-27; 10, 1-5

El texto de hoy está tomado de la primera carta de san Pablo a los Corintios. Mientras otras cartas son verdaderas cartas de amistad entre un apóstol y una iglesia, o tratan de un tema muy único, esta primera carta a los corintios y en parte también la segunda, se caracteriza por tratar una serie de cuestiones y dificultades de suyo inconexas, tal como habían surgido en esta iglesia de gran ciudad.

De los capítulos 8 al 10, trata Pablo en esta carta sobre la cuestión de la carne sacrificada a los ídolos. ¿Puede un cristiano comer de esta carne que fue antes ofrecida a los ídolos en una ceremonia de culto? Esta cuestión, muy práctica — y en el fondo muy complicada —, la trata Pablo en estos tres capítulos, y de éstos está tomado este texto de hoy. Pablo se había mostrado por de pronto muy magnánimo en esta cuestión. Pablo no era escrupuloso, no era, en absoluto, de la opinión de que el principio más rígido, más duro e inexorable sea precisamente el recto. Pablo era hombre que en tales cuestiones prácticas llegaba hasta el borde mismo de lo posible, y no le pasaba por las mientes sentar en todos los principios las exigencias más heroicas posibles. Era indulgente y razonablemente práctico; y, sin embargo, sabe que el cristianismo tiene que ser heroico

no precisamente porque hay, en nombre de Dios, un límite último y extremo, sino porque se decide inexorablemente por Dios y su voluntad. Y así reconoce también Pablo un límite extremo, donde sólo se trata de decidirse ante la cuestión de si uno quiere o no ser cristiano. En este contexto dice estas palabras.

Si las ciframos en una proposición abstracta para aclarar el núcleo del presente texto, pudiéramos decir que Pablo nos habla aquí de la seriedad de una decisión que — a la corta o a la larga — ha de tomarse en toda vida humana. Y como eso lo sabe el apóstol, como la Iglesia, en todos los tiempos, no se sorprende de que en la vida del cristiano se reiteren situaciones aparentemente enojosas, situaciones que de buena gana se evitarían, situaciones en que se trata expresamente de esta decisión radical e inexorable, en las miserias de la vida y en las complicadas cuestiones de la moral, en que, por lo menos aparentemente, se podría disputar indefinidamente, y en que el hombre que no quiere enfrentarse con esa decisión tiene siempre razones nuevas para dilatarla o para quitarle importancia. No, dice Pablo. Y ahora aduce ejemplos, primero del deporte de Corinto mismo y luego del Antiguo Testamento. No, dice Pablo. Hay primeramente decisiones en que, o se es inexorablemente fiel a la voluntad de Dios y, por ende, no se puede hacer esto o lo otro, o bien se intenta una componenda y se pone así en aventura la propia salud eterna.

San Pablo trae primeramente un ejemplo del deporte que no tiene una relación clara con el tema de que se trata. Se corre en el estadio la carrera; vence naturalmente uno, el que llega primero; los otros también corren, llegan segundos y terceros, se los cita también hon-

rosamente, pues son grandes deportistas. Pero no sucede así en nuestra vida. Este ejemplo cojea; pues en la vida cada uno corre su propia carrera. No se nos compara con otros corredores, lo que importa es si llegamos como vencedores o perdemos totalmente el juego. Ese es el sentido que busca Pablo en este ejemplo, en toda esa narración. Todos pueden ser vencedores en la vida cristiana, todos pueden ceñir el laurel de la victoria; pero puede también perderse completamente la lucha y ser un derrotado total. No es uno segundo y tercero, sino que ha perdido completamente el partido. Y esto, como nos muestra ya el ejemplo cojo, no puede propiamente aplicársenos a nosotros. ¡Está todo tan mezclado en esta vida!

No hay listos completamente listos ni tontos de remate (contra el dicho corriente español). No hay nadie que sea tan pobre que no pueda serlo más; no hay rico, que no quisiera de buena gana serlo más. Y no hay nadie que ame a Dios y no pueda amarlo más. Mientras caminamos por la tierra, no hay hombre en que no haya algo bueno y en cuyo corazón no puede esconderse ya la chispa del ansia de Dios. Y por eso se nos hace tan difícil comprender que nuestra vida se desenvuelve continuamente y cada vez más radicalmente en dirección hacia una grande y única cuestión; y aunque no lo advertimos siquiera y aunque esta vida parece arrastrarse una y otra vez en la misma mediocidad; sin embargo, se desenvuelve hacia una situación en que tenemos que haber amado a Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, o estamos perdidos (siquiera pudiéramos decir que esa situación sólo se da en el purgatorio).

No necesitamos ser escrupulosos. Nosotros camina-

mos también por esta peregrinación del desierto, a que alude Pablo en la segunda parte del texto de hoy; nosotros somos, efectivamente, el pueblo de Dios. Y aunque Dios, creador de lo invisible y lo visible, nos ha construido en la tierra una casa que amamos y que sentimos como nuestro hogar, no por eso dejamos de ser peregrinos que buscamos nuestra verdadera patria. Por este camino del desierto vamos andando y andando. Pablo dice: Entonces, en la peregrinación por el desierto, que era sólo prueba y parábola de nuestra peregrinación por la vida, Dios no se complació con la mayoría de ellos. Yo digo: Caminamos, somos peregrinos entre el tiempo y la eternidad, entre el cielo y la tierra; tenemos mucho que hacer, y, por mandato de Dios, tenemos una y otra vez que partir nuestro corazón, y, llevados a sí por Él, no sólo podemos, sino que debemos buscar arreglos o componendas, dividir nuestro corazón, nuestro tiempo, nuestro espíritu y nuestras fuerzas, para advertir finalmente que no tenemos aquí ciudad permanente y buscamos aún lo acabado, que de Dios, y de Él solo, recibiremos. Y, sin embargo, en nuestra vida, en la lucha y libertad de la vida, tenemos que tomar una decisión total, radical y absoluta. Y no sabemos nunca cuándo somos súbitamente heridos como por el rayo, ahora precisamente que tal vez no lo esperamos, y se nos pregunte si nuestro corazón tiene la fe suficiente y la absoluta fidelidad, aun para decir que sí, cuando tenemos que dejarlo todo para ser fieles a Dios y a su palabra en Jesucristo.

Repitamos una y otra vez esta oración: ¡Oh Dios!, danos la fuerza del corazón y la fidelidad, a fin de que nuestro corazón esté siempre despierto y pronto, y que dondequiera, con toda la prudencia de la vida, con

todos nuestros arreglos y componendas, podamos plenamente decir que sí, lo hagamos también, y así nuestra vida, tan dolorosamente dividida, recibe por tu gracia aquella perfección que puede ser nuestra eternidad.

Domingo de septuagésima.

*Todo lo traslucido está vacío**1 Cor 13, 1-13*

Nuestro texto de hoy se halla en el capítulo 13 de la primera carta de san Pablo a los Corintios. De los capítulos 12 al 24 inclusive trata Pablo de los carismas que aparecieron en la iglesia de Corinto: discursos proféticos, don de lenguas y otras operaciones carismáticas que el Espíritu de Dios concedió, para su edificación, a la naciente iglesia. Sin embargo, con tales dones, habían aparecido algunos abusos. Pablo trata, pues, de la cuestión con intento de que los carismas no lleven a una turbulenta confusión en esta comunidad. De ahí que hable del buen orden y limitación de los carismas, y dé normas sobre cómo hay que usar de ellos en las reuniones de la comunidad. Pero también quería hacer ver a aquellos cristianos que tanto preciaban aquellos dones carismáticos, que hay en el cristianismo algo más decisivo y esencial, y así, en medio de este tratado sobre los carismas, les dice que hay otro camino más excelente, y Pablo entona el célebre «himno de la caridad». Este himno de la caridad tiene tres partes. Primeramente se dice que, sin este amor o caridad, todo lo demás en la vida del hombre y en el cristianismo — aun los carismas, aun la fe, aun el sacrificio de la vida — no valdrían nada; sin esta caridad, serían sencillamente nada. En la segunda parte del himno, enumera Pablo las cualidades

de la caridad, de una caridad que, aunque no lo diga, abarca a Dios y a los hombres; y en tercer lugar dice Pablo que el amor es también lo más alto porque permanece, porque es lo definitivo y que lo abarca todo.

En unas consideraciones tan breves, no podemos comentar o exponer este himno de la caridad. No haríamos sino aguar las palabras del apóstol. Hay que leerlas, meditarlas, y metérselas en el corazón. Pero acaso podamos destacar un punto: la revelación del saber con el amor. Ya en la primera parte del himno dice Pablo: «Aun cuando poseyera todos los conocimientos y penetrara todos los misterios, si no tengo caridad, no soy nada.» En la tercera parte se dice que sólo en parte conocemos, y, por ende, sólo fragmentariamente, y que así conocemos en tanto peregrinamos lejos del Señor; conocemos como un niño que todo lo concibe infantilmente; conocemos sólo en espejo, oscuramente y en parábolas o enigmas. En la segunda parte ha dicho Pablo que la caridad se goza con la verdad. En resolución, por todo el himno corre el pensamiento de san Pablo sobre la relación entre el conocimiento y la caridad. Nosotros nos ocupamos en la verdad y escribimos en los dinteles de nuestras universidades la palabra del Señor: «La verdad os hará libres»; y a nosotros justamente se nos dice que la caridad es lo más grande y que nuestro conocimiento es sólo fragmentario. Si se mira el texto más exactamente, vemos incluso algo que se pasa de ordinario por alto o se interpreta mal. Pablo piensa que, aun en la consumación de la otra vida, el conocimiento sólo será perfecto cuando, por decirlo así, se integre en la caridad. Ciertamente que, según Pablo, allí se conoce cara a cara, no ya como en un espejo, en enigmas o parábolas; no ya solamente en sombras, sino que

conoceremos como somos conocidos. Pero, si consideramos la verdad entera de la fe, sabemos que Pablo no quiere decir que el misterio quede simplemente suprimido, que pudiéramos penetrar a Dios y agotar, por decirlo así, su infinitud. Sabemos por la fe que, aun cuando veamos cara a cara, vemos al Dios incomprendible. La visión cara a cara es la visión del misterio incomprendible. En este sentido quiere decir Pablo que también allí, por lo menos hasta cierto punto, permanecen la fe y la esperanza; y es así que no dice — si traducimos rectamente el texto — que «ahora», en contraste con «después», en la consumación, permanecen la fe, esperanza y caridad, sino: «Ahora bien — una partícula introductiva de una prueba —, la fe, esperanza y caridad son lo permanente, lo que permanece siempre.» Naturalmente, esta fe verá cara a cara, esta esperanza se tornará posesión; pero, por ser la visión del Dios incomprendible, por ser la posesión del Dios infinito, que en la soberanía de su amor tiene que darse siempre de nuevo, siempre queda algo que por lo menos, tal como Pablo usa aquí las palabras, puede llamarse fe y esperanza.

Ahora bien, de esta fe y esperanza que permanecen aun en la eternidad, aun en la visión cara a cara, dice Pablo que la caridad es la más grande; de donde se sigue que aun allí donde se dará la cercanía, aun allí donde el misterio será visto, la bienaventuranza de la eternidad sólo puede consistir en que el hombre ve, en que no puede perder ya de vista el misterio infinito e inefable. El gozarse en la verdad propio de la caridad se da en que esta verdad es la manifestación del que es la incomprendibilidad inefable del amor, precisamente cuando se descubre cara a cara. Así pues, sólo donde

la verdad se transforma en amor; sólo donde la caridad puede gozarse en la verdad, porque esta verdad misma se integra, por decirlo así, en el amor; sólo donde el conocimiento es el sí al misterio incomprendible, sólo allí se da la consumación, sólo allí hay bienaventuranza, sólo allí está Dios y el hombre y su común misterio, que es el amor. Por eso dice Pablo: «Lo cierto es que permanecen la fe, esperanza y caridad; las tres permanecen, pero la más grande es la caridad.» Y añade: «¡Aspirad a la caridad!», aspirad al misterio por encima de todo llano saber; aspirad al misterio que nadie penetra, porque todo misterio penetrado deja de serlo y todo lo que se penetra es vacío, sin fondo y vano. ¡Aspirad a la caridad, porque sólo ella es la consumación! Ciertamente, puede decirse: ¿Qué es, pues, la caridad? Pero habrá que responder: El todo, lo universal, lo que abarca todo en sí y es inabarcable, Dios que es amor, y el hombre que ha alcanzado a Dios por amor, todo esto no tiene nombre. Si no lo supiéramos ya y lo hubiéramos experimentado, nadie nos lo podría nombrar y explicar; esta palabra: «Aspirad a la caridad», sería totalmente incomprendible, sorda y muda. Pero, como Dios ha infundido ya en nuestro corazón el Espíritu Santo del amor, entiende algo de estas palabras del hombre del ansia y anhelo, el hombre que sufre en las tinieblas, que se alegra en la verdad, que aspira, a la vez, a la luz y al misterio; el hombre, por tanto, que desea la luz inaccesible para verla como inaccesible. Cuando ese hombre lee con fe y amor el himno de la caridad, se despierta más en su corazón el ansia por esa misma caridad, que permanece. ¡Aspirad a la caridad!

Domingo de quincuagésima.

La verdad de Dios busca el momento

2 Cor 6, 1-10

Vamos a meditar juntos solamente los tres primeros versículos tomados del capítulo 6 de la carta segunda a los Corintios. Dice ahí Pablo: «Como colaboradores, suyos os exhortamos a que no recibáis en balde la gracia de Dios. Está, en efecto, escrito: En el tiempo oportuno te escucho, en el día de salud te ayudo. ¡Mirad, éste es el tiempo oportuno! ¡Mirad, éste es el día de la salud!» Son los primeros versículos del texto que comentamos.

En la segunda carta a los Corintios se defiende Pablo contra los adversarios que tenía en la iglesia de Corinto. En los siete primeros capítulos exalta la dignidad y santidad de su ministerio apostólico, y recalca también, honrada y sinceramente, sin que en ello intente propiamente alabarse, la recta intención de que ha dado pruebas, ante Dios y los hombres, en el ejercicio de ese ministerio. En los capítulos 8-9, hay, como si dijéramos, una interpolación en que trata Pablo de la colecta que ha de hacerse en Corinto para la iglesia de Jerusalén, y en los v. 10-13 vuelve a la carga contra sus émulos de Corinto. Dentro de estos primeros capítulos, en que describe la dignidad del oficio apostólico, exalta Pablo su ministerio como predicación de la gran obra de la redención, y ahí dice que no sólo predica a Cristo,

sino que pide en su nombre a la comunidad que se reconcilie con Dios en tiempo oportuno.

Así pues, Pablo no predica sólo en general la reconciliación con Dios, sino que sabe también que dice esta palabra dentro de una situación perfectamente determinada, dentro del tiempo oportuno, dentro del día de la salud. Su ministerio tiene una particular urgencia y significación, porque esta palabra no puede decirse siempre y dondequiera; no es una verdad para siempre y para todo tiempo — y, por tanto, para nunca —; es una verdad que, viniendo de Dios, busca un instante muy determinado, el instante cristiano precisamente, y lo halla y lo trae ella misma. Pablo emplea aquí, en la cita del capítulo 49 de Isaías, una palabra griega muy determinada que no significa simplemente «tiempo». Dice *kairós*. La palabra era familiar al hombre griego o hebreo de entonces; hasta había un dios que se llamaba así, cuya imagen estaba a la entrada del estadio de Olimpia; era el dios del momento oportuno, de la buena ocasión, que pasa a toda prisa y a la que hay que agarrar, como dice el refrán, por el copete. Para Pablo no existe este dios; más aún, para Pablo se da ese momento oportuno, pasajero, dado por Dios, momento señero, en que hay que tomar una resolución en nuestra vida.

Todos sabemos que la vida humana se vive una sola vez, y de este tiempo único nace, como fruto, la eternidad. Los cristianos sabemos que ese tiempo único nos es dado por Dios. Estamos llamados a un tiempo determinado, y tenemos un tiempo, de cuya longitud no disponemos nosotros, sino que la determina Dios. En este tiempo, cada momento es a su vez precioso y señero, pues propiamente ningún momento puede susti-

tuirse por otro. Y como los cristianos estamos, como tales, llamados al tiempo de Cristo; como la palabra revelada por Dios nos es predicada como reconciliación y amor suyo, como misericordia de Dios; como la palabra de Dios hecha carne pertenece a nuestro tiempo, de ahí que haya llegado el momento oportuno, el momento aceptable, el buen momento, como pudiera tal vez traducirse también la palabra de Pablo. Por eso dice Pablo y lo repite la Iglesia al comienzo de cuaresma: ahora es el tiempo oportuno, el *kairós* para nosotros, ahora es el tiempo de la salud. Este *ahora* no es de siempre, este *ahora* pasa, es un regalo que no está en nuestro poder. Acaso tengamos una larga vida por delante, acaso pasemos aún muchas cuaresmas, y, sin embargo, cada momento de nuestra vida es precioso, y cada uno es un don de Dios.

A menudo quisiéramos tener tiempos totalmente otros, en la historia y en nuestra vida. Acaso tengamos un tiempo de tribulación y quisiéramos tener un tiempo de alegría. Acaso quisiéramos tener altos tiempos, y tenemos un tiempo de trabajo mísero, fatigoso, monótono y aburrido, de que, en nuestra opinión, poca cosa sale. Y, sin embargo, sobre cada uno de nuestros momentos puede decir la Escritura: Éste es el tiempo oportuno, éste es el día de la salud; el día que ahora tienes, la hora que ahora te es dada. Una y otra vez debiéramos rogar a Dios con toda la sinceridad de nuestro corazón: Dame la luz y la fuerza de conocer como tú quieres el tiempo que ahora tengo, que lo reconozca acaso como lo que tengo que soportar, como lo aburrido y amargo acaso, tal vez como la hora de la muerte o el lento morir, pero como tu hora y tu dádiva, como el día de la salud.

Así debiéramos comenzar cada día, así debiéramos aceptar cada hora de mano de Dios, de donde realmente viene, y no agitarnos en la situación en que ineludiblemente estamos metidos; con fe y humildad debiéramos decir con la fuerza del espíritu y a la luz del Señor: Ahora es el día del Señor, ésta es la hora de la salud, el momento oportuno de que puede salir mi eternidad; ¿no llevaríamos en tal caso mejor nuestra vida? ¿No serían entonces nuestros días — aunque humanamente estuvieran vacíos y desolados — más llenos, más luminosos, más grandes, más espaciosos y felices, con aquella secreta felicidad que el cristiano puede tener aun en medio de la cruz y la desolación? Digamos una vez más, con el apóstol: ¡Éste es el tiempo oportuno, éste es el día de la salud! ¡Oh Dios!, danos por tu gracia luz y fuerza para conocer, para aprovechar el día y el momento, como tú nos los das una y otra vez, como gracia tuya y tarea nuestra, para que de este tiempo, el tiempo oportuno de la salud, nazca tu eternidad.

Primer domingo de cuaresma.

*Por el pasado podemos interpretar el futuro**Gal 4, 22-31*

Pablo escribió la carta a los Gálatas, que representan iglesias no determinables del Asia Menor, y la escribió desde Éfeso hacia mediados de los años 50. Después de estar por dos veces en estas iglesias, vinieron tras su partida predicadores judeocristianos, que intentaron evidentemente enseñar a aquellos cristianos de la gentilidad que sólo podían ser cristianos cabales si aceptaban también la ley judaica con la circuncisión y demás ordenaciones. Contra ellos afirma Pablo, en el capítulo 1 de esta carta, que su evangelio, el evangelio de la libertad respecto de la ley antigua, viene de Dios. En el capítulo 2 dice que este evangelio está de acuerdo con los primeros apóstoles de Jerusalén, y hace ver seguidamente, por el Antiguo Testamento, que, de la ley misma de Dios resulta evidente que no justifica el seguimiento de la ley externa, el seguimiento sin gracia de la ley, sino solamente la fe en el Espíritu Santo, la gracia de Cristo. Y por este Antiguo Testamento quiere mostrar que los cristianos están libres del yugo de ese mismo Testamento. En este contexto se halla nuestro párrafo.

Si leemos estos versículos, hemos de confesar que nos resulta muy difícil comprender lo que dice aquí Pablo. El apóstol aplica un método de reflexión teológica que era corriente en la teología judía de su tiempo.

Establece un paralelo, remite a una figura o tipo del Antiguo Testamento, que aclara e ilustra lo que ahora sucede en el Nuevo Testamento. Establece en la antigua alianza, como si dijéramos, dos series. De un lado están Agar y su hijo Ismael; de otro, Sara y su hijo Isaac. Ambos lados son tipos, expresión de que hay dos testamentos: una ley veterotestamentaria, que fue dada en el monte Sinaí, y la nueva ley de la nueva alianza, del espíritu y la libertad, a la manera como se corresponden la Jerusalén terrena y la celestial. De ahí deduce ahora Pablo que el Antiguo Testamento y los que están dentro de él están en la servidumbre de la ley, mientras nosotros que pertenecemos a la Jerusalén celestial, a la ley del espíritu, somos los libres y liberados por Cristo.

Ahora bien, este modo de argumentar puede antojárenos muy extraño. Sin embargo, el viejo pensamiento fundamental de Pablo debiera ser inteligible para nosotros. Cuando Dios obra, cuando obra a través de una larga historia, hemos de esperar casi como axiomático que este obrar de Dios tiene unidad estilística. Algo tiene que atravesar y mantenerse a lo largo de la historia. Este Dios que rige y construye esta historia única, que la ha configurado y pensado, la dispone de forma en sus mil particularidades, vicisitudes y aconteceres sorprendentes que las particularidades se corresponden. Lo que viene después será una y otra vez nuevo y sorprendente, y no lo podemos prever por lo pasado. Sin embargo, cuando llega, vemos que, con toda su novedad se ajusta a lo anterior; hay una unidad interna, una seguridad que modela el conjunto de esta historia. Así vemos realmente con razón en algo anterior un símbolo y parábola de lo que viene después. Pero, comoquiera que esta historia crece y adelanta más y más hacia su

propio sentido, lo antiguo aparece sólo como una sombra, una figura y una débil parábola del cumplimiento.

Lo posterior es el acontecimiento de Cristo Jesús. En la unidad del obrar histórico de Dios, en la unidad de este juego, uno y el mismo, del Dios uno, queda toda gracia, aparece lo anterior en un sentido inesperado que tiene, no obstante, una real correspondencia. Había, pues, en este extraño obrar de Dios, uno que era el hijo de la promesa y otro el hijo de la esclava que compartió la suerte de su madre. Pablo puede hallar ahí un símbolo de cómo Dios, en la nueva alianza, llama a los hombres a la libertad del espíritu, los agracia y libera del yugo de una ley impuesta puramente desde fuera; y los libera dándoles el espíritu interno de la fuerza, de su gracia y de la caridad, que permite al hombre cumplir sobradamente desde dentro esta ley. Así el hombre no es ya esclavo de la ley, sino hijo; por íntimo acuerdo, por íntima congenialidad con el legislador, hace ahora el hombre por sí mismo lo que la ley intentaba propiamente en el Antiguo Testamento.

Si ahora miramos nuestra propia vida, ¿no habremos de decir que hay también una unidad del juego de Dios en su gobierno, por la gracia, de nosotros y de nuestro vivir? También nosotros quedamos sorprendidos, también nosotros caminamos hacia lo imprevisto y no planeado, también nosotros hemos de decir que las cosas salen de modo distinto al que habíamos pensado. Pero cuando las cosas han llegado tal como las pensó el que es más misterioso y más grande que nosotros; si las hemos aceptado tal como Él nos las ha dado; si no las hemos privado de su sentido mismo al rebelarnos íntimamente contra ellas, entonces advertiremos de súbito que se ajusta a una misteriosa forma de

nuestra vida, que fue trazada y planeada para nosotros.

Naturalmente, nuestra vida es un torso, está inacabada. Cuando contemplamos el edificio de nuestra vida, no sabemos aún a punto fijo cómo se armonizará todo, ni qué aspecto ofrecerá el conjunto cuando esté acabado. Sin embargo, si, con humildad y amor, miramos abiertamente dentro de nuestra vida, podemos descubrir bastante la unidad de juego del obrar de Dios en nosotros. Ya ha armonizado muchas cosas que nos parecían una contradicción, una disonancia estridente. Por la bondad y misericordia de Dios, muchas disonancias se han disuelto en armonía, en una armonía superior, acaso inesperada; en una armonía que no está aún completa, pero que lo está suficientemente para que podamos confiar en un sentido. Y mucho de lo pasado puede ser también para nosotros como tipo y alegoría de lo que ahora es y de lo que está aún por venir. Pablo dijo una vez a sus discípulos: «Fiel es aquel que ha comenzado la obra, que también la acabará.»

Ése es el axioma de la interna unidad de juego de la acción de Dios con nosotros. Puesto que antes lo hemos ya experimentado como el bueno, el indulgente, como nuestro iluminador, como nuestro Dios de las misericordias y de toda consolación, tenemos derecho a interpretar por nuestro pasado nuestro presente y nuestro porvenir. También nosotros hallamos en el pasado de nuestra vida tipos y figuras de lo que ya es y de lo que queda por venir. Y cuando todo acabe, todo se habrá armonizado en la idea señera, grande, santa y amorosa de Dios, la que Él tuvo sobre nosotros y nuestra vida, cuando nos llamó por nuestro nombre.

Cuarto domingo de cuaresma.

*Él ha comenzado**Phil 1, 6-11*

Si prescindimos de la inscripción o dirección de la carta, nuestro texto está formado por los primeros versículos que son su introducción. La iglesia de Filipos había enviado un mensajero a Pablo, en su cautividad, con una contribución para ayuda del apóstol y de su actividad. Pablo alude ya aquí a esta ayuda, sobre la que volverá aún más adelante. Nosotros leemos sencillamente estos versículos y añadimos unos pocos precedentes, que se han omitido, a fin de redondear esta breve perícopa.

Pablo piensa en su comunidad. Es su iglesia predilecta, una iglesia en buen estado que crece y prospera realmente; que, en medio de un ambiente pagano, mantiene la palabra de la fe y la esperanza del evangelio y mira, por la caridad, al día que todos aguardan, sea por la muerte, sea por el término y fin de la historia universal: el día de Cristo. Cuando piensa en esta iglesia, el apóstol puede decir: Doy gracias a mi Dios cada vez que pienso en vosotros. Y esta acción de gracias por la fuerza del evangelio, por el buen estado de la comunidad, por la fe y el amor del corazón, crece y se transforma naturalmente en una oración, pues los cristianos no han llegado aún al término, todavía tienen que combatir y crecer y medrar, para que, en el día de

Cristo, estén realmente acabados. Así prosigue: Y yo ruego continuamente en todas mis oraciones con gozo por todos vosotros. ¿Podemos también decir esto de vuestras oraciones?

Y ahora da la razón porque con tanto gusto y gozo da gracias y ruega por esta iglesia. No se trata sólo de su vida cristiana, de la fe, de su conversión; está también, el hecho de cómo, con auténtico espíritu misionero, se puso del lado del apóstol; de cómo no sólo recibió de él, sino que también le dio; de cómo la joven iglesia, los primeros cristianos convertidos, se percatan de que, a par del apóstol, tienen también ellos una responsabilidad y una misión en este mundo pagano. Por eso, también ellos han orado por él y lo han sostenido con sus dones materiales. De ahí que prosiga Pablo: Y es así que desde el primer día hasta ahora habéis mostrado interés por el evangelio de Cristo. Lo expresa muy delicadamente, casi de forma velada, muy generalmente, pero no se trata de interés cualquiera, poco menos que platónico, sino de interés de oración y, además, de ayuda material. Ello es para el apóstol motivo de acción de gracias y de gozosa oración. Lo que Pablo ve en esta pequeña limosna misional, gozosa, pero insignificante en el fondo, es como una concreción, un símbolo, una encarnación de su actitud entera y así, la mirada del apóstol va de ese mínimo apoyo a su existencia cristiana entera, que está aún en su desarrollo, en su historia y tiene aún que perfeccionarse, y dice: Por eso confío de todo punto que el que ha empezado la obra buena, la acabará para el día de Jesucristo.

Todos somos también obras comenzadas de Dios Padre, por su gracia, por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Él ha empezado — no nosotros — la buena obra en

nosotros; pero la ha empezado pasando por nuestra libertad, y la obra está aún en plan de desarrollo; está aún, por decirlo así, en tela de juicio, la grande, la señera, la universal tela de juicio que lo abarca todo, de si lo que está comenzado, se acabará. Y cuando el apóstol se pregunta así, cuando se interroga si lo que comenzó en lágrimas y palabras, con penitencia y llanto y con toda la fuerza del obrar y sufrir apostólico, se consumará un día o se encallará y morirá de nuevo; cuando se pregunta si estos hombres que han comenzado entrarán también un día, como hijos de la luz, en la gloria de la luz divina; cuando eso se pregunta temblando, pues nadie está seguro de su salud eterna, entonces levanta sus ojos a Dios, entonces su corazón se llena de confianza y dice: «Confío en que Dios, que ha comenzado la obra, la acabará.»

Y lo mismo podemos también decir nosotros, débiles e impotentes, cuyo cristianismo se encalla y muere una y otra vez; nosotros, sobre quienes el torrente de la vida diaria deposita su carga de guijarros que están por ahogar todo lo que debiera crecer en luz y fuerza, en vida y gloria del cristianismo. Tampoco nosotros hemos de mirarnos a nosotros mismos, sino decir: El que lo ha comenzado — y no hemos sido nosotros con nuestra fuerza, ni siquiera con nuestra libertad, sino Dios con su gracia gloriosa y poderosa —, Él lo acabará. Y éste es nuestro ánimo, nuestra seguridad, nuestra magnífica regia confianza.

Dice Pablo: Por eso es justo que piense así de todos vosotros. Porque — y ahora entra en esta grandeza, poder y sublimidad de la obra divina lo enteramente personal, lo auténticamente humano — dice: A todos vosotros os llevo dentro de mi corazón, a todos los que

tenéis parte en mi gracia; a los que, al ayudarme precisamente a mí y a mi misión, tomáis parte en mis cadenas y también en la defensa y confirmación del evangelio. ¡Ojalá todo sacerdote pudiera decir eso a su comunidad! ¡Y ojalá Dios hiciera sentir dondequiera al clero que se da esta relación, a par divina y humana, con su comunidad y a cualquiera de estas se le pudiera decir: Vosotros tomáis parte en mi trabajo para defender y confirmar el evangelio! Y una vez más les dice Pablo cuánto los ama y cuán unido se siente con ellos: Dios es testigo. No se trata sólo de un dicho piadoso, quiere decir Pablo; no es sólo una frase convencional de un sacerdote, predicador o apóstol; no, Dios me es testigo de cómo os quiero — podemos traducir tranquilamente —, con el más íntimo amor del corazón de Cristo Jesús. Y ahora retorna de nuevo a lo que había dicho al comienzo, a esta introducción: a que, con gozo y hacimiento de gracias, oraba por ellos.

¿Y qué pide en su oración? Y ésta es mi oración: que vuestra caridad se acreciente más y más en conocimiento y en toda sabiduría. ¡Qué extraño y, sin embargo, qué grandioso y profundo! Creo fue Leonardo de Vinci quien dijo que el amor es padre del gran conocimiento, el amor y nada más que él. ¡Que el amor se acreciente más y más en conocimiento y en toda inteligencia! Sólo donde crece el amor crece la verdadera gnosis, el verdadero conocimiento, y tanto se entrega de corazón cuanto de luz se recibe, de la gracia de Dios, para comprender lo que es el hombre delante de Dios. Y luego dice que este conocimiento que viene del amor ha de servirles para escoger lo recto (o, acaso, lo más excelente). ¡Qué difícil se nos hace a menudo saber escoger lo que tenemos que hacer! Sólo lo logramos

por el conocimiento que nace del gran amor. ¿Y cuál es el término cuando el amor se acrecienta más y más y cuando de él brota la luz, la luz clara, gozosa y bienhadada de la interpretación divina de nuestra vida, y hallamos luego el recto camino en todas las andanzas y carreras de nuestra vida, en todas las encrucijadas de nuestro existir? El término o fin es que nos presentemos, puros y sin tacha, el día de Cristo, cuando Él venga a nosotros por nuestra muerte o por su segundo advenimiento, ricos en frutos de justicia, que no hemos obrado nosotros, sino Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

No tenemos por qué añadir más. Esta breve perícopa, introducción a una carta cordial del apóstol a una comunidad predilecta, nos dice bastante.

Domingo 22 después de pentecostés.

No temamos su cercanía

Phil 4, 4-7

La iglesia de Filipos fue la primera iglesia europea que fundó Pablo, en su primer viaje misionero, durante una estancia muy corta que hubo de interrumpirse muy aprisa. Era su iglesia predilecta, en muy buen estado, donde reinaba realmente la vida cristiana. Naturalmente, compuesta de hombres, con sus pequeños roces y cosas semejantes. Pero, en conjunto, esta iglesia era realmente lo que Pablo mismo dice, una especie de corona de su apostolado. Le escribe desde una cautividad, como dice en esta carta, para agradecerle la ayuda que la iglesia le mandó por un mensajero. No sabemos exactamente dónde fue esta cautividad, acaso la primera cautividad romana; pero también pudo ser una cautividad anterior, no exactamente conocida, en Éfeso, desde donde escribe a su iglesia de Europa. Sea de ello lo que fuere, se trata de una carta personal, salida inmediatamente del corazón; carta en que no se discuten grandes temas teológicos abstractos, sino que se habla de corazón a corazón. Esto explica que las secciones particulares de esta carta no estén muy unidas entre sí. Pablo dice a veces cómo le va, qué hace, qué planes o esperanzas tiene, inserta una oración, luego se pone otra vez a hablar a la comunidad, le expresa sus deseos, le da gracias y nombra individuos particulares de ella.

Y así podemos interpretar el texto de hoy como una breve perícopa independiente en esta carta. Leámoslo sencillamente. Dice Pablo: «Alegraos siempre en el Señor.» Una vez más se nos dirige a los cristianos la exhortación a alegrarnos, a alegrarnos en el Señor, por la conciencia de estar unidos con Cristo, de vivir en Él, de obrar por su gracia y, por ende, de alegrarnos también por su gracia. Se nos recuerda la alegría, se nos exhorta a ella; luego se trata de una virtud cristiana. Las cosas que no podemos menos de hacer no es menester se nos recuerden ni que se nos exhorte a ellas. Luego, si tenemos necesidad de que se nos exhorte a la alegría, es señal de que no la tenemos como la debíamos tener. Oigamos, pues, hoy al apóstol que nos dice: «Alegraos siempre en el Señor.» Él mismo añade, porque se trata de exhortación apremiante y sabe que es más difícil hacerlo que decirlo: «De nuevo os lo digo: Alegraos.» Y a renglón seguido dirige una exhortación enteramente distinta: «Vuestra moderación (en la versión latina), vuestra suavidad, vuestra mansedumbre y bondad sea patente a todos los hombres.» No todo lo que el cristiano piensa, cree, vive y padece es inteligible y patente a los demás; porque, como dice Pablo, «sólo el espíritu escudriña lo espiritual, y los que vivimos en Cristo no somos juzgados por nadie». Pero aquí dice Pablo que la bondad, la mansedumbre, la interior tranquilidad y equilibrio son cosas que todos han de advertir en nosotros. Tal vez no adviertan que ello sea cosa particularmente cristiana, pero eso importa por de pronto poco. Que noten que somos hombres bondadosos, amistosos, mansos, tranquilos, ilustrados, abiertos, cariñosos. Quizá no reconozcan aún la raíz más honda de que todo eso brota; pero, por lo menos, que conoz-

can los frutos de vuestro cristianismo. Tal vez poco a poco barrunten que todo eso mana de fuentes más profundas que las de ellos. «Vuestra bondad — dice Pablo — sea patente a todos los hombres.»

¡Cosa extraña! Súbitamente, en medio de estas exhortaciones, no dice ya Pablo otra cosa, sino: «¡El Señor está cerca!» ¡Cosa extraña! Predica moral y piensa en Cristo. Cuando piensa en los cristianos o en los demás hombres entre quienes vive, piensa en el Señor. Piensa en el Señor que está cerca, y no en el que antaño viviera, se fue y ahora está en el cielo. Pablo piensa en el Señor cercano, en el que está con nosotros por su espíritu, por su palabra, en nuestro hermano y hermana; piensa en el que viene, y quiere penetrar más y más a fondo en nuestra vida y atraerla más y más a sí; en el que, en su espíritu, en su fuerza, en su propia historia que aún dura y perdura, es entendido en una sola señora y grandiosa venida. Y también está cerca de nosotros; también viene en el destino de nuestra vida, que corre hacia un punto final, la muerte y el juicio que quizás esté más cerca de lo que nos imaginamos. El Señor está cerca. Cerca de todos nosotros. ¿Estamos también nosotros cerca de Él?

No debíamos temer esa cercanía. Debíamos antes bien sentirla como una dichosa y protectora cercanía, como la cercanía de nuestra salud, de nuestra fuerza, como la cercanía de la promesa y su cumplimiento, como la cercanía de lo propio, de lo verdadero, de aquello a que apunta nuestro ser entero, toda nuestra historia, nuestro destino. Si sintiéramos al Señor cercano; si nosotros mismos estuviéramos cerca de Él por la fe, la esperanza y la caridad, esa cercanía se convertiría precisamente en alegría y paz.

Por eso prosigue Pablo: «No estéis solícitos o preocupados por nada.» El apóstol habla de la preocupación torturante, roedora y desgastadora, que achica al hombre, lo desmenuza interiormente y no le deja ponerse por encima de su propio destino. Es la solicitud o preocupación de los gentiles, que Pablo no quiere que tengamos. Hemos de desecharla. ¿Seremos entonces tan alegres y despreocupados, como para poder vivir al día? ¡No es esa la idea de Pablo! Pablo sabe que tenemos preocupaciones, que sentimos la presión y opresión de la vida, de su estrechez y miseria. Lo que piensa lo dice seguidamente: «Sino que en todo — en todo aquello por que sentimos preocupación y fatiga, y presión, y estrechez, y miseria, y dolor de la vida —, en todo eso, sean a Dios manifiestos vuestros deseos en oración y petición, con hacimiento de gracias.» En toda oración debe expresarse esta necesidad nuestra, y ser así, a la postre, abierta y libre, suelta y tranquila, pacífica y buena. En toda oración y petición, con hacimiento de gracias. ¡Cosa notable! Cuando Pablo habla de oración, de petición, de súplica que nos arranca la preocupación de la existencia, le acude en seguida la palabra «eucaristía», acción de gracias.

¿Oramos nosotros sólo cuando, apremiados por nuestras preocupaciones, somos mendiguillos de Dios? ¿O brota también alguna vez de nuestro corazón el himno de acción de gracias, algo así como un gran prefacio que se intercala en la celebración eucarística de nuestra vida? ¡El gran hacimiento de gracias del cristiano por haber sido creado, llamado, santificado, redimido, perdonado, guardado y protegido por la providencia de Dios; porque le espera una vida eterna; porque el Señor está cerca; porque es amistoso y manso, y de miseri-

cordia sin fin! Demos también alguna vez gracias de que llegan al acatamiento de Dios nuestro hacimiento de gracias y nuestras peticiones, y la petición se cifra en que Dios acabe, en el día de Cristo que está cerca, la obra que Él mismo comenzara en nosotros y por la que justamente le damos gracias.

«Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestro sentir en Cristo Jesús.» Una vez más, esta paz en Cristo Jesús, a quien pertenecemos, a quien amamos, cuyo cuerpo recibimos. En Él tenemos la paz postrera, la paz universal, que sobrepuja nuestro pensamiento y hasta nuestro corazón. Así es frecuente que no sepamos ni que la tenemos. Pero ahí está, y dice Pablo que esta paz bienhadada y tranquila debería estar casi como un soldado de guardia delante de nuestros corazones, custodiándolos o —eso puede también significar el verbo griego— metiendo en la cárcel a nuestro corazón y guardándolo allí. Y es así que la paz de Dios no es, en último término, lo que nosotros hacemos o deshacemos, sino obra de Dios en nosotros, obra de la virtud de su gracia. Y pedimos, rogamos y deseamos que eche mano, por decirlo así, con toda su fuerza a nuestros corazones, custodie la puerta de la ciudad de nuestro corazón, esté delante para que nada pueda escindirle: ni el odio, ni la discordia, ni la dualidad, ni la desconfianza última contra Dios, contra nuestra propia vida y nuestros semejantes, porque perderíamos esta suprema paz. ¡Que la paz de Dios, que sobrepuja todo pensamiento, guarde nuestros corazones; y, si los corazones, también el sentir y pensar, el proyectar, el querer y desear en Cristo Jesús!

Tal es la epístola de hoy. Transformémosla también en oración para que nuestras peticiones lleguen al aca-

tamiento de Dios, y la paz y la alegría vivan siempre, por Jesucristo, en nuestro corazón, y le demos gracias al Padre eterno por habernos llamado al reino del Hijo de su amor; para que seamos concordes y tengamos paz; y este interior espíritu cristiano en Cristo Jesús, como mansedumbre y bondad, se haga también patente a todos los hombres, los cuales, hallen o no inmediatamente al Señor y su gracia, perciban en todo caso por nuestro medio algo de Cristo, siquiera por aquella bondad y mansedumbre, que aun siendo virtudes humanas, son, en el fondo fruto de la gracia de Dios. ¡Que ella guarde nuestros corazones ahora y para siempre!

Tercer domingo de adviento.

El estilo de la irreconciliación ha cambiado

Col 3, 12-17

En su cautividad romana recibe Pablo noticias de una iglesia del Asia Menor, que él no había fundado. La fundación se debió a uno de sus discípulos. Como respuesta escribe esta carta a los Colosenses. En la primera parte impugna ciertas malas inteligencias que, parte por ideas judaizantes, parte por ideas gnósticas, eran un peligro para aquella iglesia. Pablo describe la suprema dignidad de Cristo, que no puede parangonarse con poder angélico alguno que existiera en el mundo. Los colosenses estaban tentados a dar culto a parejos seres angélicos y corrían ese riesgo de equiparar a Cristo con alguno de ellos. En la segunda parte, desde el capítulo 3, trata Pablo, como suele hacerlo después de los desenvolvimientos dogmáticos, de la vida moral del cristiano.

En los vv. 1-18 del capítulo 3 habla sobre la conducta de los individuos; al final del capítulo 3 viene a hablar de los varios estados y su comportamiento. En esta primera parte está el texto de hoy. Es un texto bello y que dice mucho. En él se nos llama escogidos de Dios, santos y queridos, y se nos exhorta a múltiples virtudes: a la misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia y, finalmente, a la caridad y a la paz, a la acción de gracias, a la oración, a los cánticos espiri-

tuales y, cifrándolo todo en una palabra, a que cuanto hiciéramos, de palabra u obra, lo hagamos todo en el nombre del Señor Jesús.

Algo puede chocarnos en este catálogo de virtudes que Pablo encarece a esta iglesia, y es el hecho de que exhorte a la humildad y luego al perdón: «Soportaos y perdonaos unos a otros, si alguno tiene querrela contra su prójimo; como el Señor os ha perdonado, así os habéis de perdonar también vosotros.» Y por aquí puede también entenderse por qué exhorta a la paz, pues no se trata de la paz de cada uno en su propio corazón, sino de la paz de unos con otros. Pablo funda, en efecto, su exhortación en que los colosenses habían sido llamados a formar «un solo cuerpo». Es extraño que, en una carta breve y de mucho contenido, exhorte también particularmente a soportarse y perdonarse mutuamente. Imaginemos esta iglesia. Es fervorosa; todos son cristianos nuevos, recién convertidos, con el entusiasmo de un recién convertido, que sabe debe brillar como un lumínar en medio de un mundo entre tinieblas; es una iglesia en que cada uno se ha hecho cristiano por convicción íntima contra todos los influjos de su ambiente. Se trata, pues, de una iglesia que toma muy en serio y muy a pecho el cristianismo; una comunidad muy unida, en que cada uno sabe que comparte con su hermano lo más grande y profundo de su corazón, la enorme resolución de ser de Cristo y aceptar su redención. Y, sin embargo, Pablo exhorta a conllevarse y perdonarse unos a otros. Y casi pudiera decirse que lleva pareja exhortación de antemano apercebida; evidentemente, no es exhortación que tenga que mirar a circunstancias o situación particular en esta comunidad, pues el apóstol dirige casi exactamente la misma

exhortación en la carta a los Filipenses (4, 31-32).

Así, evidentemente, esta exhortación tiene que ser importante para todo cristiano. Si abrimos, en efecto, el sermón de la montaña de Jesús mismo, allí vemos también cómo, siguiendo una doctrina de Jesús Sirácida (capítulo 18) se exhorta al perdón y se nos apunta que sólo podremos pedir nosotros perdón a Dios, si estamos prontos a perdonar a nuestro prójimo. El Señor inserta incluso en el padrenuestro la petición de perdón a Dios y la seguridad de que nosotros también perdonamos. Cuenta la parábola del criado cruel para precavernos contra esa irreconciliabilidad, que nos acarrearía la irreconciliación de Dios mismo. En el capítulo 18 de san Mateo exhorta el Señor a Pedro a que perdone setenta veces siete veces, lo que significa que debe perdonar siempre. Y por san Lucas dice: «Perdonad y se os perdonará.» Así, teniendo en cuenta la doctrina de Jesús, nada tiene de extraño que Pablo la reitere y se la encarezca a esta iglesia de Colosas.

Ahora bien, ¿se trata de una exhortación que tenga también importancia y sea de perpetua necesidad para nosotros?

A esto hemos de responder que no somos hombres distintos a los del tiempo de Jesús, a quienes Él y Pablo exhortan al perdón. Pero es evidente —y esto me parece ser importante para que podamos llevar esta exhortación a nuestro corazón, a nuestra vida y a nuestro diario menester— que acaso pueda decirse que ha cambiado entre nosotros el estilo de la irreconciliación y del no perdonar. En situaciones insignificantes, en que los hombres viven muy unidos y son a veces de vitalidad primigenia —cosas ambas que se dan actualmente menos que antaño— la ira, el odio, la irreconciliación

y el rencor se dan de manera muy palpable, muy maciza y viva; ahí vige la vindicta o venganza de sangre; ahí se da la dura irreconciliación que se hereda de generación en generación; ahí se da la efusión de la sangre; ahí el hombre se pone tras el hermano, el padre o la madre, y se ve en el otro un enemigo desde el momento que lo es de los parientes; ahí se pone entero el corazón en la enemistad, como en la amistad y fidelidad hasta la muerte. Hoy día todas estas cosas han palidecido un poco y quedan más o menos ocultas tras una convención oficial. Ya no se ataca (si no es entre gitanos) a cuchillada limpia; ya no es menester asegurarse particularmente de una hospitalidad para no correr el peligro de ser atacados; es más fácil desplazarse y vivir aislado; se puede tirar más fácilmente por otro camino. Y así pienso yo que no advertimos ya tan claramente que esta exhortación del evangelio y de Pablo nos toque también a nosotros y que no la observemos como lo más natural del mundo. Acaso pudiera decirse: ¿A quién tengo yo ya por enemigo? ¿A quién no perdono? Tal vez pueda también decirse que no podemos simplemente tragármolo todo. Lícito nos es defender por el derecho; no podemos, sin más y en todo evento, vivir en paz con nuestro vecino. Ha habido santos que buscaron — y tuvieron que buscar— su derecho ante los tribunales. Y puede ser incluso una virtud, como contribución a la educación cristiana de nuestro prójimo, que no lo aguantemos todo.

Pero precisamente porque se dan estas cosas y ha cambiado el estilo de la irreconciliabilidad y del no perdonar, podemos pasar por alto que se trate aquí de una exhortación que no cumplimos del modo más natural del mundo; porque sí, en este texto, se nos dice que

perdonemos como Dios nos ha perdonado a nosotros, es evidente que esta exhortación es también para nosotros apremiante y peligrosa. Porque ¿cómo nos ha perdonado Dios? No, hablando a lo humano, diciendo: ¡Pelillos a la mar! Ni tampoco diciendo sólo fríamente: ¡Vamos a dejarlo correr! No sólo olvidando, sino buscándonos, —y amándonos de veras y de lo íntimo del corazón— y aun dándonoslo todo, literalmente todo: a sí mismo. Y nos ha perdonado de forma que de la mala ocasión, del pecado, del rencor de nuestro corazón, de la ofensa que le infligimos, aún saca Él un bien, dándonos una nueva oportunidad y posibilidad de rehacer nuestra vida; Él olvida de todo punto, verdadera y realmente, la ofensa, y en su corazón no queda más que perdón puro, bondad y amor, gracia y fidelidad hasta el fin, y de lo pasado no queda más que lo bueno.

¿Perdonamos también así nosotros, con amor y generosidad, o damos media vuelta para no tropezar con quienes nos son antipáticos, nos crispan los nervios o nos han ofendido? ¿Acaso hacemos alarde de que no los atacamos y ofendemos también nosotros! ¿Y qué aspecto presenta nuestro corazón? ¿Cómo juzgamos, cómo pensamos, bajo qué perspectiva se nos presentan en ese punto los hombres? ¿No los reprendemos por añadidura? ¿Tratamos realmente de entenderlos? ¿Hemos intentado realmente alguna vez, contra el resentimiento, el rencor y la soberbia de nuestro corazón, penetrar en su pensamiento, comprenderlos desde su punto de vista, su mentalidad, su constitución, los azares de su vida, temperamento, infancia, historia y educación? ¿O pensamos que el verdadero y absoluto criterio somos nosotros mismos, lo que se llama nuestro sentimiento espontáneo?

Traducimos la palabra griega usada aquí por Pablo por «soportar», pero no debiéramos entenderlo en el sentido de que el otro es una carga que no tiene derecho a echar sobre nosotros. Traducido por «llevar», diría el texto: «Lleaos unos a otros como Cristo os lleva a vosotros», como un fundamento, como una madre paciente y amorosa lleva a su niño; pero entonces advertimos lo difícil que es lo que se nos exige. Sin embargo, si no sólo perdonamos las ofensas, sino que nos damos también al ofensor y lo llevamos (o conllevamos) como Dios se nos da a nosotros, y nos lleva y conlleva como la base eterna de nuestra vida, sólo entonces seguimos esta exhortación del evangelio y de Pablo. La cosa es difícil y sólo es posible por gracia de Dios. A tal desinterés y olvido de sí sólo puede llegar el hombre si Dios mismo es su compañero y la libertad de Dios se ha hecho nuestra.

Quinto domingo después de epifanía.

Ser gracia unos para otros

Col 3, 12-17

Nuestro texto procede de la carta de san Pablo a los Colosenses. Desde la cautividad escribe a una iglesia que no conoce para exhortarla a que no se extravíe por un falso culto angélico, en parte judío, en parte gnóstico, que parecía poner en peligro la significación solemne y señera de Cristo Señor y de su redención. En la segunda parte de esta carta habla Pablo de una vida cristiana. De ella está tomado el texto de hoy.

Pablo dice: «Revestíos, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y longamidad.» Somos los escogidos de Dios, porque Él nos conoce, nos ha llamado, ha trazado y diseñado nuestra vida, nos guía y rige, nos ha dirigido su llamamiento y nos ha hecho la merced de que lo oyéramos. Por eso somos los santos, pues estamos consagrados y ungidos por el Espíritu Santo de Dios, que se nos ha infundido en nuestro corazón. Por eso somos realmente llamados de Dios, del Dios eterno, omnipotente y santo. De ahí saca Pablo la consecuencia de que nos vistamos de entrañas (o sentimiento profundo) de las virtudes que seguidamente enumera.

No deja de ser extraña imagen esa del «vestirse» (¡y vestirse de entrañas!) que aquí emplea Pablo. Los exegetas se han roto ya muchas veces la cabeza sobre

cómo se le ocurriría a Pablo esta imagen. En otro lugar habla de revestirse de Cristo, y acaso pensaba en algún juego ritual de su contorno religioso, en que se imitaba a un dios, revistiéndose de sus vestiduras y símbolos, y así se podía tener la impresión de haberse trasfigurado en el dios mismo. Sea como fuere, nosotros, en todo caso, nos hemos revestido del Señor, nos hemos transformando, por su Espíritu, en imagen y semejanza suya. Debemos vivirlo. Debemos reproducir en nosotros su imagen. Naturalmente, no sólo por una imitación externa, por mera mímica. Nos revestimos de Él de manera que realmente entrañados en Él, reflejamos su vida y la continuamos así a lo largo de la historia hasta que venga de nuevo. Y así hemos de imitar sus virtudes. Pablo enumera aquí precisamente virtudes sociales, virtudes de la convivencia humana y cristiana. «Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y longanimidad.» No es menester que digamos nada sobre estas virtudes particulares. Sabemos lo necesarias que son para la mutua convivencia. Sabemos lo difíciles que a menudo se nos hacen y, —por tanto, sólo podemos tenerlas— esta paciencia, esta bondad, este dejar por la humildad su puesto al otro, este soportar, este aguantar, esta anchura o largura de corazón (eso significa longanimidad), si nos revestimos de Cristo Señor. «Soportaos unos a otros, aguantaos y perdonaos, si alguien tiene contra otro motivo de querrela.»

Cada uno es para el otro una carga, y en esto tal vez —por más que nos cueste comprenderlo— una gracia. Tal vez comete contra nosotros una injusticia, tal vez haya realmente algo que soportar. Tal vez no debiera ser así. Y, sin embargo, tales cargas debieran ser

para el cristiano sobrecargas de gracia. Por eso debemos aguantar y perdonar al prójimo lo que en esta carga haya tal vez de culpa. Pablo expresa este perdonar con una palabra griega en que entra la *kharis*, la gracia. Y así prosigue: «Como el Señor os hizo gracia, así también vosotros.» Debemos perdonarnos unos a otros y así ser gracia unos para otros, como el Señor nos perdonó a nosotros. ¿O es que no tuvo que hacernos gracia también a nosotros, pobres pecadores, a quienes el Señor tuvo que perdonarnos nuestra culpa, nuestra grandísima culpa? ¿No podemos hacerlo también nosotros?

Pablo prosigue escribiendo y piensa aún en la imagen de la vestidura: Mas sobre todo —ya no repite la palabra— revestíos de la caridad, que es como el lazo o ceñidor de la perfección en este santo vestido, de que ha de vestirse el cristiano por la imitación de Cristo. Hemos de vestirnos de la caridad que es el vínculo o atadura de la perfección. Ella lo contiene todo, lo ata fuertemente todo como en un manojo, de suerte que estamos realmente ceñidos y apercibidos para emprender el camino de la vida hacia la eterna luz.

Luego prosigue Pablo y, al hablar de la *agape*, de la caridad o amor, piensa también en la paz. Así dice: «La paz de Cristo mande e impere en vuestros corazones», como un árbitro, como el que manda y rige y lo ordena todo, como quien dirige, por así decirlo, el sagrado juego de la vida. Esta paz de todo punto interior, esta profunda paz debe vivir y mandar en el corazón, sobre cuanto en él hay de escindido, sobre todo lo amargo y oscuro de nuestra vida. Todo, aun eso, debe estar incluido en la paz de Cristo. «Y —dice Pablo— sed agradecidos.» No lo somos, sin más, en

nuestro corazón egoísta. Echamos ávidamente mano de los dones de Dios para olvidar luego al que nos los diera. ¡Sed agradecidos! «Y la palabra de Cristo — escribe Pablo — more copiosamente en vosotros, enseñando y amonestándoos con toda sabiduría unos a otros.» Cantad salmos, himnos y cantos espirituales, en la gracia; entonad a Dios en vuestro corazón el cántico interior; cantad por lo menos en el corazón el cántico del alma, el cántico del alma, el cántico que puede resonar más hondamente en el corazón que todo mero pensamiento racional; el cántico, que sólo entienden Dios y el corazón, debe ser cantado en nuestro corazón por la gracia de Dios en los cánticos inefables que el espíritu de Dios puede cantar a Dios en nuestros corazones. Tal vez a nosotros mismos nos suene como un balbuceo y, según dice Pablo, como un gemido; y, sin embargo, es el preludio de la eterna loa e himno eterno en el cielo.

«Y todo cuanto hicieréis — así acaba Pablo esta exhortación, antes de mentar los estados especiales en lo que sigue de este capítulo—, todo cuando hicieréis de palabra y obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando por El gracias a Dios Padre.» En Jesús y en su nombre puede decirse y hacerse todo lo que es recto. Y si en Él se dice y hace, es recto, y entonces se torna todo «eucaristía», hacimiento de gracias, que le debemos a Dios Padre, por habernos llamado al reino del Hijo de su amor, para que todo en nosotros y en nuestra vida sea para su gloria y alabanza.

Primer domingo después de epifanía, fiesta de la sagrada Familia.

Donde hay un corazón vivo, piensa en Dios

Col ε, 12-17

En el v. 17 del capítulo 3 de la carta a los Colosenses, dice Pablo: «Todo cuanto hicieréis, de palabra y obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús.» Se nos manda que lo hagamos todo en nombre de Jesucristo. En lenguaje piadoso se expresa eso diciendo que tengamos en todo recta intención. ¡Tener buena intención, recta intención! Pero Pablo dice que debemos hacerlo todo en nombre de Jesucristo. En el lenguaje de la Biblia, el nombre representa la persona. Por «nombre» se entiende lo mismo que cuando hablamos de la persona. Ésta se supone presente con su poder, de forma que, cuando se hace algo en nombre de alguien, éste, en cuyo nombre se realiza la obra, está en ella presente con su fuerza, poder y mandato. Y así, obrar en nombre de alguien significa obrar por su mandato. Cuando ello se refiere a Dios, quiere decir obrar por virtud de su gracia, obrar con espíritu digno de Dios e inspirado por Él; significa obrar en unión viva con Dios, para gloria de Dios. En consecuencia, en todo lo que hacemos y padecemos, en cuanto decimos, pensamos y obramos, hemos de considerar que Jesucristo nuestro Señor nos ha llamado a esta obra, palabra e intención, y en unión viva con Él hemos de hacerla, por impulso suyo, por espíritu suyo, para gloria suya;

y saber, por ende, que pertenecemos a un Señor más grande, para quien vivimos y morimos.

En el capítulo 11, v. 35 de la carta a los Romanos, dice Pablo que todo viene de Dios, todo subsiste por Él y todo tiende a Él; de donde saca la consecuencia: «A Él sea la gloria por los siglos. Amén.» He aquí una síntesis de lo que se dice también en este versículo. Puesto que todo viene de Él, todo está sometido por Él, todo tiende, en último término, en lo más hondo de su ser, a Él; el hombre tiene que aceptar esta verdad de la realidad, tiene que recibirlo todo de Dios, hacerlo todo con Él y por Él y enderezarlo a Él. Y así se hace todo para su gloria, así se hace en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Si así entendemos lo que dice Pablo, tendremos que decirnos que no basta añadir un buen pensamiento a nuestras acciones, obras y palabras. Es bello y loable, es saludable y cristiano que renovemos a menudo la recta intención; está bien que en nuestra oración de la mañana pensemos y digamos: ¡Que todo sea para gloria de Dios!, y que luego, en nuestro ajetreo del día, levantemos el corazón a Dios y le ofrezcamos lo que hacemos diciendo: «¡Para tu gloria!» Pero es menester que lo que se entiende por recta intención, lo que se despierta en nuestro corazón como sentimiento piadoso, penetre y llene realmente todo lo que hacemos, o tal vez mejor dicho, que brote de lo mismo que hacemos.

Si realmente viéramos así las cosas y así experimentáramos nuestra vida humana, esas mismas cosas, estas experiencias, esta vida nos diría que de Él viene, por Él subsiste y a Él aspira. Entonces nos percataríamos de que todo lo que no es Dios es inconcluso, y detrás de todo se oculta un sentido más profundo, sin el cual

todo lo demás se pierde en lo provisorio, y, a la postre, en lo vacío de sentido, en la confusión y embrollo. Si lo miramos y consideramos rectamente, sólo cuando Dios está presente adquiere todo una plenitud, un sentido y un fin. Y si de este modo dejáramos hablar a las cosas, a nuestras experiencias y a nuestra vida de la gloria de Dios, nuestra intención brotaría, de suyo, de lo que estamos haciendo. Si la amargura de nuestra vida nos predicara de la bienaventuranza de la gloria; si la verdad en que pensamos nos hablara de la eterna verdad de Dios; si los misterios y enigmas de nuestra vida nos dijeran que Dios es, a la vez, el misterio primigenio y su resolución; si todo lo bello que vivimos nos anunciara algo de la belleza infinita de Dios; si toda seguridad nos hablara de la bondad de Dios en que, a la postre, estamos a buen recaudo; si todo amor, que recibimos y damos, tuviera a Dios por compañero y garantía, la recta intención brotaría por sí misma de nuestra vida. Debemos, pues, ser de más fino oído y pedir un corazón más delicado, que en todo nuestro hacer y existir, hablar y pensar, sentir y amar rastree el misterio de Dios y lo acepte, realice, afirme y refuerce este interior movimiento de nuestra vida a Dios; que desaparezca, por decirlo así, él mismo, para que aquel movimiento aparezca puro y pleno, y así sea nuestra vida sostenida realmente, en su diario menester, por intención auténticamente recta.

A la verdad, hay que añadir que todo esto no nace por sí solo. Hay que cultivarlo, hay que desenterrarlo una y otra vez del montón de cascote que es nuestra vida diaria; todo eso hay que purificarlo y esclarecerlo constantemente. Por eso justamente es provechosa y saludable una recta intención, una oración que la inicie

y renueve, un alto en el camino de nuestro trajín y trá-fago, una mirada expresa hacia Dios. No es que esta recta intención expresa sea la única recta intención; hay una orientación a Dios implícita y tácita; hay una disposición de espíritu, generalísima y difusa que, no obstante, penetra realmente en nuestra vida, de forma que ya, aparentemente, ni se percibe; y es así que han de pensar en Dios nuestra existencia, nuestra acción, nuestra vida, y no solamente nuestra cabeza y minúsculos pensamientos. Y dondequiera hay un corazón vivo, que sufre los dolores y gozos de la vida tal como ellos realmente son; cuando no se cierra culpablemente a esta realidad de nuestra existencia, ese corazón piensa en Dios, aunque no suene esta palabra, aunque el pensar mismo no sea expreso. Más para que así sea, es menester cultivar la recta intención o disposición de espíritu, es menester la oración expresa, el recuerdo expreso, las breves jaculatorias en medio del diario quehacer, el expreso recuerdo de Dios, el ofrecimiento consciente y pensado de nuestras acciones y palabras, de todo nuestro espíritu a nuestro Señor Jesucristo. Y por eso es también menester que una y otra vez repitamos el imperativo de Pablo: «Todo cuanto hicieris, de palabra y obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.»

Entonces, también sobre nuestra vida entera y cuanto hubo en ella, se podrá escribir la palabra de la carta a los Romanos: De Él vino todo, por Él fue sostenido todo, a Él aspiró todo; y así es ahora su gloria, que es nuestra bienaventuranza por toda la eternidad.

Quinto domingo después de epifanía.

1 Thess 1, 2-10

En su segundo viaje misional que lo trajo por vez primera a Europa, Pablo fue también a Tesalónica. De allí hubo de salir relativamente pronto después de fundar la iglesia local, puesto que por la oposición externa no pudo detenerse en la gran ciudad, puerto de mar importante en la antigüedad. Pablo prosiguió hacia Atenas y de allí a Corintio. Desde aquí escribe por los años 51-53, aproximadamente, esta carta a su comunidad, que poco antes había tenido que abandonar. Por tanto, podemos leer los primeros versículos de esta carta con la conciencia de tener ante los ojos las más antiguas líneas del Nuevo Testamento. Si las leemos atentamente, nos daremos cuenta de que contienen las verdades fundamentales de nuestra fe. Ya aquí, en estos pocos versículos que son la introducción de una carta, enuncia Pablo, de la plenitud de su fe, toda nuestra existencia cristiana. No podemos meditar todo lo que aquí dice Pablo, y sólo vamos a destacar algún punto. Omitimos lo que dice de su misión apostólica. Pasamos por alto la fuerza de irradiación apostólica de la comunidad que pondera Pablo. Solo escogemos tres puntos.

Primeramente, ya en el comienzo, en los vv. 2-3, habla Pablo de la fe, la esperanza y la caridad. Sólo posteriormente, en la carta primera a los Corintios, ha-

bla de estas tres virtudes como de grupo aparte del comportamiento cristiano; pero aquí vemos ya cómo se da cuenta de que esta triada existe. Aquí habla de que los cristianos tienen la obra de la fe, el trabajo de la caridad, y la perseverancia de la esperanza. Esto es, en cierto modo, todo el cristianismo. Si Dios nos habla y llama y nosotros realizamos a lo largo de toda nuestra vida la obra de la fe; si por esta fe amamos realmente a Dios y a los hombres, y este amor no consiste en mero sentimiento, sino en acción que cuesta trabajo; si tenemos perseverancia y esperanza, por saber que estamos de camino y que lo postrero y auténtico está aún por venir; si tenemos caridad tan abnegada, fe tan activa y esperanza tan firme, entonces somos propiamente cristianos. Entonces podemos tener lo que Pablo, unos versículos más adelante, dice de esta iglesia: que recibió la palabra del evangelio, entre muchas tribulaciones, con gozo del Espíritu Santo. Por obra y gracia del Espíritu divino, que se ha derramado en nuestros corazones, podemos soportar con gozo las amarguras, dificultades y pruebas de nuestra vida, que no son para el cristiano menores, sino mayores que para los demás, de modo y manera que el cristiano es el hombre raro que tiene, a la vez, tribulación y gozo en el Espíritu Santo; un gozo que es más profundo, más íntimo, más cordial que toda tribulación; un gozo fuerte, activo, perseverante hasta el fin. He aquí lo primero que Pablo dice sobre la fe, la esperanza y la caridad.

Lo segundo que queremos destacar de esta pintura de la vida cristiana, es una palabra única y señera: la palabra elección (*eklogé, electio*). Los cristianos de hoy, precisamente porque somos hombres de hoy, no oímos con mucha facilidad tal palabra. Quizá tenemos incluso

cierto miedo secreto a ser distintos de los demás. El hombre de hoy tiene cierta tendencia a esconderse tras los otros, no quiere llamar la atención, quiere ser uno cualquiera. En ello puede haber algo bueno y hasta muy cristiano: lo sencillo y ordinario, lo no llamativo, la paciencia del término medio, de la capacidad y tribulación de la existencia. Pero detrás de esta tendencia y este extraño instinto secreto puede esconderse también cobardía. Pablo dice a sus cristianos de entonces, a los pocos, a los perseguidos, a los raros y extravagantes a los ojos del vulgo: Vosotros tenéis una vocación, sois una selección, sois los escogidos de Dios, por su gracia, por su elección. No se trata ahí de preguntar por la suerte de los demás. Aquí cabría repetir la palabra de Jesús a Pedro: «Si quiero que éste permanezca hasta que yo vuelva, ¿a tí qué te va en ello?» Lo importante para nosotros es que — aunque Dios salve también a los otros, y a todos podemos confiadamente encomendar a su bondad infinita — lo importante, repito, es que sigamos nuestro llamamiento, que estemos persuadidos de que Dios nos llama y lo único que queda es seguirlo incondicionalmente. Hemos de saber que si con Pablo, nos llamamos los elegidos, con ello se dice justamente que Dios y su gracia — y no nosotros — han hecho su obra en nosotros, y de ahí ha de brotar aquel incesante hacimiento de gracias de que habla también el apóstol.

Y lo tercero, sobre todo, de que Pablo nos habla, es el todo del cristianismo. Pablo dice a estos cristianos que se habían convertido de los ídolos (la palabra queda sin traducir: de las imágenes, de las apariencias) de su vida pasada, para servir al Dios vivo y verdadero. Aquellos cristianos esperaban, según Pablo, al Señor Jesús

a quien Dios había resucitado, que retornaría para recibirlos en su gloria, para arrancarlos de la ira del Dios santo. Esto es realmente todo el cristianismo: Conocer al Dios vivo y verdadero, al Dios que nos ha llamado y es más que todos los ídolos de nuestra existencia, que estamos completamente tentados a erigir sobre el altar de nuestro corazón. Y es así que también nosotros, como los hombres de entonces, corremos siempre riesgo de adorar ídolos (apariencias), por más que ya no hagamos estatuas de ellos. Sin embargo, aun así pueden levantarse en el altar de nuestros corazones los ídolos del éxito terreno, los ídolos del placer, los ídolos del valimiento entre los hombres, acaso también los ídolos que, incrédulamente, consideramos como la nada, lo aniquilador; porque los hombres han adorado siempre no solo ídolos amigos y benéficos, sino también ídolos tenebrosos, que devoran y traen el desastre; y acaso hoy día, por las tinieblas de nuestra existencia, corremos riesgo de adorar parejos ídolos que no serían tampoco más que ídolos, de los que hemos sido llamados a apartarnos, para servir al Dios verdadero y vivo, al Dios de la vida eterna, porque se nos ha llamado en Jesucristo, Hijo suyo. Su acción y su historia no ha hecho más que empezar, y en ella estamos insertados nosotros y por eso estamos aguardando aún el término de esta historia sagrada, en que está incluida nuestra vida y confesamos: «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos», a nosotros y a todos; a juzgar, esperamos, en el tribunal de su misericordia.

He ahí unas pocas de las cosas que, para nuestra existencia cristiana, nos dice Pablo en la página probablemente más antigua del Nuevo Testamento.

Pidámosle a Dios la obra de la fe, el fiel trabajo de

la caridad y la perseverancia de la esperanza. ¡Tres gracias! Si las tuviéramos tendríamos bastante. Porque entonces somos los escogidos que se han convertido de los ídolos, de las apariencias de la existencia, al Dios vivo y verdadero, y aguardan a su Hijo, el Verbo eterno de su amor, la Palabra que se nos dará como nuestra beatitud para siempre.

Sexto domingo (repuesto) después de epifanía.

*Lo moral no es formalismo vacío**1 Thess 4, 1-7*

Esta carta la escribió Pablo, desde Corinto, hacia el año 51, poco después de fundar la iglesia de Tesalónica. En la primera parte habla más de sus relaciones personales con aquella comunidad, para dirigirle luego, a partir del capítulo 6, exhortaciones y doctrinas determinadas. La doctrina se refería sobre todo al retorno de Cristo (o parusía). De las exhortaciones morales hemos oído el primer trozo, los vv. 1-7 del capítulo 4. Se trata de exhortaciones a la pureza, a la castidad, a la honradez en tratos y contratos. No necesitan de particular comentario pero yo creo que cuando leemos estas exhortaciones, cuando las oímos predicar tan solamente en la iglesia, en más de un lector u oyente puede producirse cierto hastío o aburrimiento. Si somos honrados, tales discursos morales, alocuciones y exhortaciones, repetir eterno de preceptos morales suscita fácilmente en el hombre contradicción y tal vez lleguen a resultarle un escándalo. Yo creo que pudiéramos hoy reflexionar un poco sobre este hecho.

¿Por qué se da ese hecho? En primer lugar, sencillamente, porque todos hemos oído ya muchas veces esas cosas: en el catecismo, en la escuela, en boca de los padres, en lo que una moral burguesa repite una y otra vez por lo menos como reglas oficialmente cono-

cidas; se nos repiten en el confesionario, en los sermones, en las pastorales de los obispos o encíclicas de los papas; constantemente resuenan las mismas exhortaciones tal como las enuncia hoy Pablo en este texto, a la castidad, a la honradez, a las demás virtudes, al cumplimiento, en suma, de los diez mandamientos. Todo eso lo hemos oído ya muchas veces y por eso, aunque no nos lo confesemos expresamente, se nos antoja un tanto aburrido, arcaico y trasnochado. Y luego pudiéramos pensar también — y ésta es la segunda piedra de escándalo de tales consideraciones morales —, pudiéramos pensar, digo, que no consiste propiamente en eso el cristianismo. Son cosas que, desde luego, hay que hacer, esto lo concedemos; pero, *grosso modo*, ya las hacemos, y todo ese machaqueo no nos hace dar un paso más hacia delante; pero, por lo demás — así pudiéramos pensar — el cristianismo es Dios, su gracia, su vida gloriosa, la perspectiva de la eternidad, las fuerzas de lo eterno en el tiempo, la confesión del Dios infinito y grande de la vida bienaventurada. Frente a estas cosas, frente al hecho de que Dios mismo, por la encarnación, ha compartido en su Verbo divino nuestra vida; frente a la perspectiva de una vida sin término en la gloriosa comunión con Dios mismo, esas minúsculas exhortaciones se nos hacen realmente un poco extrañas.

No se trata, como ya hemos dicho, de que las pongamos en tela de juicio (las exhortaciones y las virtudes a las que se nos exhorta), ni que les neguemos vigencia; pero se nos antojan casi minucias irrelevantes ante aquellas perspectivas infinitas que nos abren precisamente la fe y la palabra de Dios. Se pudiera pensar que lo que así se nos predica y lo que en tales exhortaciones

se nos dice, lo sabemos ya por nosotros mismos; se trata en el fondo de pensamientos de la ley natural, que conocemos ya por la luz de nuestra razón. ¡Queremos oír de los misterios de Dios! ¡Queremos justamente que se nos saque de estas cosas de nuestra vida, aun de las cosas de nuestra rutina moral, para conocer a Dios y su vida eterna, para conocer los misterios que no puede esclarecernos nuestra pequeña y mísera luz de la razón natural. Así podríamos escandalizarnos realmente en estas cosas.

Y aún puede alegarse otro motivo. Todas estas prescripciones morales se nos antojan índices o saetas sobre cómo haya de llenarse moralmente nuestra vida; pero de lo que propiamente haya que hacer, cuál sea el verdadero contenido de la vida, de eso se habla poco en tales reglas. Parecen sólo acotar nuestra vida; parecen mostrarnos los precipicios a diestro y siniestro de la carretera de la vida; pero se habla poco de cuál sea el contenido y tema de ella, de lo que haya de llenar nuestro corazón. Así, tales prescripciones podrían parecer casi como las perogrulladas de las exhortaciones, reprensiones, avisos y reglas que lerdos pedagogos y educadores nos distribuyen incansables el día entero, siempre exhortando, siempre avisando, siempre corrigiendo, cuando nosotros queremos saber qué deba hacerse y qué haya de llenar nuestro espíritu en esta vida y sobre esta tierra.

¿Qué hay que pensar entonces de estas exhortaciones, de estas prescripciones y alucinaciones morales? ¿Tienen que resultarnos un escándalo o tienen algo que decirnos, de forma que la palabra misma de Dios, la Escritura y la Iglesia hacen bien cuando nos predicán, una y otra vez, esas cosas, nos exhortan a ellas, nos

atruenan casi los oídos, nos las repiten una y mil veces, una y mil veces nos las recuerdan? Sí, la palabra de Dios tiene razón. Primeramente, porque tenemos la inquietante facultad de hacernos el sordo. Decimos saber estas admoniciones morales, nos las sabemos de memoria estas prescripciones morales, y, en efecto, las predicamos a menudo a los demás, a los niños, a los jóvenes, a los que nos rodean, expresamente, con palabras propias o, por lo menos, tácitamente, cuando criticamos nuestro contorno. Conocemos estas admoniciones y normas. Pero no las decimos tan a menudo cuando tendríamos que cumplirlas en nuestra vida concreta. Y cuando se nos predicán, sacamos de ellas todo menos lo que realmente nos atañe a nosotros. Oímos las exhortaciones que seguimos, para hacernos sordos a las que, tácitamente, sólo a medias seguimos. Las oímos y se las endosamos a los otros. Cuando las oímos, siempre tenemos a mano un «sí, pero...», para quitar a la palabra de Dios, a esta exhortación, su real eficacia. Si nos preguntáramos: ¿Cuándo hemos leído la Sagrada Escritura, cuándo hemos oído un sermón o leído un libro espiritual, y nos hemos dicho realmente arrepentidos y contritos: Sí, así es, y yo no lo cumplo? ¿Cuándo nos hemos dejado conmover lealmente por esta palabra del Señor, cuándo hemos capitulado realmente ante estas exhortaciones y concedido que tengan algo que decirnos? El hombre tiene realmente la inquietante facultad de desoir estas normas. Por eso pasa Dios, una y otra vez, con la semilla de su palabra, con la semilla también de estas exhortaciones, por el campo pedregoso de nuestro corazón, y la esparce con la esperanza de que algo brotará.

Todavía tenemos que decirnos otra cosa. Lo moral,

aun lo rutinariamente moral, lo burguesamente moral, la decencia y honradez, la pureza de intención, la justicia, y tantas cosas por el estilo, cuando son auténtica moralidad y no convención burguesa, son cosas inquietantemente cercanas a Dios.

El que es realmente fiel, en la más recóndita profundidad de su corazón, al mandamiento de Dios, aun en el caso que sólo se refiera a cotidianidades; el que acepta de manera absoluta este imperativo moral de la palabra de Dios, oye una voz que es la voz de Dios y no solamente la voz de la razón humana. El que realmente acepta hasta lo último el mandato de su conciencia, y lo obedece y no se forma trampantojos ni busca mil ardidés para eludirlo, ése opera eternidad en el tiempo; ahí la cotidianidad humana pasa a ser vida divina.

Naturalmente, estos preceptos morales que señalan un *cómo*, necesitan constantemente del contenido concreto, de la profesión, de lo inmediato, del trabajo, de la faena terrena; en estas cosas debe, en efecto, realizarse ese *cómo* de lo moral. No se debe cultivar lo moral como un formalismo vacío y autónomo; lo moral tiene que ser la manera como se hace lo que Dios nos ha mandado, y esto es lo inmediato, nuestro trabajo, esta vida con sus penas y gozos, la oración y Dios.

Pero, cuando todo esto se hace de la manera que Dios nos manda, todo lo terreno se torna celestial, lo temporal se hace eterno, y, sobre el campo de este tiempo, madura el fruto de la vida eterna. Por ser esto así, porque en lo pequeño se hace lo grande y en el tiempo la eternidad; porque esto sólo sucede si somos fieles a los más pequeños y acaso duros e incómodos mandamientos de Dios, y lo somos aun en los casos en que de buena gana nos los saltaríamos, de ahí es que estas

exhortaciones del evangelio y de san Pablo han sido escritas también para nosotros. No podemos contornearlas para contemplar sólo las grandes magnificencias de la revelación. Hemos de dejar que Dios nos diga quiénes y cómo debemos ser para ser realmente hijos de la luz, herederos de la eternidad, hermanos y hermanas del Hijo de Dios, que se dignó compartir nuestra vida y darnos ejemplo para que hagamos lo que Él hizo; para obedecer a los mandamientos de Dios y a las admoniciones morales, que no deben servirnos de escándalo, sino de medio para alcanzar la vida eterna.

Segundo domingo de cuaresma.

*Invitación a la acción más grande de nuestra vida**Jac 1, 17-21*

El texto de hoy está tomado del capítulo 1 de la carta de Santiago. En este capítulo podemos distinguir dos secciones mayores, en cuanto es en absoluto posible dividir en partes mayores esta carta gnómica o sapiencial de exhortaciones morales. Tras el saludo de la carta, los 18 primeros versículos son una exhortación a mantenerse firmes en la tentación. Los v. 19-27 exhortan a acreditar por las obras el evangelio recibido por la fe.

Vamos a meditar los últimos versículos de esta primera sección de la carta de Santiago, que reza así: «Todo don bueno y todo regalo cabal viene de arriba y descendiendo del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación.» Y el otro versículo: «Porque quiso nos engendró por la palabra de la verdad, a fin de que seamos primicias entre sus criaturas.»

Si queremos interpretar rectamente estos versículos, hemos de situarlos en el contexto en que Santiago nos los dice. En el v. 13 de este capítulo, con el fin de armarnos para las tentaciones y pruebas de la vida, ha insistido Santiago en que Dios no tienta a nadie. Dios, dice Santiago, no puede tentarnos para el mal, y Él no tienta a nadie, añade expresamente Santiago. Todo el que es tentado, lo es por su propia concupiscencia que lo atrae como un cebo; y de ahí se sigue el pecado.

Ahora bien, en este contexto dice que, de arriba, del Padre de la luz, sólo viene dádiva buena y don perfecto. La frase puede sonarnos a evidente en sí misma. Pero ¿qué decir si volvemos a reflexionar sobre lo que antes ha dicho Santiago de que Dios no tienta a nadie? Si leemos el antiguo y nuevo Testamento, la frase puede no resultarnos ya tan evidente. ¿No prueba Dios nuestro mismo corazón? ¿No es Él padre de todas las cosas y de todos los tiempos? ¿No lo tiene todo en su mano? ¿Cómo puede, por ende, venimos una prueba que no pase por su mano? ¿Cómo podría probar nuestro corazón, si no permitiese fuéramos tentados? Si de antemano fuera evidente que Dios no tienta a nadie, no tendríamos por qué rezar: «No nos dejes caer en la tentación.»

¿Qué quiere, pues, decir el apóstol con su dicho de que Dios no tienta a nadie, como tampoco Él mismo puede ser tentado para el mal? Es cierto que Dios sólo nos ha traído a la existencia con sus problemas y pruebas porque quiere el bien; quiere que salgamos aprobados en este examen de la vida, y recibamos su misma dádiva de la eternidad como la libre acción de nuestra misma vida. Dios no quiere lo malo y tenebroso, no intenta precipitarnos en la culpa; nos ofrece la prueba de esta vida para que nosotros mismos podamos dar el «sí» libre y magnífico a Dios, a la luz eterna. Y no puede haber dádiva más grande ni don más cabal que poder hacer eso; poder ser libremente, aunque por la gracia de Dios, creadores, por así decir, de la propia eternidad. Dios ha querido al hombre tan grande, tan soberbio y sublime que sea capaz de eso. De ahí que todo lo que de Él procede, por más que a nosotros se nos antoje tentación, es dádiva buena y regalo perfecto; en cuanto viene de Él, es luz. Por esto dice San-

tiago en este primer versículo: «De Él, que es padre de la luz, sólo procede una dádiva buena y un regalo cabal.» Dice, pues, que de nosotros depende cómo sea o resulte lo que de Él viene como luz pura de eterno amor. Nosotros somos frecuentemente los tentados, nosotros los frecuentemente incitados al mal; nosotros estamos en peligro, en expresión de Santiago, de dejarnos arrastrar de la concupiscencia, de picar en su cebo y dar a luz al pecado, que acarrea la muerte. Pero entonces — así hemos de interpretar esta conducta de Dios con el hombre que, en definitiva, permanece un misterio —, entonces hemos cambiado la pura luz en tinieblas, pues de Él solo viene dádiva buena y regalo cabal. Y ahora deberíamos examinar nuestra vida y preguntarnos si todo lo que nos acaece lo recibimos como dádiva buena y regalo cabal del Padre de la luz que, a la manera de un sol inmutable, sólo difunde luz eterna en las vacías tinieblas de lo no divino.

¿Dónde está la amargura de nuestra vida, dónde está la cruz, lo doloroso, lo enigmático, el pecado, lo duro, lo ineludible? ¿Hacemos frente a todo ello y decimos con fe en el evangelio: También esto es don bueno y dádiva perfecta del Padre de la luz? Entonces cobra peso esta sentencia de Santiago, entonces es invitación a la obra más grande de nuestra vida; entonces, naturalmente, no nos será lícito mirar lo que nos acaezca sólo en sí mismo, de suerte que pudiera ser incentivo del pecado, tentación, tinieblas e incomprensibilidad. Esta oscuridad hemos de tomarla siempre a par de quien nos la da y de la manera y con la intención con que nos la da — y sólo entonces se ilumina en dádiva buena y regalo cabal, y sólo entonces entendemos propiamente lo que quiere decir Santiago cuando seguida-

mente afirma: «Con libre querer nos engendró por la palabra de la verdad, a fin de que seamos una especie de primicias entre sus criaturas.» No se trata de una verdad cualquiera, que también se da; se trata de la verdad que de las tinieblas saca luz, hace de la cruz una dádiva buena, y de la estrechez y oscuridad de la criatura la clara e infinita anchura de Dios.

Cuando lo recibimos todo tal como viene de arriba, del Padre de la luz; cuando nos son dados ojos claros capaces de ver esa luz, entonces somos absolutamente los engendrados del Padre de la luz por la palabra de su verdad; somos los hijos de Dios que pueden interpretarlo todo a lo divino; somos los anchos y grandes, disponemos de un espacio infinito en nuestro corazón, donde todo lo ordenamos para que resulte dádiva buena y regalo cabal; y entonces — sólo entonces — somos los que Dios, creador del universo, proyectó que fuéramos: la criatura que libremente se abre a Dios, y cuya vida está abierta para la gloria de Dios; sólo entonces empezamos esta creación, tal como realmente debe ser.

En muchos aspectos de nuestra vida, esta generación de arriba por la palabra de la verdad, esta iluminación, este comienzo o primicias de la verdadera criatura de Dios está aún por venir. Ya ha comenzado, desde el momento que fuimos bautizados y creímos; pero no está aún acabado. Lo que ha empezado, sólo se acabará cuando estemos también nosotros acabados; sólo cuando todo lo hayamos recibido como don y regalo bueno de arriba, del Padre de la luz; sólo cuando nuestro andar, nuestra sombra y nuestra mudanza, por haberlas nosotros aceptado, entren en la luz eterna.

Cuarto domingo después de pascua.

Dos palabras paradójicas

Jac 1, 22-27

Los v. 22-27 del capítulo 1 de la carta de Santiago pertenecen al segundo párrafo o sección del capítulo 1, que ya antes comentamos. Es la sección en que se nos dice que practiquemos efectivamente el mensaje evangélico y no nos contentemos sólo con oirlo.

Del texto de hoy vamos a entresacar solamente dos ideas que acaso no estén muy relacionadas entre sí, pero que merecen nuestra atención.

Ya en el v. 22 dice Santiago: «Sed hacedores de la palabra, y no sólo oyentes de ella, pues de lo contrario — añade — os engañaríais a vosotros mismos.» La palabra que usa aquí el apóstol sólo ocurre otra vez en el Nuevo Testamento en Col 2, 4. Si traducimos esta palabra (*paralogizesthai*) en sus elementos, quiere decir pensar al margen de una cosa, eludirla con toda clase de razones, reflexiones, y sofismas (o paralogismos), con un arte de persuadir, como se dice en la carta a los colosenses. Santiago nos dice aquí que nos guardemos de eludir así, sofisticamente, la realidad. Si tenemos claramente ante los ojos la imagen que esa palabra encierra, ella nos dice que el hombre tiene la posibilidad de pasar de largo junto a la verdad, bien provisto de argucias, y así engañarse a sí mismo.

A decir verdad, es afirmación bien extraña esa de

que el hombre pueda engañar no sólo a los demás, sino también a sí mismo. Mirándolo desde la psicología y lógica ordenación pudiera pensarse que no se da parejo fenómeno; porque, si el engañador y el engaño son uno mismo, ¿cómo puede darse el engaño? Sin embargo, no sólo la experiencia de cada día, sino también la Sagrada Escritura, nos dicen, aquí precisamente, que ello es posible. Puede uno creer su propio antojo, y afirmar luego que se está convencido de ello y se tiene buena conciencia. Y, sin embargo, se está uno engañando a sí mismo y consigue que el engañador sea engañado.

No tratemos de penetrar más hondo en la psicología del hombre para explicarnos cómo es eso posible; contentémonos con sacar una buena lección de la palabra de Santiago, de ese paralogismo con que tratamos de eludir y dar media vuelta a la realidad. Desconfiemos de vez en cuando de nosotros mismos, desconfiemos de las muchas razones que se nos ocurren para este o el otro trance de nuestra vida cristiana, cuando tal vez intentamos no probar un trago amargo, cuando no nos enfrentamos lealmente con nuestro deber, cuando buscamos la culpa en los otros y no en nosotros mismos, cuando nos imaginamos que nos toca lo difícil y a los demás lo fácil, cuando opinamos que los demás nos echan cargas encima que no debieran echarnos. En tales casos, y mil más, estará bien que, siguiendo la exhortación del apóstol, nos preguntemos si no corremos peligro de engañarnos a nosotros mismos, de torcer culpablemente el mismo conocimiento que tenemos, y, como dice Pablo en la carta a los Romanos, no oprimamos la verdad de Dios, la verdad clara y dura, inexorable, que tal vez nos humilla y nos exige algo. «No os engañéis a vosotros mismos», nos amonesta Santiago.

La segunda palabra que hoy queremos meditar un poco está en el v. 23 de este capítulo 1. Ahí habla el apóstol, el mismo que exhorta que seamos cumplidores y no sólo oidores de la palabra; el apóstol que dice en otro párrafo de esta carta que no sólo creamos, sino que mostremos también las obras de la fe; ese apóstol habla aquí —al igual que Pablo— de la ley perfecta de la libertad y piensa que así se define realmente el cristianismo en su más profunda esencia.

¡La ley perfecta de la libertad! Palabra extraña, casi paradójica. Ley y libertad parecen destruirse mutuamente. Donde hay ley, parece haber servidumbre, y donde hay libertad no parece pueda haber ley. Por aquí comprendemos ya lo primero que nos parece decir esta palabra: que hay evidentemente un sentido de libertad que significa una libertad que nos libera atándonos, y una ley que nos libera exigiéndonos, para sacarnos de otra servidumbre en que caeríamos, y que, engañándonos a nosotros mismos, tendríamos por libertad.

Pero esta palabra nos dice además que los hombres somos aquellos extraños seres — así se nos podría casi definir — que nos percatamos de que somos finitos, y en ello advertimos que somos esclavos, atados por nuestra finitud, por nuestra finitud a lo largo de nuestra vida, en la indisponibilidad de nuestra situación, en la limitación de nuestro conocimiento, en la pobreza de nuestro corazón, en la enfermedad de nuestro cuerpo, en la exposición a la muerte, en el acotamiento por nuestro contorno. Todo esto no es sólo finito; en contraste con lo que hay entre nosotros, advertimos esa finitud, tropezamos con ella, nos sentimos cautivos, encerrados en ella. Y ahora nos viene el apóstol y nos habla de la ley perfecta de la libertad.

La palabra «perfecto» en griego viene de otra que significa «fin», término, acabamiento (la latina y española significan cosa acabada, totalmente hecha: *perfectum*). La ley perfecta sólo se da, sólo se da entera y gloriosamente, cuando nosotros mismos estamos al cabo del sufrimiento de esta finitud, cuando somos perfectos y cabales precisamente en la libertad de los hijos de Dios que se ha manifestado. Entonces estamos enteramente liberados. Pero Santiago nos dice que ya ahora hemos de vivir en esta ley perfecta de la libertad. Luego ya ahora debe dárse nos, a nosotros, los necesitados, los pobres, los confinados y finitos, los míseros de un mísero tiempo. Y sí, ya se nos ha dado, porque ya se nos ha dado el Espíritu de Dios, el Espíritu de la libertad sin límites, siquiera se nos haya dado por la fe, la esperanza y por aquella caridad, que ya no cesa. Por eso, si nos sentimos como no liberados, como encarcelados, como cansados y cargados, ello es siempre igualmente una admonición y llamada a descender más al hondón de nuestro corazón, allí donde Dios vive ya por el Espíritu Santo de infinita libertad. Ello es una exhortación a orar: Creo en la ley perfecta de la caridad, creo en la vida eterna, creo en el Dios que libera, creo en la verdad de Dios que libera, creo en el amor de Dios que es libre. Entonces, por obra de la fe, podemos llevar aún las cadenas, porque, en lo más íntimo, estamos ya liberados, y por eso sabemos que todo lo que aún nos esclaviza es pasajero, y sólo permanece para siempre la ley perfecta de la libertad.

Quinto domingo después de pascua.

Tú estás conmigo

1 Petr 2, 21-25; Ps 23

Este segundo domingo después de pascua suele llamarse el domingo del buen pastor. La razón es clara: hoy se toma el evangelio del capítulo 10 de san Juan, v. 11-16; y también en la epístola, tomada del capítulo 2 de la carta primera de san Pedro, resuena el mismo motivo, de Cristo buen pastor.

En la epístola se le llama pastor y obispo de nuestras almas y así repite Pedro una palabra que el Señor mismo dice en san Juan, donde se llama a sí mismo el buen pastor.

La imagen misma está tomada del Antiguo Testamento. En la antigüedad se llamaba, por lo general, pastores a los príncipes y guías de los pueblos. Con esta imagen que para los hombres de entonces era de evidencia inmediata, veían al que va delante de su rebaño, lo apacienta y rige, lo defiende y cuida. Y el hombre de entonces se sentía como guiado y conducido, como protegido a par por una sabiduría y poder superior. No percibía en esta imagen nada humillante, pues se sentía bajo una guardia buena y fiel, y así, en el Antiguo Testamento, en los salmos y en otras partes, podía darse a Dios el nombre de pastor, pues Él era conductor y guía de su pueblo, su creador y señor, su fiel proveedor, que lo amaba y poderosamente lo regía.

Y así Jesús, que viene del Padre y es la presencia misma del pastor divino, se llama también a sí mismo el buen pastor. Así alude a la palabra del Antiguo Testamento y por eso, si queremos esclarecer un tanto más lo que trae la epístola de hoy lo que Jesús mismo dice en san Juan, podemos y debemos retroceder al Antiguo Testamento y leer juntamente con epístola y evangelio el salmo 22 (23), que es el salmo — muy bello — del Dios pastor.

Todos conocéis este salmo, y, sin embargo, vale la pena leerlo repetidamente. Allí se dice: «El Señor es mi pastor.» El Señor, Yahveh, el que celebró la alianza con este pueblo de dura cerviz, y en este pueblo pensaba finalmente en nosotros, pues tenía ante los ojos la eterna alianza, que nos atañe, en la que hemos entrado ya los que hemos sido llamados; el Señor que se nos acercó por Jesucristo, es el pastor por toda la eternidad, aquel a quien, como dice la epístola de hoy, tenemos que volvernos continuamente.

Y el salmista prosigue: «Nada me faltará.» Decidme: ¿sentimos nosotros a Dios, el eterno e incomprendible, de suerte que podamos decir: Él es mi pastor, en quien puedo confiar, al que pertenezco, cuya conducción siento en mi vida, a cuya providencia estoy sometido, Él está cerca de mí, me apacienta y rige? ¿Podemos decir: Nada me faltará?

¿No nos sentimos, al contrario, como tremendamente menesterosos, como necesitados de tantas cosas? El salmista, empero, confiesa aquí a Dios: Tú eres mi pastor, nada me falta. Y se lo dice audaz y animosamente; se lo dice, en cierto modo, contra la experiencia inmediata de su vida, y se lo dice porque es verdad, que trasciende nuestro sentir, que Dios es nuestro pastor y, por

ello, nada nos falta. Por eso prosigue y describe su vida con colores lúcidos, aparentemente muy audaces y optimistas:

«Hácame recostar en verdes pastos,
 condúceme a las aguas de descanso;
 refrigera mi alma,
 por senderos derechos me conduce
 por amor de su nombre.»

¡Dios mío! ¿Podemos nosotros rezar esto, sentimos nosotros así nuestra vida, como quien descansa en los lugares de reposo de Dios, nos sentimos refrigerados en nuestra alma, nos sentimos guiados por sendas rectas, sentimos que Dios hace todo eso y debe hacerlo por su nombre, porque su nombre es el bueno, el eterno, el Dios de toda consolación, el omnipotente, el pastor del mundo, el que recoge la realidad dispersa, que debe ser recogida, porque su nombre es: mi pastor? Por eso, dice el salmista, es precisamente así; por su nombre tiene que acaecer en mi vida que haya verdes campiñas donde podamos acampar, tener descanso, sentirnos refrigerados y ser guiados por la senda recta.

¿No es el salmista un excesivamente optimista cuando se imagina algo así? ¡No!, pues prosigue: «Aun andando por barranco tenebroso...» Sabe, pues, muy bien de qué se trata, cuando se mide la vida humana con criterio humano, por experiencia humana. Camina por oscuro barranco. Parece como si no hubiera salida. Esta senda que acaba de llamar recta, por la que Dios lo ha llevado como pastor, es un barranco tenebroso, que parece conducir a oscuridad cada vez más densa. Pero el salmista prosigue así:

«Aun andando por barranco tenebroso,
 no temo mal alguno, pues estás tú conmigo.»

El buen pastor lleva a su rebaño por caminos que parecen tenebrosos. Pero está con nosotros, aun cuando creemos estar entre tinieblas y sombras de muerte, y no entre verdes pastos. Tú estás conmigo. El salmista sabe que, en este camino, es asaltado, como ovejuela descarriada, por los lobos de la existencia, por los buitres hambrientos que giran sobre esta tierra, que parece ser montón de cadáveres; y por eso conoce a su pastor, en quien confía, pues va armado de vara y cayado, para defender a su rebaño de los enemigos, y llevarlo, a la fuerza, si fuere menester, por entre todos los desfiladeros. De ahí que diga:

«Tu vara y tu cayado me consuelan.»

¿Podemos rezar nosotros este salmo del buen pastor? Podemos, ciertamente; pues si caminamos por oscuro barranco, no hay más salvación que decirnos que Él está con nosotros, y por ello no tenemos mal alguno; pues lo que nos rodea y oprime, lo que nos cansa y desespera no es, en el fondo, mal alguno, sino el camino de la salud; «porque tú estás conmigo, y tu vara y cayado me consuelan.»

Luego continúa el salmista con una imagen algo distinta, que hace del buen pastor, un solícito padre de familia:

«Prepárame una mesa
 a vista de mis propios opresores
 úngeme con aceite mi cabeza,

Segundo domingo después de pascua

mi copa es rebosante.

Siguiéndome vendrán clemencia y gracia
todos los días de mi vida...»

Siempre habitamos la casa del Señor; nos sentamos a su mesa, y la copa de la existencia no está llena de amargura, sino que rebosa de consuelo y bendición, aun cuando parezca de todo en todo lo contrario. Dicha y gracia, dicha divina y gracia eterna, nos seguirán la vida entera; así ora el salmista, así le dice a Dios que es el buen pastor en nuestro Señor Jesucristo, pastor y guardián de nuestras almas; Él, que anduvo con nosotros por entre las tinieblas de la existencia, camino del Calvario y de la cruz. Por eso es Él el buen pastor, que dio la vida por sus ovejas, para que creamos que, verdaderamente, Dios es el pastor de nuestra vida.

¿No diremos una vez más, como nuestro credo, como la verdadera experiencia de nuestra vida: «El Señor me apacienta, no me falta nada»?

Segundo domingo después de pascua.

Si tú lo aguantas, también yo lo aguantaré

1 Petr 3, 8-15

Si tomamos este texto tal como está, por decirlo así, arrancado de la carta primera de san Pedro, veremos claramente en él tres partes: una primera exhortación a la paz y al amor al prójimo; luego, en un segundo párrafo, para reforzar y confirmar esa exhortación, se toma una cita bastante larga del salmo 33 (34); finalmente, como tercera parte, una exhortación a mirar los sufrimientos, que alcanzan también a los justos, como participación en el destino de Cristo.

La primera palabra de este primer párrafo que vamos a considerar y suena como primera nota en esta exhortación a la concordia y paz, es ésta: «Estad todos unánimes.» Es notable que ni en los códices griegos ni en la versión latina de la Iglesia se halla más que «estad unánimes». Pero en el texto, tal como se halla en la liturgia de la misa, se dice: «Estad unánimes en la oración.» Así pues, esta concordia y unanimidad se explica aquí más precisamente; hemos de estar unánimes en la oración. Indudablemente, la carta misma de Pedro quiere decir el espíritu de concordia y paz de los hombres entre sí; pero, siguiendo la indicación de la liturgia, podemos ver nosotros esta unanimidad en cuanto debe expresarse y realizarse en la oración.

He ahí una idea que no es evidente. Y sabemos

muy bien que una y otra vez se nos hace difícil de comprender. Somos diversos, tenemos a nuestras espaldas una vida distinta cada uno, somos de distinto temperamento, de distinta alcurnia, tenemos disposiciones y tareas distintas. No es, pues, de maravillar se nos haga difícil tener un mismo sentir y espíritu. No nos entendemos, tenemos intenciones diferentes. Y tal vez por esta diferencia del hombre entero nos molestamos, aun sin saberlo, unos a otros, somos mutua carga con lo que somos, pensamos, y hacemos; con lo que sentimos, sobre todo. La concordia, la inteligencia, ser de un mismo sentir se nos hace difícil. Y, sin embargo, sólo podemos soportarnos, convivir, llevar unos las cargas de los otros, si nos esforzamos constantemente por tener, en lo que cabe, un mismo sentir; si nos contentamos, si sabemos callar, si dejamos al otro su razón y su carácter, si no juzgamos precipitadamente, si somos pacientes. Entonces, en lo que cabe, tendremos un mismo sentir. No tal vez en una atmósfera y ola inmediata de simpatía, de inteligencia evidente; sí, por lo menos, un mismo sentir en la paciencia cristiana, por la que cada uno lleva el peso del otro, que es el otro mismo, sabiendo que también los otros tienen que llevar y conllevar el nuestro y a nosotros.

Ahora bien, la liturgia nos dice que tengamos un sólo sentir en la oración, que metamos por de pronto en la oración la amargura de la discordia, de la falta de inteligencia: «¡Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores!» Esto es ya una oración por la concordia, un hacerse unánimes en la oración, en que el hombre sabe precisamente, tal como se dice en el evangelio de hoy, que tiene que vivir en paz con su hermano antes de ofrecer sobre el altar su

don a Dios, así fuera el don mismo de la oración. Pero no debemos orar sólo por la concordia y tratar de llevar a la oración un corazón pacífico, paciente y unánime, sino meter también a nuestro prójimo en la oración, y así realizar propiamente, orando, esta unidad. Y es así que, con frecuencia, no tenemos un mismo sentir precisamente porque estamos tan distantes unos de otros por la diversidad de nuestra propia realidad personal. ¿Cómo, pues, podemos hacernos unos?

Sólo en el Dios que nos ha creado a todos tal como somos, y tal como somos nos soporta; sólo en el Dios que es un fin único para todos los hombres y cosas por distintos que sean; sólo en el Dios en que todos vivimos, nos movemos y somos, sólo en Él, puede darse tal unidad.

Y sólo estamos ahí cuando oramos. ¿Y no podríamos intentar una vez de meter con nosotros en Dios a este otro que tan horriblemente nos crispa los nervios, que tan tonto se nos antoja con todo lo que tiene y es, que tan injusto parece ser con nosotros, tan cerril, tan sin corazón ni amor? ¿No podríamos decir alguna vez a Dios: Mira, ahí está el otro, con quien yo no me entiendo; tuyo es, tú lo has creado; si no lo has querido así, por lo menos lo has dejado tal como es; mira, Dios mío, si tú lo aguantas, también yo lo quiero aguantar, como tú me aguantas a mí. ¿No se tornaría entonces nuestro corazón más libre, más sereno y paciente?

Y, a la inversa: Si supiéramos que el otro ruega de verdad por nosotros; si supiéramos que no sólo lo dice en la jerga cristiana, en la que todos decimos que rogamos por todos; si supiéramos que el otro se presenta ante la majestad divina del Dios eterno, y osa hablar con este Dios, y lo invoca y se atreve a decirle con toda

la fuerza de su corazón, con aquella audacia que sólo puede tenerse por Jesucristo: «Mi Dios, mi Señor, mi redentor, mi misericordia, mi eternidad, mi amor»; si se atreve además a meterme en su oración y lo hace realmente y me encomienda a su Dios, ¿no habrá sucedido algo verdaderamente enorme, algo indecible? ¿Podría yo entonces guardar resentimiento para el otro, cuando en su más íntimo santuario ha dicho a su Dios en favor mío su palabra de amor con amor y paciencia?

Ahora pienso que tiene algún sentido ser unánimes y concordés, tener un sólo sentir en la oración. Sólo cuando más y más seamos así, seremos dignos del reino de Dios, pues este reino es el reino eterno de los eternos distintos, que por amor del Dios uno se hacen unos por toda la eternidad.

Quinto domingo después de pentecostés.

¿Ser sobrios y, no obstante, amar?

1 Petr 4, 7-11

Si a lo que trae la epístola de hoy añadimos un breve trozo anterior de la carta de Pedro y otra breve frase al final, tenemos aquí realmente, aun según el sentido mismo de la carta, una perícopa completa. Ésta comienza con la frase: «El fin de todas las cosas está cerca.» Y termina con estas palabras: «¡A Él la gloria y el poder por todos los siglos! Amén.»

Meditemos unos momentos este texto en su propia sucesión u orden. Desde el capítulo 3 comienza Pedro a presentar motivos varios para una vida cristiana, a la que invitó en los capítulos precedentes. Así apunta al ejemplo del Señor crucificado; habla de nuestra muerte en Cristo y recuerda —con lo que empieza nuestro fragmento— la idea del juicio: el término de todas las cosas está cerca.

Esto es válido siempre; es válido aun cuando la historia universal dure aún por mucho tiempo. Y es así que nuestra vida, nuestra corta y finita vida, linda realmente con el Dios eterno. Nuestra vida es temporal, tiende a un fin, y la distancia entre lo que ahora es y el fin es realmente breve: El término está cerca. Sólo vivimos una vez e irrevocablemente; no sabemos el plazo que se nos ha dado. No sabemos si somos jóvenes o viejos. Tenemos que desviar la mirada de nuestra corta

vida, pues decretado está, como dice la carta a los hebreos, que los hombres muramos una sola vez, y después de la muerte el juicio. De estas ideas saca ahora Pedro dos instrucciones, dos imperativos para nuestra vida: Seamos prudentes y amemos a nuestro prójimo.

Podría pensarse que sólo la primera idea pega con el hecho del próximo término de todas las cosas. Cuando se sabe que todo va a acabar pronto, se comprende que sea uno sobrio; entonces, todo lo que en este mundo se vive, se hace o se sufre, todo lo de que se goza, todo lo que nos ocupa y ajetrea, no se torna insignificante y fútil, no minúsculo y ridículo; todo lo contrario, se torna importante y grande; adquiere significación y peso, precisamente porque se vive una sola vez, y el espacio y trecho que vivimos de la existencia es corto; pero todo se torna, eso sí, relativo, es decir, literalmente traducido, referido al fin, a la eternidad, al juicio, a lo definitivo de nuestra existencia. Entonces se es sobrio; porque, como dice la *Imitación de Cristo*, el que mira y gusta las cosas como son, es a par sobrio y vigilante, y ése — prosigue Pedro — puede también orar. Porque ¿cuándo se puede orar? Cuando se mira a Dios, cuando se aprende y percibe la seriedad y peso de nuestra vida, cuando se sabe que todo lo que somos, tenemos y vivimos, camina con inquietante seguridad hacia Dios y su juicio, entonces la vida, el corazón, las penas y alegrías se dirigen hacia Dios, entonces se ora.

Más extraño es ya que con esta idea del término y fin de todas las cosas, junte también el apóstol esta otra exhortación: «Fomentad sobre todo la íntima caridad de unos con otros.» Y, sin embargo, sólo puede amar realmente el hombre que está libre de sí mismo, y libre de sí mismo sólo lo está el que ha anclado en

Dios su existencia, sus sentimientos, su vida entera; sólo entonces tiene un punto de apoyo que está fuera de sí mismo; sólo entonces puede verdaderamente amar, y aquí es de todo punto verdad que los que de verdad aman a su prójimo, aman, aun sin saberlo, también a Dios. Pero, en todo caso, el que dirige a Dios la gran bóveda de su existencia, y lo sabe y quiere, ése está íntimamente libre de sí mismo y puede amar a su prójimo. «Sobre todo, pues — dice Pedro —, tened íntima caridad unos con otros.» Y ahora añade una palabra, palabra de consuelo, que ya entonces corría como proverbio por la antigua cristiandad y que Pedro no acuñó aquí seguramente por vez primera; la palabra se apoya en el Antiguo Testamento, ocurre ya en Santiago y se halla también de la misma forma en la antigua literatura cristiana. Hela aquí: «Porque la caridad cubre muchedumbre de pecados.» Si nos sentimos pecadores, si sentimos, como dice Santiago, que faltamos en muchas cosas y que caemos diariamente, digamos como consuelo: ¡La caridad tapa muchedumbre de pecados! Casi podríamos pensar que la Escritura es ahí muy laxa e inexacta; pero ella nos lo dice y está bien que se lo dejemos decir a la palabra de Dios.

Se nos dice además: «Sed hospitalarios unos con otros sin murmuración.» Esto era en la situación de entonces una exhortación muy importante y concreta; algo que tal vez entre nosotros, con tanta abundancia de casas de huéspedes, no parece tener tanta importancia. Y, sin embargo, tal vez ahora viven los hombres más solitarios que nunca; acaso la capacidad de contacto, como se dice, ha desaparecido entre nosotros hoy más que nunca. Deberíamos, por lo menos, buscar espiritualmente al vecino y albergarlo espiritualmente con

nosotros, compartir sus solicitudes, sus fatigas, sus alegrías, en el espacio de nuestro hombre interior; entonces se sentirá también más ligero en nuestra mesa y casa, y tendrá la impresión de que, por el amor de Cristo, tiene en ella un hogar y una patria.

Luego mira Pedro, como si dijéramos, de soslayo, y ve a los hombres particulares en su variedad y les dice — y ello es, en el fondo, un consuelo también para nosotros — que cada uno ame a su prójimo con los dones que tiene. No todos tienen todos los dones o carismas y, por tanto, no todos pueden servir en todo a todos. ¡Tampoco es menester! Seguramente no podemos servir a muchos tal como lo necesitan; para ello tiene Dios seguramente destinado a otro. Debemos — y ello es consuelo y exhortación a par para nosotros — servir al prójimo con los dones precisamente que tenemos, tal vez mínimos, tal vez raros. ¡Servíos unos a otros según el carisma que cada uno hubiere recibido! Dios no nos pide a menudo ni siquiera lo que nos imaginamos exigirnos en el servicio del prójimo; sí nos dice, empero, verdadera y rigurosamente, que explotemos el don que nos ha dado.

Preguntémonos ahora: ¿Qué dones, qué talentos tenemos y, como el criado perezoso del evangelio, los soterramos, sin provecho para los demás, porque somos egoístas, comodones, amigos sobre todas las cosas de nuestro descanso; en suma, porque no queremos servir como nos manda el apóstol? El apóstol aplica una vez más estas ideas. Tal vez piense en los presbíteros y diáconos de la Iglesia cuando dice: El que tenga el don de la palabra, hable; pero hable la palabra de Dios y no sus propias ocurrencias, no para pronunciar doctos discursos, sino para predicar la palabra de Dios. Y, pen-

sando acaso en el ministerio de los diáconos, prosigue: «El que tenga un ministerio, administre por la virtud que Dios le concede.» Como quiera que sea, oigamos nosotros nuestro deber y, seguidamente, oigamos también, para nuestro consuelo, que no tenemos que hacer nada que no podamos, aunque sean miles y miles las necesidades de nuestro prójimo. El talento, empero, el don o carisma que poseemos, ése sí que debemos explotarlo por la virtud o fuerza de Dios, por su mandato, por su gracia, mirando a Él; explotarlo realmente para servir a nuestro prójimo, y tener así un amor intenso y poder subsistir y resistir cuando llegue el término y fin de todas las cosas.

Y, consecuentemente, Pedro acaba este párrafo: «Para que en todo sea glorificado Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.» El lema o divisa de los benedictinos está tomado de esta carta: *Ut in omnibus honorificetur Deus*. También podríamos tomarlo por lema de nuestra vida: Que en todo lo que vivimos, pensamos, hacemos, sufrimos y morimos, sea Dios glorificado, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que vive en nosotros, que nos ha dado su fuerza, con quien debemos vivir y morir, para que también por nosotros se dé la glorificación de Hijo ante el Padre.

Pedro termina: «¡A Él sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén.» Esto es también el final de todo lo que Pedro nos quiere hoy decir: Al solo bienaventurado, al Dios grande y eterno de nuestra vida, sean la gloria y el poder por toda la eternidad en Cristo nuestro Señor y en la virtud del Espíritu Santo, que se ha derramado en nosotros.

Domingo después de la ascensión.

*¿Por qué se nos aborrece?**1 Joh 3, 13-18*

En el capítulo 3 de la primera carta de san Juan, señaladamente en la primera parte, se habla de la caridad fraterna. De ese contexto está tomado el texto de hoy, del que sólo vamos a meditar unos momentos el v. 13.

Dice, pues: «No os maravilléis de que el mundo os aborrezca.» Si miramos el contexto en que están estas palabras y por el que debemos desde luego entenderlas, podemos parafrasearlas así: «Nosotros — dice Juan —, hemos de amar a nuestro prójimo; no podemos ser como Caín, que venía del maligno y mató a su hermano; nosotros no podemos ser de los que odian, porque no pueden sufrir el bien.» Y en este contexto dice: «No os maravilléis de que el mundo os aborrezca.» Acaece, según Juan, que el amor, la bondad, la santidad, la justicia provocan odio, y, por ser así, porque lo de maravillar para nosotros es cosa natural para el apóstol, dice: «No os maravilléis de que el mundo os aborrezca.» El apóstol da por supuesto que los cristianos hacen obras de justicia, como las hizo Abel. En resumen, Juan piensa que la bondad, lo recto provoca el odio, la inquina y repulsión de lo no recto, pues éste no puede soportar haya nada fuera de él; quiere verse confirmado en el otro, y se ve tachado, convicto y desautorizado cuan-

do aparece alguien cuyas obras son rectas y buenas; alguien que es tan bueno que llega hasta amar al malo. Y por eso en la bondad se enciende la maldad, en el amor el odio, y en la justicia sobre todo la injusticia. Ésta sale a la luz y se delata a sí misma, porque no puede soportar el bien.

Ahora bien, Juan piensa que eso nos ha de pasar a nosotros, y nos previene y avisa que no nos maravillamos del caso. La exhortación a no maravillarnos muestra, naturalmente, que nuestro corazón tiene en cierto modo que fortificarse respecto de esta inquietante experiencia de que el bien puede provocar el mal en este mundo, que está precisamente dividido y vive en la prueba; en este mundo en que se pregunta al hombre si quiere ser bueno o malo, amar o aborrecer, ser justo o inicuo. Pero yo pienso que tenemos otro motivo totalmente distinto para admirarnos de esta palabra de la Escritura. ¡Seamos sinceros y serenos! ¿Podemos decir que nos aborrece el mundo? ¿Se nos persigue por causa de nuestro cristianismo? ¿Sufrimos violencia y persecución porque seguimos nuestra conciencia? ¿Podemos decir que no somos de este mundo y por eso percibimos palpablemente el odio de este mundo? ¿No tendremos que decir que, mirado honrada y lealmente, todo nos va naturalmente mucho mejor que al resto de los mortales, y tenemos que aguantar esto y lo otro en nuestra vida, contrariedades, trabajos, postergaciones tal vez y calamidades por el estilo? Pero ¿podemos decir con verdad que el mundo nos odia porque somos justos, porque amamos, y amamos a los mismos que nos aborrecen?

Pero, si no lo podemos decir, ¿somos los que debiéramos ser, aquellos de quienes Juan piensa que es natu-

ral que el mundo los aborrezca, tan natural que no deben maravillarse del caso? Cuando leemos esas palabras tenemos que espantarnos y admirarnos, porque nos va demasiado bien aquí, en nuestra patria, y en la situación de que gozamos; y es el caso de preguntarnos si somos los cristianos que debiéramos ser. Ahora bien, aquí aparece un criterio de un verdadero cristianismo; medido por él lo que somos, tal vez no nos fuera fácil dar buen recaudo de nosotros ante Dios y nuestra conciencia. Si de todo en todo estuviéramos del lado de nuestra conciencia; si de todo en todo y sin ambages estuviéramos del lado del evangelio; si no lleváramos en nosotros mismos ese mundo que odia y es injusto y no le diéramos tanta cabida en nuestra vida, probablemente tendríamos que experimentar más repulsa, tendría que percibirse más claramente que somos distintos de los hijos de este mundo. A la verdad, corremos peligro de aplicar falsamente este criterio que nos puede obligar a mirar seriamente nuestro cristianismo. Hay cristianos que se imaginan estar en contradicción con el mundo, y son en realidad gentes rancias y reaccionarias; hay cristianos que sufren la contradicción de los que no son cristianos, y la sufren mercedamente; pues, en el fondo, pareja contradicción no se dirige contra lo verdaderamente cristiano, sino contra lo que haya de anticristiano en nosotros. Aquella contradicción viene de que damos escándalo a los no cristianos y no somos lo que debiéramos ser realmente; de ahí que, por desgracia, nos confundan a nosotros con el cristianismo y piensen que deben rechazarlo porque están, con razón, descontentos de nosotros.

En tales casos no podemos decir: «No os maravilléis de que el mundo os aborrezca.» Sí, tendríamos que ma-

ravillarnos, no de los otros, sino de nosotros mismos. Pero este hecho no nos da tampoco derecho a tenerlo todo en la Iglesia, en la práctica eclesial, en el cristianismo en general por falso, por insuficiente, reaccionario y no bastante moderno, por el mero hecho de que no halla el aplauso del mundo, pues aquí se nos dice: «No os maravilléis de que el mundo os aborrezca.» Ni tampoco os maravilléis de que este odio, esta íntima repulsa a lo santo, a lo divino, a lo cristiano y eclesial se disimule con la afirmación de que sólo se repudia lo rancio, lo reaccionario, lo mohoso; sólo lo primitivo y cosas de ayer. Tampoco entonces podemos maravillarnos del odio del mundo, y hasta ese odio disimulado puede ser un verdadero odio que no haga sino confirmarnos en nuestro cristianismo.

Así, esta palabra nos pone realmente ante una situación extraña. No podemos maravillarnos de la contradicción del mundo; debemos maravillarnos de que sea tan escasa, siquiera no nos sea lícito provocarla por nada que no sea puro y genuino cristianismo del amor, de la verdad y de la fidelidad a la conciencia. Así pues, sobre nosotros mismos y sobre el mundo tenemos que practicar constantemente el discernimiento de espíritu de lo cristiano y de lo no cristiano. Discernimiento difícil, que requiere luz de Dios; requiere una fidelidad y lucidez de conciencia, que es crítica frente a sí mismo y puede serlo frente al mundo. Es difícil, pero es un gran tema.

Frecuentemente tendremos que preguntarnos si no somos demasiado como los demás y nos vamos al hilo de la gente; si, como alguna vez dice Pablo, no nos hemos configurado con este mundo. Frecuentemente habremos de preguntarnos si no nos engañamos a nosotros

mismos por medio del cristianismo, y damos escándalo a quienes no son cristianos, pero tal vez buscan un cristianismo verdadero, porque nos damos por cristianos y no lo somos.

Denos Dios su gracia de aguantar valiente y serenamente el verdadero odio del mundo por la íntima fidelidad a nuestro propio auténtico cristianismo. Dé Dios a la Iglesia de hoy, a su autoridad y a cada uno de nosotros la gracia de no desacreditar, en nuestra propia vida, culpablemente, el cristianismo a los ojos del mundo.

Segundo domingo después de pentecostés.

Apoc 7, 2-12

Bien sabido es lo difícil que es entender el Apocalipsis de san Juan. Sin embargo, mucha de esta oscuridad es sólo aparente. En efecto, si comprendemos cómo se habla aquí, distinguimos fácilmente entre el signo y la cosa significada. El vidente del Apocalipsis mira a su tiempo, a su existencia cristiana, e, iluminado por el Espíritu de Dios, mira, desde su experiencia cristiana, al futuro y aquí mira hasta el fin. Mira su actualidad, el futuro de la cristiandad y el término universal, como si dijéramos en una sola perspectiva. No es un reportero que relate un acontecimiento tras otro tal como tienen que suceder, de modo que luego podamos aplicar las cosas narradas a acontecimientos históricos, perfectamente determinados, del futuro. No, Juan ve, en grandes cuadros, propiamente siempre lo mismo, una sola y misma cosa, la lucha decisiva que atraviesa toda la historia universal y acaba en el eterno triunfo de Dios, cuando se inicie el reino eterno y Dios haya vencido por su Cristo, y recogido en su eterna gloria lo que hubo en el tiempo. Y sólo esto se dice realmente una y otra vez.

Después que el vidente, en siete misivas a las iglesias de Asia Menor que ocupan los primeros capítulos, ha exhortado, prevenido y alentado a estas iglesias, viene

ahora una primera sección, el primer gran cuadro: El vidente ve al Dios eterno y ve que lleva un libro sellado, el libro de los siete sellos. Es el libro de la historia universal, el libro de la creación y del tiempo. Y en este libro está escrito lo que es propiamente historia del mundo, del bien y del mal. Nadie puede desatar los sellos de este libro, fuera del cordero que fue sacrificado, fuera del crucificado, que es hijo de Dios, el sentido de la historia, que entró en esta historia misma y escribió y conllevó lo que aconteció en ella, como crucificado y resucitado. Y, cuando se pregunta, ¿quién puede desatar los sellos de este libro?, y no se halle a nadie, y el vidente llora conmovido porque nadie sabe lo que significa todo lo que vivimos y experimentamos; oye una voz: No llores, porque el cordero, que fue sacrificado, el vencedor, puede desatar los siete sellos de la historia universal, que nadie sino Dios puede escribir; Él, solución única de esta misma historia. Y ahora, siempre dentro de este cuadro grandioso, se van desatando uno tras otro los siete sellos, y una y otra vez aparece toda la historia universal en una perspectiva de principio a fin, con sus plagas y catástrofes y con aquel magno silencio que se inicia al llegar el fin.

En este cuadro ve ahora también el vidente el registro o inscripción de los escogidos. Y los ve también en doble visión: en la visión de las doce tribus, que son también, en el fondo, mera imagen de toda la humanidad, pues se trata, a la postre, del Israel espiritual, de la humanidad entera que ha sido llamada a la gloria de Dios; y ve también la turbamulta que nadie puede contar de todas las tribus y pueblos y lenguas. Propiamente las ve ya tal como han atravesado por esta historia, y entonan la eterna alabanza del Dios santo a

una con todo el resto de las criaturas espirituales, para que al Dios eterno sea la gloria por toda la eternidad. Ve a los marcados, y los ve como tales, antes ya de que comience propiamente la historia del mundo con sus plagas. Son los llamados, los escogidos por el designio de Dios. Este designio es lo primero, y todo lo otro, la historia universal entera, lo sigue, se armoniza con él y se destina a la gloria de Dios.

El vidente ve que esta marcación o sigilación se hace por medio del ángel de Dios: De todas las naciones, pueblos, tribus y lenguas, de todos los pueblos de la historia universal reúne Dios a los que ama. No se habla aquí de que Dios deseche a alguno. Sólo se dice que de todas partes llama y escoge, marca y sella como suyo lo que lleva a perfección, salva y custodia a lo largo de toda la historia. Y si se dice que son muchos, incontables, una turbamulta que nadie puede contar, podemos confiar que también nosotros estamos ahí, y lo que de modo aparentemente tan general se dice aquí, se dice muy en particular de nosotros, de ti y de mí. Confiamos que pertenecemos a los marcados y sellados, que llevamos sobre nuestra frente el signo del Dios eterno; así, cada uno, a través de nuestra propia historia, vamos caminando como ya marcados; y, si pudiéramos penetrarlo también todo hasta el fin, nos veríamos ya allí ante el trono de Dios y del Cordero y podríamos oír ya el himno de loa que un día entonaremos.

Así hemos de leer el texto de hoy. Leámoslo para nosotros, para cada uno de nosotros y para los que amamos; para los difuntos que están vivos y para los vivos que serán un día difuntos; para los lejanos y próximos; para los que están con nosotros en Cristo y para los que puede Dios hacer que logren de otro modo

su misericordia. Leámoslo para todos, pues a todos da Dios su gracia para que puedan ser señalados. Aunque con harta frecuencia podamos temer por nuestra salvación, no tenemos derecho a exceptuar a nadie de la esperanza de la vida eterna. Así podemos y aun debemos — pues se nos manda esperar — leer el texto de hoy para todos, para nosotros y para todos los demás. Luego buscamos a los que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ahora el sueño de la paz, y creemos que también ellos son de los marcados; y pensamos en los que aún peregrinan con nosotros, una jornada adelante, a nuestro lado, o un poco detrás; pronto desaparecerán estas diferencias; todos somos peregrinos de la eternidad. A todos llama Dios y de todos confiamos que son de los señalados.

Tal es la visión del vidente, que penetra con su mirada la historia de la humanidad en general y la de nuestra vida en particular. Leamos esta visión llevando a esa lectura de la palabra de Dios nuestra experiencia de la historia, la experiencia alegre y la espantosa, la experiencia de la muerte y del dolor, la experiencia de la pobreza y miseria de la vida humana, y la experiencia también de su grandeza. Oigamos el llorar y el reír, las palabras profundas de la humanidad y las superficiales, que en un irrestañable hablar, decir y charlar se van repitiendo por siglos y siglos, milenios y milenios. Y si algo de esto ha llegado a nuestro corazón, si algo de toda la historia universal nos ha herido o alegrado, leamos lo que se escribe hoy, en la festividad de todos los santos, para nosotros y para todos, antes de que Dios echara a andar, por decirlo así, a las potencias de esta historia universal, los ángeles, para que hicieran su obra, su obra incomprensible, aparentemente

sin sentido. Antes de mirar a este libro de los siete sellos, que es la historia universal, oigamos que Dios ha marcado con el signo de su amor infinito a los que llama a esta historia.

Entonces puede resistirse esta historia. Es oscura y pudiera decirse que Dios debe casi respondernos más, de lo que nosotros debemos responderle a Él, pues Él es Dios y es, en efecto, responsable de nuestra propia vida. Pero ya nos ha dicho — ¿y qué otra respuesta pudiera darnos en el tiempo, en la oscuridad, en lo inacabado? —, ya nos ha dicho que nos ha marcado con el signo de su eterno amor, y que no nos manda por ningún camino que no pueda desembocar en Él, ni nos mete y entromete en ninguna historia, que no pueda hallar desenlace bienhadado en Él, ni llama a nadie a la existencia, a quien no haya llamado y marcado con su eterno amor.

El día de todos los santos y ánimas saludamos a los que saben que fueron marcados y llamados, y levantamos con fe y esperanza los ojos a nuestro propio fin bienaventurado.

Fiesta de todos los santos.

ÍNDICE DE FESTIVIDADES

	<u>Págs.</u>
Tercer domingo de adviento	68, 145
Cuarto domingo de adviento	118
Primer domingo después de epifanía, fiesta de la Sagrada Familia	157
Segundo domingo después de epifanía	101
Tercer domingo después de epifanía	17, 104
Cuarto domingo de epifanía	108, 113
Quinto domingo después de epifanía	151, 161
Sexto domingo (repuesto) después de epifanía	165
Domingo de septuagésima	22, 123
Domingo de sexagésima	43
Domingo de quincuagésima	65, 128
Primer domingo de cuaresma	13, 132
Segundo domingo de cuaresma	170
Tercer domingo de cuaresma	47
Cuarto domingo de cuaresma	71, 136
Domingo de pasión	75
Segundo domingo después de pascua	184
Cuarto domingo después de pascua	79, 84, 176
Quinto domingo después de pascua	88, 180
Domingo después de la ascensión	193
Segundo domingo después de pentecostés	52, 56, 198
Cuarto domingo después de pentecostés	40, 96
Quinto domingo después de pentecostés	189

Índice de festividades

	<u>Págs.</u>
Sexto domingo después de pentecostés	32
Octavo domingo después de pentecostés	61
Domingo 22 después de pentecostés	140
Último domingo después de pentecostés	27
Fiesta de san José	9
Fiesta de san Juan Bautista	36
Fiesta de Cristo Rey	92
Fiesta de todos los santos	203

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
A nosotros no se nos aparece ningún ángel	9
Mt 1, 18-21	
Se puso al lado del débil	13
Mt 4, 1-11	
Doblemente humillado	17
Mt 8, 1-13	
El denario somos nosotros... y Dios	22
Mt 20, 1-16	
El cristiano y lo inevitable	27
Mt 24, 15-53	
El Verbo eterno del padre como comensal	32
Mc 8, 1-9	
Ha nacido un hombre	36
Lc 1, 57-68	
El amor ve al mundo como una gran parábola	40
Lc 5, 1-11	
¿Qué poder tiene la semilla de Dios?	43
Lc 8, 4-15	
El cristiano entre lo diabólico y la cultura	47
Lc 11, 14-18	
No necesitamos buscar lejos	52
Lc 14, 16-24; Ioh 6, 53-56	

	<u>Págs.</u>
Algo inquietante hay en el reino de Dios	56
Lc 14, 16-24	
Sacar provecho de toda coyuntura	61
Lc 16, 1-9	
Una lucecita en la noche infinita	65
Lc 18, 31-43	
Una voz en el desierto	68
Ioh 1, 19-28	
La multiplicación de panes que realiza la técnica	71
Ioh 6, 1-15	
Inclusos en el día eterno del Hijo	75
Ioh 8, 46-59	
No hay en el mundo un vacío	79
Ioh 16, 5-14	
El espíritu de la verdad acusa al mundo	84
Ioh 16, 5-14	
Dios en ti desea a Dios para ti	88
Ioh 16, 23-30	
Ahí está la verdad	92
Ioh 18, 33-37	
La creación está concebida para que se ajuste a nosotros	96
Rom 8, 18-23	
El lugar en que reconocemos la oportunidad de nuestra vida	101
Rom 12, 6-16	
Dios nos soporta con alegría	104
Rom 12, 16-21	
Lo que no podemos dejar de dar	108
Rom 13, 8-10	
¿Qué sería si un día acabáramos?	113
Rom 13, 8-10	
Somos los más desconocidos para nosotros mismos	118
1 Cor 4, 1-5	
No sabemos nunca dónde somos heridos por el rayo	123
1 Cor 9, 24-27; 10, 1-5	
Todo lo traslúcido está vacío	128
1 Cor 13, 1-13	

	<u>Pgás.</u>
La verdad de Dios busca el momento	132
2 Cor 6, 1-10	
Por el pasado podemos interpretar el futuro	136
Gal 4, 22-31	
Él ha comenzado	140
Phil 1, 6-11	
No temamos su cercanía	145
Phil 4, 4-7	
El estilo de la irreconciliación ha cambiado	151
Col 3, 12-17	
Ser gracia unos para otros	157
Col 3, 12-17	
Donde hay un corazón vivo, piensa en Dios	161
Col 3, 12-17	
Síntesis de todo el cristianismo	165
1 Thess 1, 2-10	
Lo moral no es formalismo vacío	170
1 Thess 4, 1-7	
Invitación a la acción más grande de nuestra vida	176
Iac 1, 17-21	
Dos palabras paradójicas	180
Iac 1, 22-27	
Tú estás conmigo	184
1 Petr 2, 21-25; Ps 23	
Si tú lo aguantas, también yo lo aguantaré	189
1 Petr 3, 8-15	
¿Ser sobrios y, no obstante, amar?	193
1 Petr 4, 7-11	
¿Por qué se nos aborrece?	198
1 Ioh 3, 13-18	
Marcados con el signo del eterno amor	203
Apoc 7, 2-12	
Índice de festividades	209